

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

FUNDADA POR DÁMASO ALONSO

III. MANUALES, 72

PAUL M. LLOYD

DEL LATÍN AL ESPAÑOL

I. FONOLÓGIA Y MORFOLOGÍA HISTÓRICAS
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
ADELINO ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

Virginia Plando
2002



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA
EDITORIAL GREDOS
MADRID

© 1987 by the American Philosophical Society.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993, para la versión española.

Título original: *FROM LATIN TO SPANISH. Vol. I: HISTORICAL PHONOLOGY AND MORPHOLOGY OF THE SPANISH LANGUAGE*. Second printing, 1989.

Depósito Legal: M. 24166-1993.

ISBN 84-249-1623-9.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6563.

NOTA LIMINAR

La versión española de esta obra se ha realizado teniendo a la vista la «*second printing*» (1989) de la primera edición inglesa; pero no es una simple traducción del original inglés. Con respecto a él, presenta algunas transposiciones y nuevas divisiones de texto, bastantes supresiones, y numerosas adiciones y sustituciones. Todos los cambios se han llevado a cabo con el beneplácito, cuando no con el impulso personal, del autor.

A las notas de autor del texto original se han añadido algunas nuevas del traductor: normalmente son aclaratorias, y van colocadas entre paréntesis angulares.

La clarificación de muchos de los pasajes difíciles de la obra debe no poco a la sapiencia y paciencia de Dámaso López García y Joaquín Garrido Medina. Los puntos más rebeldes han sido clarificados directamente por el autor. A todos, mi agradecimiento.

ADELINO ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

- [.] indica carácter abierto (suscrito a vocales)
- [.] indica carácter cerrado (suscrito a vocales)
- [.] indica velarización (suscrito a consonantes)
- [.] indica carácter semivocálico (suscrito a vocales)
- ['] indica duración corta (se usa *alguna* vez para llamar *expresamente* la atención)

Para la representación fonética del árabe, se usan los signos del *API*; para su transliteración, el sistema de los arabistas españoles (cf. M. Asín Palacios, 1959, 14-15).

CAPÍTULO I

SOBRE LA NATURALEZA DEL CAMBIO LINGÜÍSTICO

CAMBIO FONÉTICO Y LEYES FONÉTICAS

Uno de los grandes logros de la lingüística histórica en el siglo XIX fue la demostración de la regularidad del cambio fonético, y el establecimiento de ese cambio como objeto de estudio científico. Aunque ha habido mucha discusión en torno a los detalles, y también mucha discrepancia sobre si es correcto considerar el cambio fonético como esencialmente regular, en la práctica todos los que han investigado la lingüística histórica han seguido este principio. Un cúmulo imponente de testimonios lo apoya, y hasta ahora nadie ha podido probar que, como base para el estudio del cambio fonético, el principio de regularidad no sea defendible¹. Este principio significa que, cuando se examinan las mismas palabras o morfemas en dos estadios distintos en la evolución de una lengua, sucede que, en un gran número de casos, la mayor parte, si no todos los ejem-

¹ Véase Pulgram, 1955, para una breve, aunque pertinente, discusión del principio de regularidad del cambio fonético. Pulgram observa: «hasta el día de hoy, ningún diacronista de prestigio ha hecho la alegación de que la 'hipótesis de trabajo' de la regularidad de las leyes fonéticas no sea operativa: si... los autores no adoptarían esta postura [que el cambio fonético es regular], no tendrían ningún método objetivo y científico para describir y clarificar los fenómenos de sustitución fonémica».

plos del sonido A —y, sin duda, todos los ejemplos característicos de esa lengua— se han convertido en (o han sido sustituidos por) el sonido B. Así, si se compara un gran número de palabras latinas que contienen la consonante representada con la letra T —como, por ejemplo, VITA 'vida', SITI 'sed', MŪTU 'mudo', PRĀTU 'prado', ROTA 'rueda', SCŪTU 'escudo', STATU 'estado', PATRE 'padre', LATUS 'lado', y muchos más (todos los ejemplos se presentan en la forma del acusativo singular, hecha abstracción de la M final)— con sus reflejos modernos españoles, se verá que la T ha sido sistemáticamente sustituida por una consonante escrita con la letra D: *vida, sed, mudo, prado, rueda, miedo, escudo, estado, padre, lado*. No es difícil encontrar un número muy elevado de ejemplos de este tipo de sustitución regular en una amplia variedad de lenguas.

Sin embargo, un examen más riguroso hará ver que no es suficiente poner por escrito una simple fórmula del estilo de «lat. /t/ > esp. /d/» para resumir de manera abreviada un juicio algo más largo que podría formularse así: «la consonante latina /t/ es sustituida regularmente por (o cambia a) la moderna consonante española /d/». Aparecen complicaciones tan pronto como empezamos a examinar una muestra más amplia de palabras latinas con /t/ —por ejemplo, TRĒS 'tres', TABULA 'tabla', TANTU 'tanto', FORTE 'fuerte', STĀRE 'estar de pie', AUTUMNU 'otoño', SEPTĒ 'siete', TĒCTU 'tejado, techo', FORTIA 'fuerza', y otras— y a compararlas con sus continuadoras españolas. En estos casos, la /t/ lat. ha permanecido sin cambio o ha sido sustituida por alguna otra consonante: *tres, tabla, tanto, fuerte, estar, otoño, siete, techo, fuerza*.

Por consiguiente, es evidente que incluso en el caso de algunos cambios fonéticos muy simples hay que poner ciertas limitaciones al juicio de que los sonidos cambian regularmente. La forma enmendada del principio debe ser: «los sonidos cambian uniformemente en el mismo contexto fonético». En la fórmula que ilustra la suerte de la /t/ lat., sería necesario decir que la /t/ lat. se convierte en /d/ esp. entre vocales o entre vocal y /r/. Una forma esquemática de este juicio sería:

lat. /t/ > esp. /d/ /V _____ V
/N _____ /r/

contexto

En ellas, V representa cualquier vocal o diptongo (prescindiendo de los diptongos que impiden la sonorización, y de las vocales en hiato). Para determinar lo que le sucede a la /t/ en otras condiciones fonéticas, sería necesario clasificar todos los casos de aparición de /t/ y sus equivalentes españoles modernos, y después examinar los sonidos circundantes para ver cómo han influido sobre /t/.

Si después nos ponemos a examinar otra área del vocabulario, pronto quedará claro que son necesarias ulteriores modificaciones al principio básico. Si cogemos las palabras latinas CITĀRE 'convocar, llamar', EXPLICITU 'abierto', ROTULA 'ruedecilla', PATERNU 'paterno', PATRŌNU 'patrono, protector', VISITĀRE 'visitar', VITALE 'vital', y las comparamos con sus equivalentes españolas, advertimos que la /t/ se ha conservado: *citar, explícito, rótula, paterno, patrón, visitar, vital*. El contexto fonético en que aparece la /t/ en estas palabras no difiere en nada de los contextos citados antes, en los que era sustituida por la /d/. Estos ejemplos bastan para mostrar que las condiciones fonéticas no pueden explicar por sí solas por qué la /t/ se ha conservado en esas palabras. Si, no obstante, intentamos averiguar cuándo aparecen estas palabras por primera vez en el español escrito, comprobaremos que la documentación más antigua de todas, la de *visitar*, es de 1220. Las otras palabras aparecen documentadas por primera vez en la escritura en fechas más tardías: *citar*, 1490; *explícito*, 1737; *rótula*, 1727; *paterno*, 1343; *patrón*, 1450; *vital*, 1440 (BDEL, 1973). Por otro lado, la mayor parte de las palabras en que la /t/ se convierte en /d/ han formado parte del vocabulario del español desde el principio. En otras palabras, han sido usadas continuamente por los hablantes desde la implantación del latín hablado en la Península Ibérica, sin especial influencia de las formas literarias. Por el contrario, estas palabras fonéticamente aberrantes, que no han participado en el cambio, son *palabras cultas*. Es decir, fueron tomadas directamente del latín li-

terario después de la adopción del nuevo sistema de lectura en voz alta del latín escrito; es decir, el sistema instituido en la época carolingia como parte de la normalización de la práctica religiosa (Wright, 1989). Por eso no reflejan el cambio de /t/ > /d/ que caracterizaba a las palabras populares. Como resultado de ello, tenemos que limitar aún más el principio del cambio fonético regular: «los sonidos cambian regularmente en el mismo período de tiempo». Las palabras tomadas del latín u otras lenguas en un período posterior a aquel en que tuvo lugar la sustitución de /t/ por /d/ no presentarán ese cambio. Asimismo, no es probable que presenten los cambios fonéticos populares aquellas palabras que no han formado parte del vocabulario «popular» (es decir, el fondo vernáculo, que incluye las palabras transmitidas oralmente)².

De manera semejante, si examinamos las correspondencias modernas a las palabras latinas en áreas exteriores a la Península Ibérica, descubrimos que no todas presentan el cambio /t/ > /d/. Las palabras italianas correspondientes a los ejemplos anteriores son: *vita, sete, muto, prato, ruota, scudo, padre, lato*. En rumano, estas palabras son: *viață, sete, mut, roată, scut, stat* (las palabras que faltan han sido sustituidas por palabras de otro origen). Las palabras italianas son particularmente enigmáticas porque dos de ellas presentan la sustitución de /t/ por /d/. En todo caso, nos veríamos forzados a concluir que el cambio (hablando en términos generales) no se produjo en todos los lugares de Italia, ni tampoco en Rumanía. Por lo que se impone una ulterior limitación al principio del cambio fonético regular: «los sonidos cambian regularmente en la misma área geográfica»³.

² Como mejor se explica esto es mediante la diglosia medieval, es decir, la coexistencia del romance hablado, ya muy evolucionado, con el latín, más conservador, en los círculos eclesiásticos/intelectuales. Los amanuenses bilingües mezclaban formas antiguas —especialmente las pronunciadas según el nuevo sistema de pronunciación del latín escrito, adoptado a raíz de la reforma carolingia— con sus propias formas vernáculos (véase Wright, 1989).

³ Se puede pensar que esta limitación es una petición de principio, porque, des-

Una vez que hemos examinado brevemente unos pocos ejemplos de un cambio fonético, podemos formular de manera apropiada el principio básico de la regularidad del cambio fonético: los sonidos cambian regularmente cuando se encuentran ⁽¹⁾ en las mismas condiciones fonéticas, ⁽²⁾ en el mismo período de tiempo, ⁽³⁾ en la misma área (o en la misma comunidad de lengua). Podrían añadirse, además, algunas otras modificaciones para algunas excepciones especiales, como la palabra *RETINERE* 'retener, agarrar firmemente', que aparece en español como *retener*. En este ejemplo, la /t/, al parecer, se conservó porque los hablantes asociaron el verbo prefijado con el simple *tener* 'tener, mantener', por lo que no llegaron a incluirlo en el conjunto de palabras que tenían /t/ entre vocales, sino que fue tratado como un derivado sincrónico de *tener*. De hecho, el principio general podría formularse como antes con la salvedad adicional: «con tal de que ningún otro factor actúe sobre el sonido en alguna palabra o grupo de palabras». Entre los factores aludidos podrían incluirse, por ejemplo, las consideraciones semánticas o las interferencias dialectales⁴.

Explicando cuidadosamente todas las posibles causas de interferencia en el cambio fonético regular, los lingüistas del siglo XIX pudieron concluir diciendo que no hay excepciones al cambio fonético. Con esta afirmación querían decir, como es lógico, no que no se pudieran encontrar excepciones al cambio regular, sino más bien que era necesario buscar y explicar todos los factores que pudieran interferir. Una vez delimitados cuidadosamente todos los elementos que pudieran influir en el desarrollo del sonido, así como las condiciones fonéticas en que aparecía, resultaría que, en efecto, los sonidos cambian sin excepción⁵.

Pués de todo, la geografía no es un factor que determine la naturaleza de una comunidad de lengua. Véase la nota 26, más abajo.

⁴ Una forma alternativa de esta condición es la presentada por Wang: «un cambio fonético es regular si ningún otro cambio *compite con él*» (1969, 102; cursiva en el original).

⁵ Es interesante observar que los primeros en formular el principio en su forma más intransigente, es decir, en la forma de «las leyes fonéticas no conocen excepcio-

otra
excepción

cruc
proprio

En este caso uno se podría preguntar si el principio básico de regularidad del cambio fonético no se restringe tanto que viene a quedar algo limitado en su extensión.⁶ Una vez más la respuesta sería que hay una gran cantidad de datos que permiten afirmar que los sonidos cambian regularmente, pero que hay numerosos factores en acción que intervienen simultáneamente y pueden actuar sobre un sonido en una palabra concreta o en un grupo de palabras. Aunque es arriesgado comparar una ciencia con otra, especialmente cuando una es ciencia natural, y la otra, ciencia social (véase más abajo), se podría pensar en la primera ley del movimiento de Newton. En su formulación más simple, afirma que un objeto en reposo o en movimiento continuará en el mismo estado hasta que sufra el influjo de alguna fuerza perturbadora. En la práctica, está claro que cuando se tira un objeto no continúa indefinidamente en movimiento sino que pronto cae a tierra. Este efecto se produce por la fuerza de la gravedad, y, siendo así, puede explicarse por la ley de la gravitación universal. La resistencia del aire ejerce un efecto ulterior en el movimiento del objeto, y la cuantía de este efecto vendrá determinada por la densidad del aire y la forma del objeto. Nadie objetaría seriamente que la primera ley de Newton no funciona simplemente porque nunca vemos que un objeto continúe en movimiento sobre la tierra. Las leyes de Newton se postulan partiendo del supuesto del movimiento en un vacío perfecto y en ausencia de gravedad. El hecho de que los vacíos perfectos y la ausencia de gravedad no se encuentren nunca en la naturaleza no

nes», se basaron en material *sincrónico* (Weinreich, Labov y Herzog, 1968, 115, nota 23).

⁶ Una estudiosa llega hasta el extremo de hablar de la determinación de los distintos cambios fonéticos en términos de «juego regularista»: «todo el proceso de selección de datos se parece bastante a la operación de pelar una cebolla: quitamos capa tras capa (cambios analógicos, cambios de sustitución fonética, préstamos, cultismos, etc.) sólo para descubrir, a menudo, que el núcleo de formas 'regulares' es extremadamente pequeño: ¿qué nos impide, podemos preguntarnos, seguir avanzando, pelar también el núcleo?» (Posner, 1966-67, 324-25).

invalida la ley. De manera semejante, aunque no exactamente paralela, la regularidad del cambio fonético no queda necesariamente invalidada porque distintos factores puedan interferir en su resultado.⁷

Han corrido regueros de tinta en relación con este problema, y ello ha sido porque los estudiosos han propendido a adoptar posturas extremas y dogmáticas, o afirmado la completa regularidad de todos los cambios fonéticos y condenado a los que intentaban hacer el principio más sutil, como si admitieran un cambio fonético caótico⁸, o diciendo que la fe en el cambio fonético regular es algo místico, negado por el testimonio de las excepciones.⁹ Sin embargo, no hay en realidad nada especialmente misterioso en lo que toca a tal regularidad (que existe), como tampoco lo hay en los cambios regulares que tienen lugar en las otras instituciones humanas. Los sonidos se atienen a un modelo fijo en el habla, y, si los hablantes desplazan un sonido en una determinada dirección, no es sorprendente el que traten todos los sonidos expuestos a las mismas fuerzas de la misma manera. El problema está en si vale la pena mantener el principio si no se puede demostrar que no tiene posibles excepciones. Tal vez sería un punto de vista más acertado decir que «el cambio fonético *tal vez* sea absolutamente regular, y también que tal vez no lo sea; es, por lo tanto, más seguro tratar

⁷ En Hall, 1968, 118, y Katičić, 1970, 52, figuran comparaciones similares del principio de regularidad con otras leyes científicas.

⁸ Un libro interesante sobre esta materia es Vennemann y Wilbur, 1972. Estos citan la oportunísima observación de Schuchardt: «me gustaría saber quién entre los lingüistas pre- y neogramáticos, incluida mi humilde persona, ha considerado y tratado alguna vez el cambio fonético como caótico» (62).

⁹ Un polemista radical llega incluso a declarar: «No hay nada que se pueda llamar en verdad cambio *regular* (en cuanto opuesto a cambio *irregular*). Toda la cuestión de *regular* e *irregular* es absurda en la teoría y perjudicial en la práctica» (Bonfante, 1946, 247-48; cursiva en el original). Se podría señalar que esta misma persona no encontraba dificultad en operar con estos conceptos en su propia obra.

el término 'regular' como algo relativo, ya que unos cambios fonéticos son más regulares que otros» (Devine, 1970-71, 354) ¹⁰.

Estas consideraciones llevaron a muchos prestigiosos lingüistas del siglo XIX a hablar de las distintas fórmulas de sustitución de sonidos en términos de «leyes fonéticas» ¹¹, de las que se decía algunas veces que actuaban ciegamente. El término sigue usándose en numerosos textos a pesar de que la palabra *ley* ha sido frecuentemente condenada como inadecuada y engañosa. *Ley* sugiere normalmente un paralelismo entre el cambio fonético y las leyes de la naturaleza, elaboradas mediante teorías científicas y confirmadas por medio de la experimentación. Como vimos anteriormente, pueden trazarse paralelismos entre cambio fonético y leyes naturales, pero es importante advertir que hay algunas diferencias fundamentales entre ellos. Las leyes naturales se supone que actúan en todos los tiempos y lugares (al menos desde el punto de vista humano), mientras que los cambios fonéticos son acontecimientos históricos, limitados a específicos periodos históricos y a áreas geográficas muy bien definidas. No tiene más sentido hablar de la «ley de sonorización» en referencia a la suerte de la /t/ intervocálica latina en el iberorromance del que tendría hablar de la «ley de americanización» para dar cuenta del hecho de que al final de la revolución americana todos los ciudadanos libres de los Estados Unidos dejaron de ser súbditos británicos y se convirtieron en ciudadanos americanos. Elevar a la categoría de ley los acontecimientos históricos

¹⁰ Véase Fourquet, 1964, y Rodríguez Adrados, 1969, para unas buenas exposiciones de carácter general en torno a los distintos conceptos de «regularidad» e «irregularidad». Una reflexión sumamente abstracta sobre el fundamento de la hipótesis de la regularidad se encuentra en Dyen, 1963. Con todo, el tratamiento de Dyen se basa más en la especulación sobre la «cohesión dialectal» que en datos empíricos.

¹¹ Pulgram (1955) señala que «ley fonética» es traducción del alemán *Laugesetz*, en donde *Gesetz* podría traducirse mejor como 'regularidad'. Dado que *Gesetz* se usa en casi los mismos contextos que la palabra española *ley*, parece apropiada la traducción. En Schneider, 1973, y Wilbur, 1977, se encuentra documentación útil de los escritos originales sobre el tema.

probablemente oscurece más que aclara los problemas que se suscitan en las pertinentes explicaciones históricas ¹².

TIPOS DE CAMBIO FONÉTICO

Antes de pasar a ocuparnos de los muchos y a menudo intrincados problemas de la adecuada descripción y explicación de los cam-

¹² Para una discusión del problema de las «leyes» históricas en general, véase Gardiner, 1952, así como Dray, 1964, y McClelland, 1975 (especialmente las dos primeras secciones) y la revista *History and Theory*. El problema de la regularidad es común a la historia y a las ciencias sociales en general, y se debe, al menos en parte, al hecho de que no parece posible *predecir* los cambios fonéticos, aunque podría mantenerse que, si el cambio fonético es verdaderamente regular, debería ser posible hacer tales predicciones. Es especialmente pertinente una cita de Gallie:

1) Una explicación típicamente genética intenta establecer, o al menos ayuda a señalar, algún tipo de continuidad entre una o varias condiciones temporalmente anteriores y el subsiguiente resultado. 2) Por otro lado, una explicación típicamente genética no aspira a tener un poder predictivo: no se supone que el acontecimiento anterior constituya, en conjunción con ciertas leyes universales, una condición suficiente de la producción del acontecimiento subsiguiente. 3) Más aún, una explicación típicamente genética subyace al paso del tiempo en un solo sentido: lo que vino primero explica, en el sentido genético, lo que vino después, y no al revés. En otras palabras, no se supone que el acontecimiento anterior constituya, en conjunción con ciertas leyes universales, una condición suficiente y necesaria para la producción del acontecimiento subsiguiente (1955, 161).

Otro estudio (Joynt y Rescher, 1959, 368) señala que la «explicación en el campo de las relaciones humanas no es totalmente reducible a una ciencia natural que use leyes verdaderamente generales, porque tanto en la historia como en las ciencias sociales existe el requisito de generalización basada en detalles ligados al tiempo y al espacio. La explicación en la historia y en las ciencias sociales puede ser estimada con el uso de leyes generales, pero no puede agotarse con el uso de tales leyes». Es incluso posible afirmar que «los estudios sociales no son ciencias caracterizadas por sus propias leyes, sino un conjunto heterogéneo de investigaciones convergentes en el tema común de la acción humana» (Louch, 1969, 236). Tal vez pueda decirse lo mismo de la lingüística: que es «no tanto un campo como un campo englobador de campos» (Harvey, 1966, 55).

bios fonéticos y sus causas, es necesario dejar claros los distintos tipos de cambio fonético que pueden producirse.

ASIMILACIÓN

Uno de los tipos más frecuentes de cambio fonético es aquel en el que *un sonido o clase de sonidos* adoptan un rasgo fonético presente en un sonido o sonidos vecinos. Entonces se dice que se han asimilado a ese sonido; en otras palabras, se han hecho más parecidos a él. Por ejemplo, cuando la /t/ intervocálica latina perdió en el iberorromance el rasgo de sordéz y se hizo /d/, los hablantes dejaron de interrumpir la vibración de las cuerdas vocales en la emisión de las consonantes intervocálicas y mantuvieron la sonorización que tenía lugar en las vocales contiguas. En este caso se puede decir que las consonantes se *asimilaron* a las vocales.

El rasgo adoptado en la asimilación puede ser de distintos tipos. En el caso de /t/ > /d/, la asimilación afecta al *modo de articulación*. Otro tipo de asimilación muy corriente es el que se refiere al *punto de articulación*. Por ejemplo, la palabra del español antiguo *comde* ha dado en español moderno *conde*. La nasal bilabial /m/ ha dejado de ser bilabial, y ha adoptado la articulación dental propia de la /d/ siguiente. De este modo, la nasal se ha asimilado a la consonante siguiente. En italiano, la secuencia consonántica latina /kt/ presenta también asimilación al punto de articulación:

lat. NOCTE > it. *notte*
lat. FACTU > it. *fatto*
lat. LACTE > it. *latte*.

En el caso precedente, la primera consonante (/k/) sólo se distinguía de la siguiente (/t/) por el punto de articulación. Los otros rasgos articulatorios, a saber, la *oclusión* y la *sordéz*, eran los mismos en las dos consonantes. Por eso, cuando la /k/ se asimiló a la /t/, se *asimiló completamente* y resultó idéntica a ella; en otras palabras, se convirtió en otra /t/.

Algunas veces la asimilación llega tan lejos que el sonido asimilado puede perderse completamente. Así, en el francés antiguo, la /d/ resultante de la sonorización de la /t/ interior latina acabó dando [d] (como ocurrió más tarde en español), y, finalmente, se debilitó tanto que desapareció completamente:

lat. *vīta* > fr. *vie*
lat. *mātūru* > fr. ant. *mēur* (fr. mod. *mûr*).

Para que la asimilación se produzca, no es necesario que los sonidos estén en contacto directo. Un sonido puede verse afectado por otro de otra sílaba:

lat. *circāre* > fr. ant. *cerchier* > fr. mod. *chercher*.

En este caso, en el francés antiguo, la consonante inicial era una simple sibilante ([s]), mientras que la consonante que iniciaba la segunda sílaba era una sibilante palatal, [ʃ] (originariamente africada). La primera consonante adoptó el rasgo palatal de la segunda sibilante, por lo que vemos que hoy las dos sílabas empiezan con la misma sibilante: la palatal *ʃ*isiente.

La nasalización de las vocales en contacto con consonantes nasales es otro ejemplo de asimilación: la vocal adopta el timbre nasal de la consonante:

lat. *CANTAT* > fr. ant. *chan̄te* [s̄ātə]
lat. *BONU* > fr. y port. *bon* y *bom* [bõ].

Las vocales también pueden asimilarse al punto de articulación de otras vocales; este tipo de asimilación es conocido generalmente como *armonía vocálica* o *metafonía*. Por ejemplo, la /i:/ final del lat. *porui* 'pude' era una vocal alta. Su continuador español *pude* indica que la primera vocal adoptó la alta articulación de la /i:/ (aunque la vocal final pasó posteriormente a vocal media). (Algunos estudiosos prefieren llamar a este último tipo de cambio *umlaut*, su denominación alemana.) Otros ejemplos son:

lat. *FECI* > esp. ant. *fize*, fr. ant. *fis*, port. *fiz*.

Si un sonido se asimila a otro sonido que está detrás de él en la palabra, podemos hablar de *anticipación*, como en el esp. ant. *conde* > esp. mod. *conde*. lat. *LACTE* > it. *latte*; es decir, el rasgo distintivo de la dentalidad se anticipa. Si, por el contrario, el sonido que sigue se asimila al precedente, la asimilación puede ser denominada *dilación*. Es lo que ocurre en el caso del lat. *FĒMINA* > [femna] > fr. ant. *femme* [fema] > fr. mod. /fam/, en el que el timbre labial de la /m/ se ha mantenido y aplicado a la siguiente nasal alveolar. (Los términos tradicionales para estos dos tipos de asimilación son *asimilación regresiva*, para la anticipación, y *asimilación progresiva*, para la dilación. Como se prestan a confusión, en este libro se emplearán los términos usados anteriormente [Anttila, 1972, 73].)

Un tipo especial, y muy extendido, de asimilación es la palatalización, que tiene lugar cuando una consonante adopta el carácter palatal de un sonido vecino, llegando con frecuencia a absorberlo completamente. Por ejemplo, las consonantes latinas seguidas de semivocal palatal (o *yod*) llegaron a pronunciarse como palatales en el latín tardío:

lat. *VĪNEA* > esp. *viña*, it. *vigna*, fr. *vigne*
lat. *FĪLIU* 'hijo' > it. y port. *fillo*.

(la [j] se escribe *gli* en la ortografía italiana, y *lh* en la portuguesa —por ejemplo, *figlio* y *filho*—, pero la pronunciación es la misma en ambas lenguas). En estos ejemplos, en vez de pronunciar, de manera lineal, primero la consonante y después la palatal, los hablantes realizaban las dos simultáneamente.

DISIMILACIÓN

Este fenómeno es lo opuesto a asimilación. En la disimilación, un sonido *pierde un rasgo articulatorio que comparte con otro sonido vecino*, por lo que resulta *menos parecido* a él. Por ejemplo,

el primitivo continuador iberorromance del lat. *HOMINE* 'hombre', *omme*, sufrió disimilación en la segunda nasal en el dialecto castellano. El rasgo de nasalidad se perdió en esta consonante, que después se hizo vibrante (/r/): *hombre* (cf. el lat. *FĒMINA* 'mujer' > *hembra*, **NOMINE* 'hombre' > *nombre*, etc., en contraste con la asimilación por dilación, que vemos en *femme* y *homme*, del francés antiguo).

Parece que la disimilación afecta a las líquidas y nasales con más frecuencia que a otras clases de sonidos ¹³:

lat. *ARBORE* > esp. *árbol*, it. *albero*

lat. *PEREGRĪNU* 'habitante no romano del Imperio' > fr. ant. *pélerin* 'peregrino'

lat. *BONONIA* > it. *Bologna*

lat. *ŪLULĀRE* > it. *urlare*.

Algunas veces, como en el caso de la asimilación, el sonido disimulado desaparece completamente. Así, el lat. *FLĒBILE* > fr. ant. *feible*, en el que la primera /l/ sufre disimilación respecto de la segunda. A veces se disimilan las vocales: lat. *VĪCĪNU* > esp. *vecino*, fr. ant. *veisin*.

METÁTESIS

Es el cambio de posición de un sonido dentro de la palabra. Por ejemplo, el lat. *MIRĀCULU* 'milagro' > esp. ant. *miraglo* sufrió metátesis de líquidas, dando lugar al esp. mod. *milagro*; asimismo, el lat. *PALŪDE* 'pantano' > rum. *pădure* 'selva'. Si, como en el ejemplo anterior, intercambian las posiciones dos consonantes, el proceso se llama *metátesis recíproca*. Si solamente un sonido cambia su posición, se llama *metátesis simple*:

¹³ Para una discusión del problema de la disimilación, véase Posner, 1961, y la crítica de Toegby, 1963-64. En Malkiel, 1967, se encuentra una ulterior discusión.

- lat. tard. APPECTORĀRE 'abrazar', lit. 'apretar contra el pecho' > esp. *apretar*
 lat. PŌPULU > lat. tard. *PŌPPEU > it. *pioppo*, rum. *plap*.

SÍNCOPA

Es la pérdida de un sonido o grupo de sonidos en el interior de la palabra. Por ejemplo, todas las vocales postónicas internas del latín se han perdido en su paso al francés, y la mayor parte, en su paso al español:

- lat. COMITE 'compañero, conde' > esp. ant. *comde*, fr. *conte*
 lat. MĪRĀCULUM 'milagro' > esp. ant. *miraglo*, fr. *miracle*.

APÓCOPE

Cuando son los elementos finales de una palabra los que se pierden, el proceso se llama *apócope*:

- lat. SŌLE > esp. *sol*
 esp. *alguno* > algún
 lat. ILLŪRUM > fr. *leur*, rum. *lor*.

AFÉRESIS

Es la pérdida de algún elemento en principio de palabra.

- lat. tard. APOT(IT)ECA (< gr. ἀποθήκη) 'almacén' > esp. *bodega*, fr. *boutique*.

EPÉNTESIS

Este fenómeno consiste en la adición de elementos nuevos en interior de palabra. Por ejemplo, en el lat. (H)UMERU 'hombro',

la pérdida de la vocal postónica pone en contacto las dos consonantes /m/ y /r/. En esta combinación, la abertura de labios que sigue a la pronunciación de la nasal labial produce un sonido que da la impresión acústica de una oclusiva bilabial (/b/), y que da como resultado la forma moderna *hombro*. Estas consonantes epentéticas reciben a veces el nombre de *consonantes intrusas* o *parásitas*. Por ejemplo, el lat. PHASEOLU 'judía' desarrolló una /r/ intrusa en el esp. *frijol*. La /r/ intrusa aparece normalmente después de las oclusivas, especialmente dentales:

- lat. STĒLLA > esp. *estrella*
 esp. *estopajo* > *estrapajo*
 lat. FORTITIA > fr. ant. *fortice* > *fortrece* (fr. mod. *forteresse*)
 lat. THĒSAURUM > fr. *trésor*.

También pueden aparecer nasales intrusas en algunas palabras:

- lat. MACULA > esp. *mancha*
 lat. CAPITOLIUM > it. *campidoglio*
 lat. JOCULATŌRE > fr. ant. *jongleur* > *jongleur*.

PRÓTESIS

Cuando los elementos se añaden en principio de palabra, reciben el nombre de *elementos protéticos*. Por ejemplo, en muchas zonas del Imperio Romano, la combinación de la /s/ inicial con otra consonante desarrolló una vocal de apoyo o *vocal protética* (después, la /s/ desapareció en el francés medio):

- lat. SCHOLA > fr. *école*, esp. *escuela*
 lat. SPATHA (< gr. σπάθη) > fr. *épée*, esp. *espada*.

Algunos otros tipos, relativamente raros, de cambio fonético se discutirán más adelante (pág. 53).

¿CÓMO CAMBIAN LOS SONIDOS?

Desde que la lingüística es (o aspira a ser) una ciencia empírica (en la medida en que esto es posible), se podría pensar que los estudiosos de la diacronía habrían dedicado mucho tiempo y esfuerzo a observar el cambio fonético en su progresiva realización con el fin de conseguir alguna información sobre cómo se han producido los cambios en el pasado. Sin embargo, es muy poca la investigación llevada a cabo sobre el cambio fonético en vivo.¹⁴ La mayoría de los estudiosos de la diacronía, a la hora de determinar cómo sucede el cambio fonético en el tiempo en que se produce, se ha limitado a fiarse de «experimentos pensados» en vez de investigar directamente la realidad de las comunidades lingüísticas (Labov, 1970, 202). Parece haberse dedicado mucho más esfuerzo a justificar datos incómodos que no acaban de encajar en las teorías preconcebidas que a elaborar teorías que se ajusten cuidadosamente a los datos.

Un paso previo esencial a toda discusión sobre el cambio fonético es la cuidadosa definición de los términos utilizados. Con demasiada frecuencia, los estudiosos han propendido a usar un buen número de palabras comunes que son tan ambiguas que pueden significar varias cosas diferentes. En primer lugar, deberíamos preguntarnos precisamente qué se entiende por «cambio fonético». En las secciones precedentes, el cambio de la /t/ lat. a la /d/ esp. puede entenderse primariamente comparando dos épocas históricas y la manera en que eran pronunciadas por los hablantes latinos en su tiempo las palabras que contenían /t/ frente a la manera de pronunciar las mismas palabras los españoles actuales.¹⁵ La breve fór-

¹⁴ Se hicieron algunos estudios a finales del siglo XIX y a primeros del XX: Rousset, 1892, Passy, 1892, Gauchat, 1905.

¹⁵ Incluso una palabra como «mismo» puede prestarse a equívocos. ¿Podemos evitar la latente sospecha de que el lat. *pater* y el esp. *padre* no son en realidad la «misma» palabra en dos períodos históricos diferentes?

mula /t/ > /d/ es una declaración de correspondencia diacrónica, y nada más.¹⁶ No «explica» nada en el sentido de que se nos dé información sobre cómo, cuándo o por qué tuvo lugar el cambio. Ni siquiera está claro si deberíamos hablar de «cambio» fonético, y no de «sustitución» fonética.¹⁷ Sin embargo, a menos que tengamos que contentarnos con hacer tablas de correspondencias y renunciar a todo lo demás, algún intento habrá que hacer para examinar las circunstancias que hicieron posible formular tal declaración.

¿Cómo llegó a convertirse en [+sonoro], en el latín tardío, el rasgo [—sonoro] (si usamos la notación de rasgos)? ¿Podemos aceptar que la fórmula de correspondencia representa un cambio que tuvo lugar instantáneamente en el habla de todos los hablantes de latín en el área en que se produjo el cambio? En otras palabras, ¿es verosímil que, en un momento determinado, todos los hablantes dijieran [patre] y al día siguiente (o al momento siguiente) [padre]? Nadie ha presenciado nunca un cambio tan instantáneo. Nada de lo que conocemos acerca de las actuales condiciones del habla indica que pudiera tener lugar un cambio abrupto de esta naturaleza. De hecho, la única razón para proponer tal absurdo es descartarlo como hipótesis de cómo cambian los sonidos.

Si es inconcebible que todos los hablantes de latín del Imperio Romano occidental hayan realizado un cambio de esta naturaleza al mismo tiempo, ¿es más fácil imaginar que un cambio tan abrupto ocurra en el habla de un grupo pequeño, o incluso de un solo hablante? En la medida en que podemos saberlo, la gente, sencillamente, no obra así.

Si es inconcebible que los sonidos cambien repentina y bruscamente, habrá que aceptar que cambian gradual e inconscientemen-

¹⁶ Véase Andersen, 1972, especialmente págs. 11-18, para una aguda discusión de la diferencia entre «correspondencias diacrónicas» y cambio fonético.

¹⁷ Por ejemplo, Hoenigswald, 1960, 8.2-8.3. Lord habla de sustituciones fonéticas, y no de cambio: «no es ni siquiera seguro que los sonidos cambien; se podría decir que las pronunciaciones nuevas son sonidos sustitutos que se han extendido por imitación o algún otro procedimiento» (1966, 81).

te. Esta teoría está avalada por la experiencia que tenemos de algunos cambios en otros aspectos de la vida, que se producen sin que necesariamente nos demos cuenta de ello, porque suceden gradualmente. Por ejemplo, el aspecto físico de una persona cambia a lo largo de la vida, y, sin embargo, de un día para otro, tenemos la impresión de que estamos lo mismo, simplemente porque los cambios físicos son muy tenues en períodos de tiempo muy cortos. Sólo cuando miramos nuestras fotografías separadas unas de otras por intervalos anuales, nos damos cuenta de que nuestro aspecto ha cambiado, muchas veces llamativamente.¹⁸ Es posible, pues, concebir el cambio fonético como un proceso físico muy similar que procede por pasos infinitesimales que escapan a la conciencia de los hablantes. Desde esta perspectiva, el cambio fonético en una comunidad lingüística es, sencillamente, un lento desplazamiento de promedios estadísticos. Si esta hipótesis es verdadera, debe seguirse que observar el cambio fonético en su realización progresiva debe ser extremadamente difícil ya que implicaría hacer observaciones sumamente detalladas y complejas durante un período considerable de tiempo. He aquí cómo se imagina un estudio —en un elaborado experimento mental— los procedimientos que serían necesarios:

Supóngase que realizáramos mensualmente, durante un período de 50 años, un millar de registros acústicos exactos de /b/ y /f/ después de /s/, claramente identificables y pronunciados todos por los miembros de una comunidad muy unida. Al cabo de los primeros cinco años, sería posible computar las sesenta mil observaciones hechas durante ese lapso y trazar la curva que las representa: el gráfico que obtendríamos sería una imagen razonablemente fidedigna

¹⁸ Ese fue el razonamiento de Jespersen (1922, 166), citado con aprobación por Hockett (1965, 193): «pero nadie sabe si pronuncia su lengua materna en todos los aspectos de la misma manera que lo hacía hace veinte años. ¿No podemos suponer que lo que sucede con las caras sucede también aquí? Uno vive con un amigo día tras día, y da la impresión de que es exactamente lo que era hace años; pero alguien que vuelve a casa después de una larga ausencia queda súbitamente impresionado por los cambios que se han ido acumulando gradualmente en el intervalo».

de la distribución de expectativas de ese sector de la comunidad. Al año siguiente se descartarían las observaciones del primer año, se agregarían las del sexto y se trazaría una nueva curva. En cada uno de los años siguientes se llevaría a cabo la misma operación. La serie resultante de cuarenta y seis curvas mostraría cualquier desplazamiento que se hubiese producido. Podría ser muy bien que ese desplazamiento no siguiera ninguna dirección determinada: los ápices podrían separarse algo, luego acercarse nuevamente, etc. Pero no por ello dejaría de ser cambio de sonido el desplazamiento que hubiésemos observado en esa forma (Hockett, 1972, 428)^{19a}

Aunque es concebible un experimento tan vasto y complicado, en la práctica, probablemente no sería posible. Por consiguiente, según esta teoría, debemos contentarnos con la conclusión de que «nadie ha podido observar [el cambio fonético] hasta ahora» (Hockett, 1972, 423).

Esta conclusión parece que deja a los lingüistas en una posición insostenible. Hay bastantes testimonios de que los sonidos han cambiado en todas las lenguas a través de la historia, y, sin embargo, la hipótesis de que todos los cambios deben ocurrir a pasos graduales y prácticamente inobservables implica que los datos empíricos para observar estos cambios son casi inobtenibles. Si esta conclusión es válida, y es imposible, de hecho, observar el cambio fonético en su realización progresiva, como tantos han pretendido, entonces, naturalmente, tenemos que aceptarla. Pero pueden quedar nos algunas dudas. El experimento esbozado anteriormente era puramente mental. Podemos sentir la tentación de preguntar: ¿ha intentado alguien alguna vez dirigir algún experimento concreto sobre el cambio fonético en su realización progresiva? ¿La conclusión de que el cambio fonético es inobservable está basada en datos concretos, o es, sencillamente, el resultado de adoptar *a priori* cierto tipo

^{19a} (En la traducción-adaptación española de Emma Gregores y Jorge Alberto Suárez, elegida por el propio Hockett, se sustituye el original «initial /t/'s and /d/'s» 'las tes y las des iniciales' por «/b/ y /f/ después de /s/».)

de teoría sobre cómo *deben* cambiar los sonidos? Después de todo, en otros niveles —como el morfológico, el lexicológico y el sintáctico, incluso en el reducido marco de la vida y estilo personales— sí que se han observado cambios lingüísticos en su realización progresiva¹⁹. ¿Por qué sólo el cambio fonético ha de parecer inobservable?

Algunos críticos han intentado atacar las bases de esta teoría alegando que los sonidos no necesariamente tienen que cambiar con pasos cortos e inadvertidos. Un lingüista alega que él no puede concebir un desplazamiento articulatorio gradual entre una vibrante alveolar y otra uvular (desplazamiento fonético que ya ha tenido lugar en francés y portugués y que se está produciendo en la actualidad en algunos dialectos del español) (Hoenigswald, 1960, 73)²⁰. Sugiere, en consecuencia, que la teoría del cambio fonético por pasos graduales e imperceptibles puede ser simplemente «un residuo de los tiempos prefonémicos». Aunque tal razonamiento difícilmente podría constituir una prueba de que todos los cambios fonéticos deben ser no graduales, otros lingüistas han seguido este camino para llegar precisamente a esa conclusión. Y así, de un extremo nos llevan al otro: si algunos cambios fonéticos no son graduales, ningún cambio fonético puede ser gradual. Otro estudio incluso llega al extremo de negar que haya ningún tipo de testimonio a favor del cambio fonético gradual: «respetando los testimonios en contra que puedan producirse, rechazamos la gradualidad como con-

¹⁹ Un ejemplo bien conocido es la evolución de la lengua de Goethe a lo largo de su vida. Véase Maurer, 1932, y Mattheusch, 1965. Naturalmente, es posible que en el caso de Goethe nos encontremos frente a un dialecto formal y literario más que frente al habla natural y espontánea.

²⁰ Esta observación debería bastar para ponernos en guardia contra la práctica de acudir a la imaginación cuando faltan hechos demostrables. Un desplazamiento articulatorio gradual, desde la *r* vibrante alveolar hasta su pronunciación uvular, no sólo es posible sino que ha sido observado y estudiado en sueco (*Language* 48, pág. 14, n. 3) y en ciertos dialectos del español (Granda, 1973, 456).

dición necesaria para la realización de los cambios fonológicos» (King, 1969, 115)²¹.

Uno de los factores que apoyan la adhesión a los cambios fonéticos instantáneos es probablemente el hecho de que cada fonema constituye una clase distinta de sonidos. Sin embargo, dado que las «clases», en alguna medida al menos, son categorías abstractas, se realizan mediante sonidos físicos, que pueden ser más o menos parecidos a los sonidos de otras clases, sin que las clases mismas lleguen a fusionarse por ello. Y así, cualquier realización de /t/ tiene que seguir perteneciendo al fonema /t/ sin tener en cuenta lo próxima que pueda estar a las realizaciones normales de /d/. En términos fonéticos es concebible un incremento gradual de la sonorización en las realizaciones de /t/, pero fonológicamente cualquier sonido producido tiene que ser /t/ o no /t/. No hay manera de que podamos clasificar un sonido parcialmente en la categoría de /t/ y parcialmente en la clase de /d/ (exceptuando, como es lógico, el caso de neutralización fonológica). Así pues, es difícil imaginar cómo puede un fonema fundirse gradualmente con otro. El cambio fonológico, para esta escuela lingüística, tiene que ser necesariamente instantáneo, aunque no hay manera de poder observar este tipo de cambio, como tampoco es posible, según la otra escuela, observar el cambio fonético gradual²². Un punto de vista muy similar es el mantenido por algunos teóricos de la fonología generativa que sostienen que la única consideración pertinente es, no la realización momentánea de los sistemas fonológicos («actuación»), sino el sistema subyacente que determina esa actuación («competencia»). Dado que una de las convenciones notacionales de esta escuela exige que los sistemas fonológicos subyacentes sean

²¹ En Bath, 1968, y Sealise, 1976, aparecen exposiciones generales de las distintas teorías de la gradualidad frente a la instantaneidad. Sturtevant (1947, cap. 8) demostró que no todos los cambios fonéticos pueden ser graduales, pero no dio el salto a la conclusión de que ninguno lo sea.

²² «Sin embargo, no tenemos motivos para suponer que la observación directa permitirá jamás detectar un hecho súbito de esta clase» (Hockett, 1972, 438).

representados por la ausencia o presencia de rasgos fonológicos, se puede pensar que el cambio fonético es simplemente la adición o supresión de una «regla» en la gramática subyacente. Una conclusión natural sería decir que «los sonidos no cambian, cambian las gramáticas» (King, 1969, 109).²³ La adición o supresión de una regla es necesariamente una operación instantánea ya que la regla o está presente o no lo está. No es posible una posición intermedia.

No convendría concluir diciendo que está dicha la última palabra. Como señala un lingüista al referirse a la descripción del cambio fonético como cambio de reglas en la gramática, «lo que los cambios de regla describen siempre, según esto, es la relación de un antes y un después. Proporcionan un mecanismo de descripción, no una explicación histórica, excepto en casos accidentales. Este hecho se olvida a menudo» (Anttila, 1972, 129). Otro lingüista examina algunos de los argumentos dados a favor de la instantaneidad del cambio, y los rechaza como producto de la «falta de conocimiento e imaginación»; para él contribuyen «tan poco a nuestra comprensión del cambio fonético como la paradoja de Zenón a nuestra comprensión del movimiento» (Andersen, 1972, 14). En este momento, una persona no comprometida dogmáticamente con ninguna teoría de cortas miras puede preguntarse con razón si hay alguna teoría, o, ¿cómo no?, algún testimonio accesible a nosotros, que pueda arrojar luz sobre el problema de la «gradualidad» frente a la «instantaneidad» del cambio fonético. Una lectura atenta de los puntos de vista opuestos sobre esta materia revela que al menos parte del problema reside en el hecho de que el término «gradualidad» ha sido usado indiscriminadamente para referirse a, por lo menos, cuatro cosas diferentes: gradualidad física, gradualidad en el número de hablantes, gradualidad en la difusión léxica, y gra-

²³ Postal argumenta de la misma manera: «el cambio fonético [consiste en] la adición de reglas en la gramática» (1968, 270). Un comentario más inteligente y realista es: «la gramática la cambian las sucesivas generaciones de hablantes; las gramáticas no cambian, las cambian los hablantes» (Maher, 1973, 51a).

dualidad en el condicionamiento. Los que pretenden que el cambio es «instantáneo» parecen referirse a la diferencia o correspondencia entre los estados sincrónicos de una comunidad (a menudo con una penosa falta de precisión sobre, precisamente, la manera de concebir el proceso del cambio fonético), mientras que los que optan por la gradualidad pueden citar en su apoyo promedios estadísticos de uso por parte de hablantes de diferentes edades.²⁴ Por eso, como dice un sabio especialista, «a la pregunta de si el cambio fonológico es repentino o gradual, la única respuesta posible es 'las dos cosas'» (Sommerstein, 1977, 250).

Así pues, lo que se necesita no es más especulación sino más datos fiables sobre lo que realmente está ocurriendo en el lenguaje en nuestros días. Es especialmente importante que las investigaciones no se vean obstaculizadas por suposiciones apriorísticas sobre la imposibilidad de observar el cambio fonético, o por consideraciones teóricas sobre como debería producirse el cambio fonético. Los que realmente han estudiado el cambio fonético en su realización progresiva han descubierto que gran parte de la confusión producida en torno a su naturaleza se ha debido a errores básicos de concepción.²⁵ El primero es afirmar que el foco del cambio fonético tiene que estar en el *idiotecto*, el habla de un individuo particular. Los lingüistas de la mayor parte de las escuelas parecen haber aceptado esta idea sin discusión: la han aceptado los neogramáticos (representados paradigmáticamente en la obra de Hermann Paul), las escuelas del estructuralismo europeo inspirado en Saussure, los descriptivistas americanos seguidores de Bloomfield, y, más recién-

²⁴ Se debería advertir que King no niega la difusión gradual del cambio fonético a través de una comunidad lingüística (1969, 117 sigs.), que es lo que Andersen (1972) parece indicar cuando afirma la gradualidad del cambio fonético. Las severas críticas de Andersen son buena prueba de cómo el uso vago de las palabras ha confundido las cosas. De hecho, Schourup, 1972, ha recogido nueve significados distintos del adjetivo *gradual*.

²⁵ Mucho de lo que sigue está basado en Weinreich, Labov y Herzog, 1968, obra absolutamente fundamental para cualquier estudio serio de lingüística histórica.

temente, los teóricos de la fonología generativa encabezados por Chomsky. Aunque con mucha frecuencia se ha apoyado de palabra la idea de que la lengua es un producto social, en la práctica el estudio del habla se ha limitado con frecuencia al uso que de ella hace una persona (en un texto escrito, por añadidura), uso que se describe como si representase la lengua de toda la comunidad. El resultado de esta actitud es lo que Labov llama la «paradoja sauriana»: es decir, que, como lo que es común a todos los miembros de la comunidad puede encontrarse en cualquier individuo, el lingüista puede analizar su propio dialecto y pretender que es la lengua de toda la comunidad, mientras que el estudio del uso individual, sea de individuos particulares, o de grupos de individuos, necesita la investigación de muchas personas diferentes (Labov, 1975, 826).

Un segundo error es creer que la lengua debe ser concebida como algo homogéneo, es decir, como si hubiera una única norma de competencia y fuera la misma para el individuo y el conjunto de los miembros de su comunidad de lengua.²⁶ Una vez más, todas las escuelas más importantes de lingüística parecen haber aceptado que todas las diferencias de pronunciación que puedan existir entre los individuos de una misma comunidad de lengua tienen que deberse en gran medida a simples diferencias personales, o, tal vez, a los distintos factores físicos o psicológicos que puedan interferir en la producción del habla. Según este punto de vista, la norma de la comunidad de lengua debe ser una especie de término medio de la lengua de todos sus miembros, o el sistema abstracto y subyacente, que se supone idéntico para todos los hablantes. Aquellas diferencias que no puedan explicarse como resultado de las idiosincrasias individuales deben atribuirse a la combinación de diferentes

²⁶ «Comunidad de lengua» es un término intencionalmente vago. Puede referirse a un grupo pequeño o a todos los hablantes de una lengua. Labov dice con mucha propiedad que «parece plausible definir una comunidad de lengua como un grupo de hablantes que comparten una serie de actitudes sociales con respecto a la lengua» (1970, 74, nota 38).

modelos, normalmente de carácter geográfico; es decir, a la «mezcla dialectal». Como dice Labov:

Hay una especie de mito popular profundamente arraigado entre los lingüistas según el cual, antes de que ellos llegaran a la escena, existía un grupo homogéneo y de estilo uniforme que «hablaba» realmente «la lengua». Todo investigador tiene la sensación de que su propia comunidad se ha apartado, de alguna manera, de este modelo normal —por contacto con otras lenguas, por influjo de la educación y presión de la lengua estándar, o por tabúes y adherencias de dialectos o jergas especializados—. Pero nosotros hemos llegado a comprobar que ésta es la situación *normal* —que la heterogeneidad no sólo es común, sino el resultado natural de los factores lingüísticos básicos (Labov, 1970, 42).

Como ejemplo de este tipo de explicación, podríamos elegir el habla de un hispanohablante que unas veces pronuncia una aspirada final (l-h) donde otras veces pronuncia una sibilante (l-s). Podría decirse que esta variación es el resultado de la mezcla de dos dialectos distintos. Otros podrían decir que la única explicación posible es la «variación libre», indicando que una persona puede usar cualquiera de las dos pronunciaciones sin distinción funcional.²⁷

Por consiguiente, si la pronunciación de un individuo particular —que se supone que es básicamente uniforme— va a constituir el objeto exclusivo de estudio en la lingüística histórica, el resultado inevitable serán las dificultades insolubles esbozadas anteriormente. Según el modelo teórico adoptado, el cambio fonético debería ser imposible; y, sin embargo, los sonidos sí que cambian. La conclusión según la cual tales cambios tienen que ser inobservados y/o inobservables parece ser la única salida al dilema.

Otra posible solución sería suponer que el cambio fonético debe tener lugar en un período en la vida del hablante en el que sus

²⁷ Como ejemplo de esta actitud, varios investigadores del inglés de la ciudad de Nueva York optaron por creer que la presencia o ausencia de la *r* postvocalica era, sencillamente, una variación libre masiva (Labov, 1966, 35-38).

hábitos lingüísticos no están todavía sólidamente fijados, como puede verse que los cambios fonéticos tienen lugar con cada generación, parecen estarlo los de los adultos. En otras palabras, algunos han no existe un patrón sólido de alteración regular válido para todo supuesto que el cambio fonético tiene lugar no a través de todas las generaciones, como cabría esperar si el cambio ocurriera la vida sino más bien durante la niñez, cuando uno está todavía siempre y sólo durante la niñez²⁹, ni da cuenta tampoco la teoría aprendiendo su primera lengua. Hay una discontinuidad evidente de la dirección del cambio. Asimismo, el supuesto implica que la teoría entre una generación y otra. Según esto, ¿qué cosa podría ser más cambio se consuma en una sola generación. Finalmente, hay datos natural que admitir que esta «brecha generacional» es el punto empírico que indican que, aunque los niños aprenden a hablar el que se producen los cambios de pronunciación? Si los hijos aprenden a hablar, su uso de la lengua es modificado por den imperfectamente la lengua de sus padres, podrán introducir in-sus iguales y por los niños ligeramente mayores (Weinreich, Labov novaciones que posteriormente se convertirán en parte de la lengua y Herzog, 1968, 145). En pocas palabras, a las teorías erróneas tencia de su lengua madura. No habría ninguna contradicción entre las teorías de la lengua y los sistemas lingüísticos, esta teoría y la teoría del cambio gradual e imperceptible, ya que la homogeneidad de la lengua y los sistemas lingüísticos, se podría argumentar que, si los niños fueran conscientes de que hay que añadir la también errónea teoría de que el cambio sólo estaban hablando de manera distinta de la de sus padres, caerían en la teoría de que el cambio sólo en la cuenta y tratarían de corregir su pronunciación —a menos concluir diciendo que no hay ninguna relación entre el cambio sólo que, en algún caso, las relaciones generacionales fueran poco lingüístico y el aprendizaje de la lengua por los niños, pero no existe amistosas—. Una buena formulación de esta concepción del cambio lingüístico es la siguiente:

La transmisión de la pronunciación de una generación a otra es discontinua en el sentido de que el niño se ve obligado a aprenderlo todo. Sin duda, en este aprendizaje las disposiciones hereditarias han de tener influencia. Fácilmente se adivina a cuántos accidentes está fonético puede no verse afectado de la misma manera que otros expuesta, en cada nueva generación, la integridad de la pronunciación. Es muy raro que, acabado el aprendizaje, el sistema fonético del niño tenga un exacto parecido (*exactement semblable*) al de sus padres (Vendryes, 1958, 105).

No podemos pretender, porque hayamos expuesto ciertas teorías de sus teorías erróneas muy difundidas sobre la naturaleza del cambio fonético, estar ahora en posesión de todo lo que hay que conocer en

Hay, en efecto, algunos datos empíricos que indican que las diferentes generaciones presentan diferencias en la pronunciación de algunos sonidos²⁸, esos datos parecen confirmar el supuesto

La gente más joven pronunciaba [j] en todas las posiciones (1892, 139).

²⁸ Rousselot dio un ejemplo de cómo su propia pronunciación de la líquida palato-alveolar [j] difería de la de su hermana, que era cuatro años menor que él. Mientras que él mantenía una palatal lateral en todas las posiciones, su hermana pronunciaba una palatal fricativa ([ç]) en todas las posiciones, menos después de consonantes de substrato, etc.» (1970, 139).

torno al tema. Sin embargo, cualquier teoría razonablemente satisfactoria sobre el cambio fonético debe enfrentarse, en primer lugar, con el hecho básico de que las lenguas *no* son homogéneas (incluso dialectos) y de que las variedades que existen en el habla de los individuos o de las comunidades de lengua no son simples peculiaridades de las que se pueda extraer un término medio, ni una vaga especie de mezcla dialectal. Las diferencias que existen en el uso son *sistemáticas* porque la lengua es un *sistema diferenciado*, compuesto por una variedad de subsistemas coexistentes: «en la mayor parte de las comunidades de lengua coexisten distintas formas de la misma lengua... aproximadamente en la misma proporción en todas las subregiones geográficas de la comunidad» (Weinreich, Labov y Herzog, 1968, 159). Sus conclusiones, una serie de principios generales para el estudio del lenguaje, merecen atenta consideración:

1) El cambio lingüístico no debe identificarse con un movimiento fortuito procedente de la variación inherente a la lengua. El cambio lingüístico comienza cuando la generalización de una alteración particular en un subgrupo determinado de la comunidad de habla asume la dirección y toma el carácter de diferenciación ordenada.

2) La asociación de estructura y homogeneidad es una ilusión. La estructura lingüística incluye la ordenada diferenciación de hablantes y estilos mediante reglas que regulan la variación en la comunidad de lengua; el dominio nativo de la lengua incluye el control de estructuras tan heterogéneas.

3) No toda variabilidad y heterogeneidad en la estructura de la lengua implica cambio; pero todo cambio implica variabilidad y heterogeneidad.

4) La generalización del cambio lingüístico a través de la estructura lingüística no es ni uniforme ni instantánea; implica la covariación de los cambios asociados durante periodos sustanciales de tiempo, y se refleja en la difusión de las isoglosas por distintas zonas del espacio geográfico.

5) Las gramáticas en las que tiene lugar el cambio lingüístico son gramáticas de la comunidad de lengua. Debido a que las variaciones estructurales contenidas en la lengua están determinadas por las funciones sociales, los idiolectos no suministran base suficiente para la elaboración de gramáticas autónomas o dotadas de coherencia interna.

6) El cambio lingüístico se transmite dentro de la comunidad como un todo; no está confinado a secciones discontinuas dentro de la familia. Todas las discontinuidades que aparecen en el cambio lingüístico son producto de discontinuidades específicas dentro de la comunidad más que productos inevitables de la brecha generacional entre padres e hijos.

7) Los factores lingüísticos y sociales están estrechamente interrelacionados en el desarrollo del cambio lingüístico. Las explicaciones confinadas a uno u otro aspecto, por muy bien construidas que estén, no darán cuenta del rico repertorio de regularidades que se pueden observar en los estudios empíricos de la conducta lingüística (Weinreich, Labov y Herzog, 1968, 187-88).³⁰

Una buena ilustración de la relación existente entre el cambio fonético y las actitudes y normas sociales se encuentra en el estudio de Labov (1963) sobre el cambio en las realizaciones del diptongo /au/ en Martha's Vineyard, que van desde un bajo o ligeramente posteriorizado [au] a un centralizado [əu] durante un período de aproximadamente treinta años. Descubrió que, lejos de necesitar información masiva para un período de muchos años, todo lo que había que hacer era entrevistar a varios informantes (69, de hecho) de diferentes edades durante un período relativamente corto. Valiéndose de los resultados del *Linguistic Atlas of New England* (Ku-

³⁰ Vennemann, en Vennemann y Wilbur, 1972, 171-74, presenta un conjunto de principios generales similares a éstos; esta obra parece suponer que hay alguna conexión entre este enfoque del desarrollo del lenguaje y la gramática generativotransformacional, lo cual es muy discutible (véase Anttila, 1972, cap. 6). No hace referencia a Weinreich, Labov y Herzog (1968), aunque el parecido entre el punto de vista de Schuchardt y el de ellos es sorprendente.

rath, 1941), Labov comprobó que en 1933, cuando se hicieron las entrevistas para el atlas en Martha's Vineyard, había sólo un leve indicio de centralización de /au/. El hablante más viejo entrevistado en 1961, un hombre de 92 años, presentaba el mismo patrón de pronunciación que el revelado en el atlas. El examen de la pronunciación de otros hablantes de grupos de edades más bajas permitió ver que había un creciente aumento de la centralización ante obstruyentes sordas (por ejemplo, en palabras como *out* [aʊt], *about* [əbaʊt], *mouth* [maʊθ], etc.), que se correspondía con el descenso en la edad. En otras palabras, la pronunciación centralizada se había convertido en norma entre los habitantes más jóvenes de la isla.

A primera vista, podría parecer que la correlación entre la edad y el progreso de este cambio fonético confirma la hipótesis de que las diferencias generacionales son la causa del cambio fonético. Sin embargo, una mirada más atenta a la situación social en Martha's Vineyard revela que el problema no puede relacionarse simplemente con diferencias generacionales, sino más bien con el patrón social general de la isla. Martha's Vineyard había sido antes una comunidad independiente, pero en la última generación vino a depender cada vez más en su economía del comercio de las vacaciones estivales. Gran parte de la tierra ha sido comprada por forasteros que no residen permanentemente en la isla. La reacción de los nativos ha variado desde «el desprecio ferozmente defensivo hacia los forasteros hasta los proyectos entusiastas para promocionar la economía turística. El estudio de los datos enseña que la alta centralización de /ai/ y /au/ está estrechamente relacionada con expresiones de fuerte resistencia a las incursiones de los veraneantes» (Labov, 1963, 297).

La centralización comenzó en un subgrupo especial de la isla, una comunidad rural de pescadores yanquis, descendientes de los pobladores originarios. De este núcleo se extendió a un grupo de indios, y, una generación después, a los descendientes de los pobladores portugueses. En otro estudio, Labov concluye:

Parecía que la ascensión de (au) estaba relacionada con la sucesiva entrada, en la corriente principal de la vida de la isla, de grupos que previamente habían sido en parte excluidos. Se llegó a la conclusión de que se había asociado (más o menos arbitrariamente) un valor social con la centralización de (ay) y (au), y de que la mejor forma de expresar el valor social era aparecer «como vineyardiano nativo». Según esto, en la medida en que un individuo se sentía capaz de reclamar y mantener el *status* de vineyardiano, adoptaba la creciente centralización de (ay) y (au). Los hijos que habían intentado ganarse la vida en el continente y después habían regresado a la isla, desarrollaron un grado de centralización mayor aún que el que sus padres habían practicado. Pero en la medida en que un vineyardiano abandonaba su aspiración a permanecer en la isla y ganarse la vida allí, abandonaba también la centralización y volvía a las formas normales no centralizadas (Labov, 1968, 269).

Recientemente, Holmquist (1988), que estudió la situación lingüística de Uicida, pequeña localidad cántabra, descubrió relaciones parecidas entre la estructura de esa comunidad lingüística y ciertos rasgos del habla de esa misma comunidad. Aunque se puede decir que la lengua hablada en esa comunidad es un dialecto del castellano, hay algunos rasgos fonéticos y gramaticales que la distinguen de la norma urbana del resto de Castilla. En esta comunidad, lo que atrae nuestra atención no es la adopción de nuevos rasgos lingüísticos, sino más bien el rechazo de características existentes en su forma de hablar. Los hablantes de la zona se refieren a su forma de hablar con la denominación de *montañés*; y se caracteriza por rasgos como la -u e -i finales donde la norma castellana tiene /-o/ y /-e/, por la elevación en el timbre de la vocal tónica en armonía con la vocal final alta, y por la presencia de /h-/ donde el castellano no tiene ahora nada: [hiti] por *este*, y [hurnu] por *horno*.

Aunque es cierto que aquí, como en el cabo Cod y otros lugares, hay correlaciones estadísticas definidas entre el grado de uso de los rasgos asociados con el dialecto local y la generación a que pertenecen los hablantes, al mismo tiempo esa relación no tiene

que ver sólo con la edad. El pueblo estudiado por Holmquist ha cambiado mucho a lo largo de los años. Ocupado primero casi exclusivamente por aparceros que practicaban una agricultura de subsistencia, la posibilidad de trabajar en una fábrica de neumáticos cercana al lugar ha hecho posible que los jóvenes se ganen la vida dignamente y escapen de la agobiante pobreza del modo tradicional de vida. Como consecuencia, ha cambiado también considerablemente la actitud de las nuevas generaciones respecto a la vida del pueblo.

Se ha demostrado que el proceso de alejamiento de la vida y forma de hablar *montañosas* se ha producido como consecuencia de esa misma transmutación que alcanza a todo: la del valor de las cosas regionales y locales frente a las cosas nacionales e incluso internacionales. Mientras que antaño la región y la localidad sostenían y nutrían la vida, y las amenazas venían de fuera, ahora los mejores empleos, los mejores enlaces matrimoniales, las mejores diversiones, la mayor independencia y el mayor prestigio pueden encontrarse fuera de la comunidad y del entorno montaños, y están al alcance de todos, y no sólo de unos pocos. Todo lo hace posible la industria moderna con su mayor mecanización y estandarización, y todo, en gran parte, hay que conseguirlo con el uso de una lengua común (Holmquist, 1988, 72).

Los jóvenes que se identifican con los usos locales presentan también una fidelidad estadísticamente mayor a la /-u/ y a la /-i/. Un joven que trabaja durante el día en la fábrica de neumáticos dedica su tiempo libre a una asociación local cuyo objetivo es la conservación de los derechos locales. Otro joven, a diferencia de lo que hacen muchos de su generación, se ha dedicado al pastoreo dentro del ámbito local, en vez de ir a buscar trabajo fuera. Estos dos jóvenes presentan un uso de las vocales altas finales mucho mayor que el resto de su generación. Indudablemente, el uso de estos y otros rasgos es señal de su integración e identificación con los valores e intereses locales (Holmquist, 1988, 60-70). Las mujeres, en general, hacen mucho menos uso de los rasgos locales, y las

jóvenes, en especial, tienden a rechazarlos. Una vez más, esta característica no está relacionada con su sexo en cuanto tal, sino con su actitud frente a los antiguos modos de vida. Muchas no tienen ningún interés en hacer el tipo de vida de sus madres y abuelas («metidas en casa con las vacas y los niños, mientras que sus maridos están fuera»), por lo que prefieren no casarse con los chicos del lugar y limitar sus oportunidades a cambio de una vida más interesante y menos limitada (Holmquist, 1988, 58-59). Su falta de identificación con las costumbres locales se manifiesta en su relativamente bajo uso de las vocales finales altas.

De este estudio y del estudio de los cambios fonéticos en la ciudad de Nueva York, sacó Labov algunas conclusiones generales sobre cómo avanza el cambio fonético. El cambio fonético, según su punto de vista, empieza en un subgrupo de la comunidad lingüística durante un período en el que ha habido, por alguna razón, un despertar de su identidad. La forma que empieza a cambiar es a menudo un signo del *status* regional, y al principio es simplemente una *variable* lingüística. Después, la variable se generaliza a todos los miembros del subgrupo, que puede no ser consciente de que posea una función social especial. Como dicen Ferguson y Gumperz, «todo grupo de hablantes de la lengua X que se mire a sí mismo como una unidad social cerrada tenderá a expresar su solidaridad de grupo favoreciendo aquellas innovaciones lingüísticas que lo separan de otros hablantes que no forman parte del grupo» [cursiva en el original] (1960, 9). La variable es ahora, en palabras de Labov, un *indicador*, una función de pertenencia al grupo. Cuando las nuevas generaciones del grupo responden a las mismas presiones sociales, adoptan la forma y la exageran más allá de los límites de sus mayores. Esto es *ultracorrección desde abajo*. La variable es ahora indicativa del nivel de edad así como de la pertenencia al grupo. Cuando otros subgrupos de la comunidad de lengua adoptan los valores del grupo original, adoptan la variable también, y la función de pertenencia al grupo se extiende a todos aquellos que comparten «una serie común de valores respecto a la len-

gua». El cambio es ahora un *caracterizador*, una de las normas de la comunidad de lengua frente a la cual todos los miembros reaccionan de la misma manera (aunque no necesariamente de manera consciente). La posición del sonido en el sistema fonológico produce un efecto en otros sonidos relacionados con él (punto éste que se discutirá detalladamente más adelante), y entonces tiene lugar un reajuste en el sistema. Todos los nuevos subgrupos que van entrando en la comunidad de lengua después, adoptarán la variable original y todos los cambios relacionados, como si estuvieran todos en el mismo nivel. Como lo denomina Labov, este proceso constituye una *etapa de reciclaje*, y es fuente de «continua producción de nuevos cambios».

Si el cambio en cuestión no tiene su origen en el subgrupo que posee el *status* más alto de la comunidad (el «*status*» se define diferentemente según los diferentes tipos de comunidad), los miembros del grupo del *status* superior pueden estigmatizar la nueva forma. Tal estigmatización producirá el efecto de *cambio desde arriba*: es decir, los que usan la forma estigmatizada tomarán conciencia del *modelo prestigioso*, la norma lingüística del grupo de *status* superior. Los hablantes descosos de imitar este modelo empezarán a corregirse esporádica e irregularmente en el habla cuidada, y la forma prestigiosa será la única que ellos querrán oír de los demás, por más que ellos no acierten a evitar el uso de la forma estigmatizada. La variable presenta ahora «una estratificación estilística regular así como una estratificación social», y contrastará el uso estimado de la lengua con los estilos desenfados. En esta fase, puede seguir habiendo ultracorrección, pero ahora es ultracorrección desde arriba: es decir, el habla cuidada de los que quieren evitar la forma estigmatizada exagerará la forma prestigiosa, en una dirección, más allá de los límites marcados por el grupo prestigioso. En casos extremos, la forma nueva puede convertirse en tema de comentario público, o en *estereotipo* que puede desaparecer del uso real, aunque, en la opinión común, se pueda seguir pensando que existe como señal de habla ignorante e inculta. Si, por otra parte,

la nueva forma ha tenido su origen en el grupo de *status* superior, se convertirá en modelo prestigioso y será imitada por otros grupos hasta el punto de entrar en contacto con el modelo prestigioso y de tratar de imitarlo (Labov, 1968, 278-80).

Por el contrario, un grupo que primeramente haya estado en una posición de relativa inferioridad social puede desplazar a la clase dominante y rechazar aquellos rasgos lingüísticos que no corresponden a su propio uso. Normas que fueron condenadas anteriormente son ahora aceptadas como modelos de alto prestigio. Ha ocurrido a menudo que la valoración social de un uso particular se ha invertido, y una pronunciación primero desdeñada pasa después a ser aceptada como norma general.

Muchas de las implicaciones básicas del tipo de investigación llevado a cabo por Labov habían sido advertidas mucho tiempo antes por Menéndez Pidal en *Orígenes del español* (primera edición, 1926), quien observó las fluctuaciones gráficas en los documentos bajolatinos de la España de los siglos ix y x, y llegó a la conclusión de que estas fluctuaciones no reflejaban solamente una «libre variación» anárquica o una «mezcla dialectal» sino más bien la coexistencia y lucha entre varias normas lingüísticas:

Cualquier cambio en la actividad colectiva tradicional, lo mismo respecto al lenguaje que a la canción popular, que a la costumbre jurídica, etc., se funda en el hecho de que muchas generaciones *consecutivas* participan de una misma idea innovadora y la van realizando persistentemente, a pesar de pequeñas variantes en el modo de concebirla; constituyen una tradición, en pugna con otra tradición más antigua... La innovación lingüística individual tiene que vencer la resistencia enormemente mayor que le ofrece la inmensa masa de hablantes apegados a una tradición arraigada. Un cambio fonético no suele ser nunca obra exclusiva de las tres o cuatro generaciones en que de un modo arbitrario se considera dividida la población conviviente, sino que es producto de una idea o un gusto tradicional que persiste a través de muchas generaciones de hablantes (532-33) ³¹.

³¹ Véase Lloyd, 1970, para más detalles.

Incluso antes se pueden encontrar pensamientos similares, aunque normalmente no tan elaborados como en la actualidad (véase nota 28, páginas atrás).

IMPLICACIONES PARA LA LINGÜÍSTICA HISTÓRICA

No hay razón para suponer que el cambio fonético haya operado en el pasado de manera diferente a como lo hace hoy. Los mismos factores generales, *mutatis mutandis*, que intervienen para producir el cambio fonético hoy deben haber intervenido en todos los tiempos de manera muy similar. Hoy, sin embargo, no podemos dirigir, aplicándonos al pasado, el tipo de investigación sociolingüística que ha sido tan iluminador para los cambios actuales. A menudo no disponemos más que de unos pocos y menguados datos que pueden insinuar los factores sociales que influyeron en la difusión de un determinado cambio histórico. Los antiguos historiadores no estaban orientados sociológicamente, y normalmente preferían contar los hechos de los hombres ilustres a ocuparse de los oscuros movimientos de las clases sociales más bajas. Muy a menudo tenemos que utilizar testimonios indirectos y limitarnos a especular sobre las fuerzas sociales que pudieron actuar.

En lo que respecta a los datos sobre los cambios fonéticos, una vez más el tipo de datos con que nos vemos forzados a enfrentarnos no se presta a fácil interpretación. En primer lugar, no es verosímil que los escribas registrasen los cambios puramente fonéticos que no afectasen al sistema fonológico o que violasen las reglas de escritura establecidas. Por ejemplo, al principio de la sonorización de la *t* intervocálica en el Imperio Romano occidental, la mayor parte de los hablantes pudieron muy bien no darse cuenta en absoluto de que se estaba añadiendo a la articulación de la consonante algo de sonorización³². Aun en el caso de que el escriba llegase a adver-

³² Muchos hablantes del inglés americano actual probablemente no se dan cuenta de que normalmente pronuncian la *t* intervocálica con sonorización. Véase Malécot y Lloyd, 1968.

tir alguna diferencia en el habla, no propendería a escribir de manera diferente, sino que más bien seguiría la tradición establecida. Mientras la consonante fue identificada con el fonema /*t*/, todos los que querían escribir una palabra que la contuviese habrían hecho uso de la letra *t* sin atender a si la pronunciación era completamente sorda o no. Aun en el caso de que se hubiera producido un desdoblamiento fonológico, y un nuevo fonema hubiera llegado a formar parte del sistema de la lengua, la ausencia de letras (o de costumbre de inventar nuevas letras) para representarlo habría inclinado a los escribas a mantener la vieja grafía³³. Sólo en el caso de coalescencia fonológica es probable que encontremos algún testimonio de cambio fonético. En este caso, los escribas menos habilidosos, que no están seguros de cuál es la grafía correcta, son más proclives a cometer errores gráficos que nos indican que se ha producido un cambio fonético. Sin embargo, a pesar de estas dificultades, los recientes descubrimientos de la estrecha relación entre cambio fonético y cambio social nos alertarán, como mínimo, sobre las posibilidades de encontrar en el pasado algunos indicios de relaciones similares³⁴.

LA DIFUSIÓN DEL CAMBIO FONÉTICO

Los problemas de la «gradualidad» frente a la «instantaneidad», discutidos brevemente páginas atrás, necesitan ser reexaminados desde diferente perspectiva. Ahora que hemos visto como la adopción de un cambio fonético está relacionada con cambios en la estructura y actitudes sociales, es oportuno examinar la manera en que las

³³ Menéndez Pidal da un esbozo de los problemas con que se encontraron los primeros escribas románicos cuando intentaban representar los nuevos sonidos del romance (*Orígenes*, §§ 1-11).

³⁴ Véase, particularmente, Labov, 1972, para algunas aclaraciones de cómo el presente puede iluminar el pasado.

innovaciones particulares se extienden a través de la lengua como totalidad.

CAMBIO CONDICIONADO Y CAMBIO ESPONTÁNEO

En el ejemplo de cambio producido en la pronunciación de las vocales en Martha's Vineyard (estudiado por Labov), el cambio de [au] a [əu] fue un cambio fonético condicionado. La nueva pronunciación aparece sólo ante obstruyentes sordas. Mientras persista esta condición fonética, el diptongo /au/ tendrá dos realizaciones en Martha's Vineyard. Pero, si la pronunciación centralizada se extendiera a otras posiciones, y después, finalmente, a todas las posiciones, el resultado final sería la pronunciación [əu] por doquier. De esta manera, el cambio llegaría a ser espontáneo, y el diacronista, a la hora de establecer la fórmula de correspondencia, escribiría sencillamente /au/ > /əu/.

Es en relación con la extensión de una pronunciación a nuevas condiciones como podemos ver un aspecto del cambio fonético: su carácter definitivamente gradual. Si establecemos un cuadro que presente diferentes condiciones para un nuevo sonido (en forma abreviada, C₁, C₂, C₃, C₄) y colocamos la antigua pronunciación A y la nueva pronunciación B en relación con diferentes períodos de tiempo (en forma abreviada, t₁, t₂, t₃, t₄, t₅), tendremos un paradigma del cambio fonético A > B desde un cambio condicionado hasta un cambio espontáneo ³⁵:

	t ₁	t ₂	t ₃	t ₄	t ₅
C ₁	A	B	B	B	B
C ₂	A	A	B	B	B
C ₃	A	A	A	B	B
C ₄	A	A	A	A	B

³⁵ Este cuadro es adaptación del de Wang, 1969, 20. Véase también Chen y Hsieh, 1971.

Para hacer visible en un caso concreto el contenido de este cuadro, supongamos que el cuadro se refiere a la difusión de la pérdida de la cantidad vocálica en latín. C₁ podría representar la «condición» de sílaba inacentuada postónica. C₂ podría representar todas las sílabas átonas. C₃ podría representar tanto la posición vocálica alta (es decir, [i, u]) como la media baja ([e o]) de las sílabas acentuadas. C₄ representa la posición vocálica media alta ([e o]) y la baja ([a]).

Pues bien, si miramos al cuadro, vemos que al principio, en el latín antiguo (simbolizado por t₁), la cantidad vocálica era relevante fonológicamente en casi todas las sílabas de la palabra ^{35a}. En otras palabras, en casi todas las sílabas la vocal podía aparecer como larga o como breve, según el significado de la palabra. De esta manera, se obtienen pares mínimos de palabras, como ocurre, por ejemplo, en el caso de *pōpulus* frente a *populus*. Aunque la posición vocálica es la misma en las dos palabras, en la primera, la vocal acentuada es larga, y en la segunda es breve. Esta diferencia no se debe al azar, sino que refleja la diferencia de significado en las dos palabras. *pōpulus* significa 'álamo', mientras que *populus* significa 'pueblo'. En otros casos, la diferencia entre la vocal larga y la breve corresponde a distinta función casual. Por ejemplo, el sustantivo femenino *vīra* significa 'vida', y está en nominativo, que es el caso del sujeto; la vocal final, inacentuada, es breve. En cambio, la forma *vīrā* tiene la vocal final larga, y cumple una función diferente. Esta forma está en ablativo, y significa o que es el objeto de una preposición o algo así como 'por medio de la vida'.

Así pues, al principio la diferencia entre vocales largas y breves podía servir para distinguir significados y funciones en casi todas las posiciones de la palabra, tanto en las sílabas acentuadas como en las inacentuadas ^{35b}, por lo que vemos que A (es decir, la canti-

^{35a} (Se excluyen las sílabas postónicas internas (por ejemplo, cu de *speculum*), que no podían ser largas en el latín antiguo.)

^{35b} (Recuérdese lo dicho en la nota anterior.)

cantidad
vocalica
[e o]
[a]

dad vocálica de carácter fonológico) aparece en cualquier posición. En el segundo período, t_2 , la distinción entre vocales largas y breves se perdió en todas las sílabas postónicas, y en esa posición sólo aparecían vocales breves. En la tercera etapa, se pierde la distinción en todas las sílabas inacentuadas, y la distinción fonológica entre breves y largas queda reducida solamente a las sílabas acentuadas. En la etapa siguiente, t_4 , con la adopción de una nueva articulación por parte de la mayoría de las vocales breves (véase el próximo capítulo para más detalles), la distinción entre vocales largas y breves quedó limitada a las vocales bajas y medias altas. Finalmente, en la última etapa, t_5 , la etapa del latín tardío y el romance temprano, la cantidad vocálica fonológica se pierde completamente en todas las sílabas, y en esta situación se encuentran todas las lenguas románicas. En ellas la cantidad vocálica es sólo fonética, y nunca puede utilizarse para distinguir el significado o función de las palabras. En el cuadro se puede apreciar que, en esta etapa, B (= ausencia de cantidad vocálica de carácter fonológico) ocupa todas las posiciones.

Se podrían dar otros ejemplos, como la sonorización de las oclusivas intervocálicas, que se utilizó como ejemplo al principio de este capítulo. Sin embargo, en este caso, la sonorización de las consonantes sordas quedó como «cambio condicionado», ya que la sonorización nunca se extendió a otras posiciones.

DIFUSIÓN LÉXICA

El resultado de este tipo de difusión es que en cualquier tiempo y lugar unas palabras pueden pronunciarse con la antigua pronunciación, otras con la nueva, y otras con las dos. Como dice Chen:

En lugar de cambiar todo el vocabulario del hablante de la noche a la mañana, por decirlo así, el cambio fonético empieza como pronunciación innovadora que afecta a una sola palabra o a un grupo de palabras, y después se extiende progresivamente a otros sectores

del léxico... Las excepciones pueden ser consideradas como formas residuales de un cambio fonético que no ha completado todavía su curso, ha finalizado prematuramente, o ha sido obstaculizado por un cambio fonético rival superpuesto a él a lo largo de la dimensión temporal (1972, 493).

Las distintas pronunciaciones pueden también distribuirse geográficamente, como se puede ver en el mapa de la figura 1 (pág. 121)³⁶. En el caso de NÓS ALTERÓS, la forma que aparece en España presenta diferente desarrollo: /al C/ > /a C/ ³⁷. En otras palabras, parece que la pronunciación /au/ depende no sólo del área, sino también de la palabra concreta en que aparece.

En muchos casos, tal vez no haya distribución geográfica de las pronunciaciones variantes. En cambio, habrá un gran número de dobles en la lengua de muchos individuos. El uso de una u otra forma dependerá de la interacción de un conjunto de factores diferentes —sociales, personales, etc.—. Por citar a un especialista:

En cualquier momento, entre el principio y el final de estos cambios, tenemos un estado caracterizado por la presencia de más o menos variantes libres, de modo que los hablantes pueden elegir entre expresiones alternativas. En cada caso la elección estará determinada por una interacción de factores, unos lingüísticos, otros éticos y sociales; una interacción tan compleja que muy a menudo parecerá que la elección se debe al puro azar (Vogt, 1954, 367).

En algunos casos, el contexto sintáctico en que aparece una palabra favorece la conservación de la pronunciación antigua, o bien una variante paradigmática puede favorecer la adopción de la nueva pronunciación, mientras que en otros puede ser el significado de la palabra lo que influye en el hablante, o también el prestigio

³⁶ Este mapa es adaptación del de Guiter, 1966, con algunas simplificaciones para facilitar la comprensión.

³⁷ En realidad, la distribución de las formas de *talpa* es mucho más complicada de lo que indica el mapa. Varias áreas occidentales conservan *al*: [talpa], [talp].

de los que prefieren una forma a otra. Según esto, cualquier cambio fonético particular puede tener un patrón muy complejo: «en lugar de ser un *Zeitpunkt* aislado en una *Zeitfolge* unidimensional, un cambio fonológico tiene un perfil cronológico propio, y puede incorporar, coincidir o solaparse con otro; y tiene fases intermedias durante las cuales las dos formas lingüísticas, la conservadora y la innovadora, coexisten una al lado de la otra» (Chen, 1976, 25).

Como ejemplo de cambio fonético moderno podemos elegir la desaparición de la *d* intervocálica en el español peninsular moderno. En el estilo conversacional ordinario, la mayor parte de los hablantes eliminan completamente la *-d-* en la terminación del participio de pretérito *-ado*: [áol]. Algunos hablantes usan una forma incluso más evolucionada en la que la vocal final ha ascendido hasta convertirse en semivocal: [au]. Sin embargo, cuando un hablante se encuentra en circunstancias que requieren un estilo más pulido, normalmente usará una forma con presencia de *d* fricativa ([d]): [á-ado] (a menudo con la consonante pronunciada muy débilmente). De esta manera, para el participio de pretérito *estado*, se puede oír, en distintas ocasiones y en diferentes grupos sociales, desde [estado], [esta⁴o] a [estáu] o [estáu]. Por otro lado, cuando esa misma forma se usa como nombre, hasta la persona que normalmente dice [estáu] como participio de pretérito suele pronunciar la fricativa plenamente, con el significado de 'estado' ^{37a}. Otras muchas palabras que terminan en *-ado* se pronuncian casi siempre con la fricativa plenamente articulada (*enfado*, *hado*, *vado*, etc.), mientras que *lado* se pronuncia normalmente [láu] en todas las circunstancias.

Sin embargo, en la forma femenina del participio de pretérito, aparecen marcadas diferencias regionales. En Andalucía, es muy frecuente en todas las clases sociales la desaparición de la fricativa y la consiguiente reducción de las dos sílabas a una *á*. En el norte de la Península, esta reducción está considerada como propia de

^{37a} (La apreciación del autor en este punto parece demasiado conservadora.)

clases extremadamente bajas y se la evita hasta el punto de que algunas ultracorrecciones han llegado a ser casi normales; por ejemplo, *Venceslada* por *Venceslá*. Tratándose de otras palabras con *d* intervocálica, el uso coloquial de la clase media se caracteriza por una extrema irregularidad. Se tiende a mantener la fricativa en los sufijos *-ido*, *-adero*, etc. En la España meridional, es general la desaparición de la *-d-*: [íol], [áéol]. Parece probable que, con el tiempo, la eliminación de la fricativa intervocálica será general en todas partes y que entonces el diacronista podrá escribir la fórmula */-d-/ > /Ø/* ³⁸. Sin embargo, nunca podemos estar seguros, y existen algunos indicios de reacción contra la desaparición de */-d-/* en el participio de pretérito entre los jóvenes de Madrid (Lorenzo, 1966, 24), aunque puede ser que el restablecimiento responda a una pronunciación con base gráfica.

Para algunos, la difusión del cambio fonético por extensión gradual a un número cada vez mayor de entornos fonéticos parece ser prueba suficiente de que el cambio fonético es, en efecto, un movimiento mecánico, sin relación con otros factores lingüísticos. Hay, sin embargo, bastantes testimonios de difusión léxica que hacen que nos preguntemos cómo es posible que los dos procedimientos sean válidos. ¿Es verdaderamente irregular la difusión léxica? ³⁹

³⁸ Véase Catalán, 1955, 92-97. La irregular distribución de la fricativa [d] y de [Ø] ilustra un rasgo generalmente característico de los estilos formales. La pronunciación de las vocales en el habla sin *r* de la ciudad de Nueva York, por ejemplo, es extremadamente irregular en la pronunciación formal. Sin embargo, el habla más espontánea revela un sistema muy regular (Weinreich, Labov y Herzog, 1968, 134-35).

³⁹ De hecho, Bailey critica a Chen y Wang (1975) por pretender que la extensión del cambio a través del léxico no está sujeta a unas pautas. Señala que «no se puede probar nada tocante al cambio fonético —que es el objeto de ellos— a menos que se aduzcan testimonios que procedan de reglas fonológicas. Pero los testimonios de Chen y Wang proceden de reglas morfológicas» (Bailey, 1975, 22). Bailey insiste en que sólo los cambios motivados fonéticamente pueden llamarse cambios fonológicos. Podríamos preguntarnos si esta conclusión no es pura y simplemente cuestión de definiciones. Así, Hoenigswald (1976) señala que los neogramáticos definían como cambios fonéticos sólo aquellos cambios que estaban causados fonéticamente

Por ejemplo, la *e* larga del inglés medio, /e:/, generalmente evolucionó a vocal larga alta, /i:/ (ejemplos: *bead*, *read*, *mead*, etc.); pero en algunas palabras la vocal se abrevió y no cambió de altura (ejemplos: *head*, *dead*, *deaf*, *breath*, *sweat*). Las condiciones fonéticas parecen las mismas para las dos series de palabras, y, sin embargo, los resultados son irregulares (Labov, 1981, 297). De manera similar, en el inglés moderno de Filadelfia muchas palabras que originariamente tenían una *a* breve sufren un resultado fonético muy irregular: *bad*, *mad* y *glad*, por ejemplo, se pronuncian con una vocal tensa que desarrolla una glide interior, vocal que además tiene de a elevarse (ejemplos: [mæ:d] > [me:ʔd] > miʔd), mientras que *sad* y *dad* se pronuncian con una vocal baja anterior y relajada, [æ], sin indicios de elevación (Labov, 1981, 289, 295). ¿Cómo podemos dar cuenta de tal irregularidad si el cambio fonético es regular? Labov, 1981, sugiere que la solución a esta aparente paradoja podría hallarse en una distinción: la absoluta regularidad fonética se daría en el caso de la variación fonética de carácter alofónico, mientras que la difusión léxica tendría lugar cuando están implicados distintos fonemas (Labov, 1981, 304).⁴⁰

Un estudio reciente de Janson (1983) presenta un esquema que nos permite imaginar las distintas clases de cambio observadas; este estudio podría eliminar las aparentes paradojas que hemos visto, y también la contradicción que advertimos anteriormente entre «carácter gradual» (definido de distintas maneras) y «carácter instantáneo» en el cambio fonético. Janson cita la clasificación de Wang (1969, 14) relativa a las cuatro posibilidades lógicas que puede presentar el proceso de cambio fonético en el vocabulario de un individuo:

y eran completamente regulares, mientras que otros tipos de cambio se definían como algo distinto.

⁴⁰ Podríamos suponer que, si el cambio fonético empezara de manera léxicamente irregular, se generalizaría muy pronto a un entorno fonético específico con el fin de no imponerle una carga insoportable a la memoria del hablante. Este punto es subrayado por Householder (1972, 2a).

- «1) fonéticamente instantáneo y léxicamente instantáneo
- 2) fonéticamente instantáneo y léxicamente gradual
- 3) fonéticamente gradual y léxicamente instantáneo
- 4) fonéticamente gradual y léxicamente gradual».

Una dificultad que originan los términos usados es que «instantáneo» puede referirse a la idea de sustitución brusca de un sonido por otro (cosa rechazada por todos como algo inconcebible, según vimos anteriormente), y también a la operación de cambio que experimenta un sonido a lo largo de un *continuum*. Para evitar posibles confusiones, sería mejor usar el término «fonéticamente gradual» frente a «fonéticamente aislado» para expresar la distinción hecha por Labov entre dos tipos imaginables de cambio fonético (Janson, 1983, 21). Si se realiza este cambio, es posible ver que los cambios fonéticamente separados no tienen por qué propagarse instantáneamente sino que pueden propagarse gradualmente por difusión léxica.

Como vimos anteriormente, toda discusión sobre el cambio fonético se basa en la existencia de variables en la comunidad lingüística. La contribución fundamental de Janson al estudio de este problema está en haber distinguido cuidadosamente entre producción y percepción de sonidos. Una vez que empieza un cambio fonético de cualquier tipo, los hablantes que no usan la nueva pronunciación tienen, no obstante, que tratar con los que sí la usan. Por lo cual, desarrollarán una regla de percepción según la cual el sonido X que oyen es igual o idéntico a su propio sonido Y. Por ejemplo, los hablantes de dialectos nortños del inglés americano, que pronuncian el diptongo [ai] en palabras como *I* o *right*, al oír a los hablantes de dialectos meridionales pronunciar esas mismas palabras con una vocal baja larga, [a:], rápidamente desarrollan una «estrategia de descodificación»: «su [a:] = mi [ai]». Esas reglas especiales de percepción (Janson, 1983, 25), que son, evidentemente, parecidas a las «reglas de adaptación» de Andersen (que se discutirán más adelante), son esenciales en la comunicación cotidiana, in-

cluso para entender pronunciaciones idiosincrásicas debidas a problemas físicos, como defectos en los órganos del habla o un fuerte resfriado. Tales reglas son reglas *ad hoc*, y permanecen así sin cambio ulterior.

Sin embargo, si la pronunciación innovadora consigue algún prestigio (por la razón que sea), puede ser que el hablante empiece a usarla personalmente, tal vez en determinadas circunstancias fonéticas o en varias unidades léxicas. Su propia norma de producción cambiará, al menos en cierta medida, en cuanto que juzga la nueva pronunciación «correcta» para ciertos objetivos o en ciertas circunstancias. Probablemente un adulto no será capaz de reestructurar completamente su propio sistema básico, y la nueva pronunciación se producirá erráticamente, como señaló Labov. Por otra parte, los hablantes jóvenes no dispondrán de criterio para saber qué sonido es el *básico*, y podrán aprender a pronunciar el sonido nuevo con regularidad plena. En esta etapa, los hablantes que pronuncian solamente el sonido nuevo tendrán una regla de percepción que considere la antigua pronunciación como equivalente a la nueva. Por último, desaparecen los viejos hablantes, y con ellos la pronunciación arcaizante. Parece ser que la difusión de la [R] (uvular), a costa de la antigua vibrante apical ([r]), se está produciendo en varias lenguas de la Europa occidental precisamente de esa manera (Janson, 1983, 24-26). Según esto, es posible que haya cambios fonéticamente aislados que se difundan gradualmente por la comunidad lingüística sin difusión léxica, pero probablemente la difusión léxica es lo normal.

La distinción entre producción y percepción tiene también efecto sentido en lo relativo al cambio fonéticamente gradual. Con respecto al cambio vocálico, donde el cambio fonéticamente gradual parece ser lo normal, el estudio de Janson sobre los hablantes del dialecto del sueco hablado en Estocolmo revela que los hablantes jóvenes tienden a percibir las vocales de la generación mayor como no muy diferentes de sus propias vocales, mientras que la producción juvenil de esas vocales es realmente muy distinta (1983,

31). Esta diferencia entre la percepción y la producción constituye, indudablemente, una contribución positiva a la comunicación. Después de todo, los hijos suelen entender la pronunciación de sus padres aun en el caso de que la suya propia sea bastante diferente.

Es posible visualizar la difusión de la pronunciación a través del léxico de la misma manera que se visualizó la difusión a los distintos contextos fonéticos en el cuadro presentado anteriormente. Si ahora leemos el símbolo C como «contexto» semántico o sintáctico en lugar de condición fonética, podemos imaginarnos la innovación extendiéndose de la misma manera gradual. El cuadro, naturalmente, representa una innovación que completa su curso y ocupa por doquier el lugar de una pronunciación más antigua, como, por ejemplo, cuando el diptongo latino /au/ monoptongó en una simple /o/ en castellano (ejemplos: lat. CAUSA > cosa, AUTUMNU > otoño, etc.). Sin embargo, si en cualquier momento durante el proceso de avance del nuevo sonido a través de la lengua hiciéramos un análisis estático, no veríamos una sustitución absolutamente regular de un sonido por otro, sino más bien una mezcla de formas que rivalizan, variando ampliamente según las circunstancias. El análisis podría muy bien llegar a la conclusión de que no hay regularidad sino sólo irregularidad masiva, y de que la supuesta «regularidad del cambio fonético» no es más que una ilusión. Todo depende de si examinamos el cambio en su realización progresiva o después de su consumación. Menéndez Pidal, en un pasaje muy conocido de *Orígenes del español*, hizo la siguiente comparación:

[C]ada palabra que en fonética parezca discordante de sus análogos, puede estar sometida a una tendencia general que la impulsa en unión con las otras. Todas son llevadas por la misma corriente, como multitud de hojas caídas en un río; cada hoja sigue su curso especial, tropieza acaso con obstáculos que la desvían, la retrasan o la detienen, pero todas están sometidas a la misma fuerza, ora las arrastre, ora solamente las empuje, y sería ceguedad empeñarse en observar el curso de cada una sin darse cuenta de la corriente que las domina a todas. La dialectología, mostrándonos una foto-

grafía instantánea de un momento del lenguaje, puede hacernos pensar que cada palabra tiene su historia fonética y que no hay leyes generales que las rijan; pero la protohistoria lingüística, observando el curso de varios siglos, nos dice claramente que cada palabra es un mero episodio en la historia general de cada uno de los elementos que la integran. Cada sonido o grupo habitual de sonidos de una lengua es un elemento constructivo de que dispone el idioma, y como tal tiene una existencia ideal propia; es algo independiente en cierto modo de las palabras de que forma parte (*Orígenes*, 3.^a ed., 531).

Si resultara, por alguna razón, que hay algunas palabras que no asumen la nueva pronunciación y que no se producen ya nuevos cambios en los miembros de una categoría particular, entonces habrá algunas excepciones al cambio general. En este caso, se podría decir que el cambio fonético ha «terminado», pero no se ha «completado» (Hsieh, 1972). Por ejemplo, en la época en que el diptongo latino /au/ se estaba convirtiendo en /o/, la combinación /al + consonante/ estaba también empezando a transformarse en la pronunciación diptongada /au/, y, de esta manera, tendía a correr la misma suerte que el diptongo latino /au/; por ejemplo, lat. *ALTERU* > [autro] > esp. mod. *otro*. Sin embargo, en muchas palabras, el proceso no sucedió con la suficiente prontitud, o hubo una reacción en contra por parte de los hablantes, de modo que continuó la forma original de la combinación; por ejemplo, lat. *ALTU* > esp. *alto*, lat. *CALVU* > esp. *calvo*, y algunas otras. No obstante, en algunas formaciones aparece el cambio a /au/ > /o/; por ejemplo, el nombre de lugar *Montoto*, es decir, 'monte alto'. Se puede decir que este cambio terminó antes de completarse. En el caso de un cambio fonético completado, el *diacronista*, al comparar el sonido originario con el resultado final, podrá establecer una fórmula sencilla, una «correspondencia diacrónica»⁴¹, del tipo /A/ > /B/. Entonces se puede hablar de estas correspondencias como de «leyes

⁴¹ El término «correspondencia diacrónica» está tomado de Andersen, 1972, 11-12.

fonéticas». Pero la fórmula da simplemente el principio y el final del proceso. No dice nada en absoluto sobre cómo, cuándo o por qué tuvo lugar el cambio. Una simple correspondencia diacrónica tiene menos relación con el cambio fonético del que tiene una inscripcón funeraria que indique las fechas de nacimiento y muerte de la persona con la historia de su vida.

CAMBIO FONÉTICO ESPORÁDICO

La anterior discusión sobre la difusión del cambio fonético a través del léxico de una lengua ilustra la razón por la cual es probable que un examen del vocabulario revele excepciones al cambio fonético general. Aunque, como señalaba Menéndez Pidal, podemos considerar los sonidos como dotados, en cierto sentido, de vida independiente y propia, no es menos verdad que las palabras individuales, los grupos de palabras y los morfemas tienen trayectorias independientes. Cualquier palabra puede estar expuesta a influencias que pueden hacer que se desvíe de la senda seguida por otras de estructura fonética parecida. Los efectos de la analogía vienen siendo reconocidos desde hace tiempo por los lingüistas de todas las tendencias como una fuerza importante que interfiere en el tranquilo desarrollo de muchos cambios fonéticos. Malkiel ha sugerido que sería posible ordenar los cambios fonéticos por el grado de regularidad final que presenta cada uno (Malkiel, 1970, 140). Tales «grados de regularidad», al estar expresados en porcentajes, estarían necesariamente relacionados con el número total de fonemas o combinaciones de fonemas sujetos a un cambio particular. Según esto, una manera de eliminar muchas excepciones aparentes a un cambio fonético es apartar de la consideración todas las palabras o morfemas que no formaban parte de la lengua en la época en que tuvo lugar el cambio. Como vimos anteriormente, todos los cultismos del español adoptados después del período de sonorización quedaban excluidos a la hora de determinar las condiciones fonéticas de la sonorización de la /t/ intervocálica latina.

Una vez analizado el tema de las «excepciones a las leyes fonéticas», no podemos retrasar más la discusión, aunque sea breve, de cómo debe proceder el estudioso a la hora de determinar aquellos cambios que él considere que son «regulares» o normales. En primer lugar, tiene que elegir con gran cuidado aquellos elementos que considere que son palabras corrientes y en continuo uso durante el período que va a estudiar, y, como se señaló en el párrafo anterior, tiene que excluir de su corpus toda palabra que pueda no haber formado parte de la lengua durante el período que va a estudiar, o que haya podido estar sujeta a cualquier tipo de influencia analógica por parte de otras palabras o grupos de palabras. Una vez hecho esto, y utilizando solamente aquellas palabras que se puede suponer razonablemente que han formado parte consistentemente del vocabulario general, en muchos casos será probablemente razonable concluir que, si la gran mayoría de los ejemplos restantes presenta un resultado particular, entonces ese cambio puede ser considerado como norma. Sin embargo, uno puede preguntarse si es científicamente válido aceptar que la mayoría debe gobernar en la lingüística histórica como en la sociedad democrática.

¿Es posible que la frecuencia de aparición de un fonema o grupo de fonemas (entendida como frecuencia de aparición en diferentes morfemas, o «incidencia», y no frecuencia de uso en la cadena hablada) esté relacionada con el grado estadístico de regularidad final del cambio? Los sonidos que aparezcan en muchos cientos de palabras darán al menos la impresión de mayor regularidad en el cambio que los que aparezcan con poca frecuencia, simplemente porque cualesquiera excepciones a un cambio que afecta a tales sonidos formará sólo un pequeño porcentaje del total. El sonido o las combinaciones de sonidos de menor frecuencia pueden presentar menor regularidad porque unas cuantas excepciones pueden formar un porcentaje más alto en el número total de apariciones. Algunas combinaciones de sonidos pueden ser, de hecho, tan raras que es prácticamente imposible decidir qué resultado debiera considerarse

«regular»; este es el caso de la combinación inicial latina /fl-/ en su evolución al castellano (Wright, 1989, 27-32; véase cap. IV). Otra posibilidad es que el fonema que aparezca con mucha frecuencia, por la pura fuerza de los números, hará más difícil el arraigo de excepciones.

Al final, sin embargo, encontramos un número de casos difíciles en los que puede ser que el porcentaje de palabras que presentan un resultado particular, aunque no la mayoría, es suficientemente amplio como para hacernos pensar que no es posible realmente declarar sin temor a dudas que un cambio determinado es regular, y que todas las palabras que presentan algún otro cambio tienen que haber sufrido la influencia de algún otro factor que nosotros actualmente no podemos percibir. Tomemos el caso del cambio de la vocal latina breve, alta y posterior /u/. En italiano y francés, por ejemplo, no dudariamos en afirmar que coincidió con los resultados de la vocal larga, media y posterior /o:/, ya que la inmensa mayoría de las palabras corrientes presentan precisamente ese cambio. Por otro lado, en el iberorromance encontramos bastantes ejemplos de palabras que revelan la coalescencia de /u/ con la vocal larga alta /u:/; eso nos hace preguntarnos si podemos excluirlas con seguridad del conjunto de las palabras corrientes. He aquí algunos ejemplos:

DULCE > esp. ant. <i>duz/duce</i> (esp. mod. <i>dulce</i>)
DUBITA > esp. <i>duda</i> , port. <i>dúvida</i>
PUNCTU 'punto, agujerito' > esp. <i>punto</i>
SUMMA 'suma, resumen, punto principal' > esp. <i>suma</i>
*CULMINE (lat. cl. CULMEN, neutro) > esp. <i>cumbre</i>
CRUCE > esp. <i>cruz</i>
VULTU 'cara' > esp. <i>bulto</i>
JUGU > esp. <i>yugo</i>
MUNDU > esp. <i>mundo</i>
FURTU 'robo' > esp. <i>hurto</i>
JUNCU > esp. <i>juncu</i>
PUGNU > esp. <i>puño</i> .

Algunas palabras portuguesas contrastan con sus cognados castellanos:

CURTU 'acortado' > port. *curto* 'corto'
 CURVU 'curvo' > port. *curvo* 'curvo'^{41a}
 FUNDU 'hondo' > port. *fundo* 'hondo'
 URSU 'oso' > port. ant. *usso* 'oso'
 SURDU 'sordo' > port. *surdo* 'sordo'
 PLUMBU 'plomo' > port. *chumbo* 'plomo'

(Malkiel, 1983, 207-208).

La solución más sencilla al problema de explicar el relativamente elevado número de vocablos que presentan el cambio /u/ > /u/ es decir que todas las palabras que presentan /u/ en vez de /o/ son «cultismos»; es decir, reflejarían la pronunciación latino-medieval innovadora instituida a raíz de la reforma carolingia (Wright, 1989). La única tarea pendiente, en ese caso, es explicar cómo puede ser que términos tan humildes como los esp. *surco*, *yugo*, *junco*, *puño* y otros, hayan podido estar sujetos a tal influencia culta, cuando los hablantes de italiano, por ejemplo, no han tenido dificultades con la pronunciación «corriente» de palabras que podrían ser sospechosas de haber sufrido la influencia del latín de la Iglesia (ejemplos: it. *croce*, *mondo*, *dolce*, y muchas otras). La pronunciación «cultas» es, sin duda, una salida fácil, y muchos la han elegido, pero no podemos evitar muchas y persistentes dudas sobre si tal solución es algo más que la declaración de que realmente no estamos seguros de cuál es la verdadera ley fonética general (véase cap. IV).

Finalmente, hay algunos tipos de cambio fonético que parecen ser algo diferentes de otros en el sentido de que no están necesariamente limitados al tiempo y al espacio como los considerados hasta ahora. Estos cambios pueden aparecer en cualquier tiempo o lugar y en cualquier lengua. Diversamente etiquetados —«fenómenos especiales», «changelments particuliers», «allgemeine Erscheinungen»,

^{41a} (En esp., *corvo*, frente al culto *curvo*.)

«accidenti generali», «spontaneous» o «sporadic sound changes» (Malkiel, 1962)—, han incomodado durante mucho tiempo a los lingüistas porque no encajan fácilmente en una teoría general del cambio fonético. Se puede incluir en ellos cualquiera de los descritos en la lista de tipos de cambio fonético dada anteriormente, pero en la práctica suelen limitarse a:

- 1) *metátesis*; por ej., lat. *FABRICA* > [frábika] > [frabga] > esp. *fragua*; lat. *FORMATICU* > fr. *fromage*.
- 2) Varios tipos de *epéntesis*:
 - a) de [r]: it. *bùssola* > esp. *brújula*; esp. ant. *hojálde* (< lat. *FOLIÁTILIS*) > esp. mod. *hojaldre*
 - b) de [n]: lat. *MACULA* > esp. *mancha*.
- 3) *disimilación*: lat. *ANIMA* > esp. *alma*; ing. *chimney* > *chimby*.
- ④ *anaptix* (o *svarabhiakti*) —lo contrario de sincopa; es decir, la adición de una vocal entre dos consonantes en contacto—: esp. ant. *corónica* < *crónica*; ing. *athlete* < *athlete*.
- 5) *paragoge* —lo opuesto a apócope, o adición de una vocal en fin de palabra—: esp. *cuchara* < esp. ant. *cuchar*.

Está fuera de lugar aquí una discusión detallada sobre estos cambios; pero se debería señalar que no hay nada en su naturaleza que los haga esencialmente diferentes de todos los otros tipos de cambio⁴². De esta manera, aunque la metátesis es normalmente irregular, puede adquirir cierto grado de regularidad: esp. ant. *miraglo*, *parabla*, *periglo* > esp. mod. *milagro*, *palabra*, *peligro*. La disimilación y la epéntesis son perfectamente regulares en el desarrollo del grupo consonántico latino /m'n/ en castellano (donde 'representa una vocal perdida): lat. *HOMINE* > esp. ant. *omne* > esp. mod. *hombre*. Sin embargo, merece la pena señalar que estos fenómenos, cuando son verdaderamente esporádicos, suelen implicar a las nasales y líquidas más que a otras clases de sonidos. Uno se

⁴² Véase Niedermann, 1926.

pregunta si no será su carácter fonético de resonantes lo que las expone a más frecuentes deslices glóticos; ésta podría ser la última causa de tales cambios.

¿Es posible también, como ha sugerido Malkiel (1962), que haya alguna relación entre estos cambios esporádicos y otros cambios con un grado bajo de regularidad (etiquetados provisionalmente por Malkiel como «cambios fonéticos débiles»), y la analogía? Se puede argumentar que, si los cambios esporádicos tienen su origen en deslices glóticos, entonces podrían estar sujetos a toda clase de interferencias por parte de otras palabras. Las razones para su aceptación entre las formas normales de las palabras no tienen posiblemente nada que ver con su carácter esporádico o naturaleza fonética; sino que habría que buscarlas en el especial desarrollo histórico de cada palabra o grupo de palabras. Posiblemente no pueda darse ninguna solución precisa al problema del cambio excepcional o aparentemente inexplicable, especialmente si se piensa que hay que dar una solución única y de carácter general a todos los posibles cambios.

LAS CAUSAS DEL CAMBIO FONÉTICO

Cum igitur omnis nostra loquela...
sit a nostro beneplacito reparata post
confusionem illam... et homo sit
instabilissimum atque variabilissimum
animal, nec durabilis nec continua
esse potest, sed sicut alia que nostra
sunt, puta mores et habitus, per
locorum temporumque distantias
variari oportet.

De vulgari eloquentia, I. 9. 6-7

Una de las cuestiones más complicadas de la lingüística histórica sigue siendo la explicación de por qué cambian los sonidos. Las tradicionales gramáticas históricas de estilo siglo XIX se limitan normalmente a describir la mayor parte de los cambios fonéticos, dan-

do mucha menos importancia a la explicación de sus causas. El término «ley fonética» contribuyó sin duda a fomentar la convicción de que la descripción era suficiente porque daba la impresión de que los cambios fonéticos eran, más o menos, como leyes físicas de la naturaleza que actuaban ciegas e implacablemente a través del lenguaje. Naturalmente, hasta los más comprometidos descriptivistas no podían evitar el tener que explicar por qué, en algunos casos, ciertas palabras o grupos de palabras conseguían escapar a la acción de las leyes fonéticas. La respuesta tradicional era, normalmente, la analogía, que será examinada con mayor detalle en la próxima sección.

En un sentido, la cuestión de por qué cambian los sonidos no es una cuestión lingüística en absoluto, porque tiende a dar la impresión de que el lenguaje es (o debería ser) esencialmente estático y de que hay algo inusual en el hecho de que cambie constantemente. Como observó Dante, las instituciones humanas están siempre sujetas a cambio en el tiempo y la distancia, y, por eso, difícilmente se podría esperar que el lenguaje escapase al destino que aguarda a todas las creaciones humanas. Así pues, una respuesta general a la pregunta general sería: «el lenguaje cambia porque cambian los humanos y su sociedad»⁴³. (De hecho, se puede ver que el cambio es una propiedad común a todas las cosas de la naturaleza.) Una respuesta tan general difícilmente puede satisfacer a cualquiera que desee una respuesta lingüística, como tampoco un físico podría aceptar, como respuesta a la pregunta de por qué la gente muere, una respuesta general del estilo de «todos los seres vivos tienen que morir».

⁴³ Malmberg señala: «La idea de un sistema lingüístico sin cambios como condición necesaria para la comunicación exige evidentemente que las relaciones entre el lenguaje y otras condiciones sociales —o sea el material comunicable y la situación en que la comunicación tiene lugar— permanezca[n] inalterada[s]. Pero, si las circunstancias sociales cambiasen y el lenguaje permaneciese idéntico, se seguiría una ruptura en las relaciones socio-lingüísticas y no se llevaría a cabo la comunicación» (1974, 275).

Antes de ser más específicos, habría que señalar que la definición de la palabra «causa» y el problema de la causación, en general, es un problema más filosófico que estrictamente histórico o lingüístico. Sin embargo, incluso aquellos que no están especialmente interesados por la filosofía de la historia deberán tener alguna idea de lo que aceptan como causa de un acontecimiento histórico, incluyendo el cambio fonético. Una definición útil es la dada por un filósofo: «en su forma más rigurosa, *causalidad* denota la suma de condiciones necesarias y suficientes para que tenga lugar un acontecimiento» (Cohen, 1942, 19). Para determinar cuál puede ser la causa de un cambio, es útil distinguir entre las condiciones necesarias para que se dé el cambio y los factores activos que lo han impulsado. Por ejemplo, al explicar la sonorización de la /l/ intervocálica latina, se puede hablar de la posición intervocálica como causa de la sonorización en el sentido de que esta posición era condición necesaria para la sonorización. Sin embargo, podría no haber sido causa suficiente, porque la sonorización sólo tuvo lugar en parte de la Romanía; así se indicaría que debe estar implicado algún otro factor o factores. Estos otros factores son los únicos que debieran ser considerados como causas directas, o más inmediatas, de la sonorización.

Los que piensan que se puede o debe encontrar alguna causa general de todo cambio fonético se han sentido a menudo frustrados en la búsqueda de esta causa. Una respuesta al problema, aunque muy poco satisfactoria, es que no hay respuesta. Bloomfield declaró llanamente: «las causas del cambio fonético son desconocidas» (1933, 385). Todavía hoy hay quienes tienen la misma impresión. Un estudio realizado por un autor de la escuela de «fonología generativa» proclama: «Naturalmente, no se conoce todavía la CAUSA del cambio lingüístico. En general, la explicación de la causa del cambio lingüístico está más allá del alcance de todas las teorías propuestas hasta ahora» (Harris, 1969, 550) ⁴⁴.

⁴⁴ Como dice Coseriu: «la actitud 'prudente' es la que admite que las causas del cambio lingüístico son desconocidas o se desconocen 'por ahora'». Esta actitud

Puede ser también que detrás de esta frustración haya, de base, una concepción errónea sobre la naturaleza de la historia y de la explicación histórica. Una cita importante puede aclararlo.

Engañados por las ambigüedades escondidas en la palabra 'causa', los filósofos han creído que, en cualquier situación histórica, está presente en algún lugar un factor de un tipo determinado, y que, una vez localizado con precisión ese factor, se puede ver que todo lo demás deriva de él. Pero esta creencia es una ilusión. El proceso histórico no es como una máquina que tenga que ser mantenida en movimiento por una dinamo situada detrás del escenario. Y no hay *causas reales* absolutas que estén a la espera de ser descubiertas por historiadores dotados de lentes de aumento suficientemente poderosas. Lo que sí hay son historiadores que escriben a diferentes niveles y a diferentes distancias, historiadores que escriben en diferentes contextos y desde diferentes puntos de vista (Cardiner, 1952, 109) ⁴⁵.

Es curioso también observar con qué frecuencia los diacronistas han sido reacios a considerar lo que es un principio básico de todas las otras disciplinas históricas; a saber, que puede haber más de

parece razonable, y, en efecto, quienes la adoptan se salvan por lo menos del error de indicar causas que no son tales; sin embargo, en el fondo no es menos errónea que la anterior, pues implica la creencia de que habría causas más o menos misteriosas y que podrían descubrirse; el no haberlas descubierto sería sólo una deficiencia circunstancial de la lingüística» (1973, 190). Es curioso ver con qué frecuencia encontramos lingüistas deseosos de proclamar que no sabemos nada acerca de por qué cambian los sonidos, como si a lo largo de cien años de investigación laboriosa todo hubiera sido estéril. Hockett, comentando otro estudio, dice: «en realidad, no sabemos tampoco nada sobre cualquier otro factor que pueda intervenir en el cambio fonético» (1967, 320).

⁴⁵ El que Harris escriba «CAUSA» con mayúsculas parece indicar que está buscando precisamente esa dinamo misteriosa y metafísica que mantiene el lenguaje en movimiento, o, por lo menos, una teoría amplia y omnicomprensiva que explique definitivamente todo lo referente al cambio lingüístico. Coseriu hace un agudo comentario a este modo de ver las cosas: «preguntarse cuál es 'la causa' del cambio lingüístico es como preguntarse 'qué forma tienen los objetos' y pretender contestar que la tienen redonda o cuadrada» (1973, 184).

una causa para cualquier acontecimiento: «la *insistencia* en una *so-la causa* —lo que Jespersen llamó la falacia del todo o nada— ha sido en el pasado uno de los principales inconvenientes para progresar en la lingüística diacrónica. Tanto en las ciencias puras como en las aplicadas, el principio del múltiple condicionamiento es un lugar común. Pero en el estudio del cambio lingüístico ha sido tratado con recelo; durante mucho tiempo, el lingüista que sugería una combinación de causas en acción fue acusado de ambivalencia» (Samuels, 1972, 3) ⁴⁶.

Estrechamente relacionada con la postura que defiende que las causas del cambio fonético son desconocidas (y posiblemente incognoscibles) está la opinión de que el cambio fonético no necesita especial explicación. En expresión sencilla de un autor, «hoy por hoy, lo más adecuado sería decir sencillamente que los hábitos de articulación están sujetos a cambios de moda —exactamente igual que los hábitos de vestir, comer, etc.— y, así como éstos varían sin razón aparente, también varían los de pronunciación» (Hall, 1964, 298). Otro lingüista —de la escuela de fonología generativa— está completamente de acuerdo: «le parece claro al que esto escribe que no hay más razón para que cambien las lenguas de la que hay

⁴⁶ Malkiel (1967) presenta una valiosa introducción a la múltiple causación en el cambio lingüístico. El hecho de que tal estudio no se hubiera hecho nunca antes es señal de que la lingüística histórica apenas ha sido considerada como una rama de los estudios históricos. La mayor parte de los historiadores han aceptado desde hace tiempo la causación múltiple:

La causación múltiple es, obviamente, menos dramática que la monística. Es siempre llamativo señalar con el dedo a un agente y decir: «¡ese lo ha hecho!». Más aún, cuando se admite una multiplicidad de causas, es a menudo difícil asignar el peso correcto a cada una de ellas, y el trabajo del historiador se incrementa... Sin embargo, se observará que, cuanto más científico es el historiador, más proclive será a la explicación múltiple de los acontecimientos: cuanto más profundice en la materia, con tanta mayor seguridad verá que esa forma de tratamiento es imperativa (Nevins, 1938, 228).

Véase también Bunge, 1959, y Wallace, 1972; cf. también Conklin, 1974.

para que a los automóviles les añadan aletas un año y se las quiten al siguiente, para que las chaquetas tengan tres botones un año, y dos al siguiente, etc. Es decir, parece evidente, en el marco del cambio fonético como cambio gramatical, que las 'causas' del cambio fonético, sin contacto de lenguas, radican en la tendencia general de los productos culturales humanos a experimentar cambios estilísticos, 'no funcionales'» (Postal, 1968, 283). Subyace a esta opinión, naturalmente, la tácita presunción de que los cambios en la moda no tienen causas, o, al menos, causas mercedoras de estudio. Por supuesto, esta presunción será decididamente puesta en duda por los historiadores y los sociólogos ⁴⁷.

Otros lingüistas han pensado que se pueden encontrar causas físicas de los cambios fonéticos. Según esta opinión, el más mínimo desplazamiento en los órganos de articulación puede ser el principio de un cambio fonético: «En este juego de movimientos complejos que constituyen el sistema fonético, puede ocurrir que uno de los órganos exagere o detenga, por poco que sea, su acción; que un músculo esté afectado de flojedad o lentitud al ejecutar un movimiento, o, por el contrario, que emplee mayor vigor y rapidez. De ahí, un desacuerdo fonético entre dos generaciones sucesivas» (Vendryes, 1958, 105). El lingüista que formuló esta opinión sobre el cambio fonético era consciente de que tales causas físicas no pueden ser suficientes para explicar el cambio fonético, porque darían cuenta solamente de las variaciones en un individuo particular. La desviación de un individuo no puede explicar los cambios adoptados por un grupo social en pleno ⁴⁸. Las explicaciones físicas no dan tam-

⁴⁷ De hecho, Smeiser, 1963, intenta elaborar una explicación de esa conducta precisamente. Véase especialmente el cap. 7, «The Craze». Las págs. 207-208 tratan de las modas indumentarias.

⁴⁸ «Mucho tiempo se creyó que todo cambio fonético partía de un individuo y no era otra cosa que un cambio individual generalizado. Esta concepción de las cosas es inexacta. Ningún individuo tendría poder para imponer a sus vecinos una pronunciación que instintivamente les repugnara; no hay coacción suficiente para generalizar un cambio fonético. Para que un cambio se haga la regla de un grupo

poco cuenta de la dirección que toman los cambios, ya que las desviaciones físicas de una norma, en ausencia de otros factores, serían esencialmente no-direccionales, una «deriva de alófonos» (Hockett, 1965, 202).⁴⁹

Relacionadas con la teoría física del cambio fonético, aunque rechazadas inmediatamente por los lingüistas, están las teorías que intentan relacionar el cambio lingüístico con elementos no lingüísticos tales como la cultura material, la herencia o el clima. Un estudioso, por ejemplo, no dudó en afirmar: «la influencia del clima puede verse en la frecuencia con que la *a* se redondea en dirección a la *o* en las lenguas nortueñas de Europa... en comparación con las meridionales, en las que generalmente se conserva; este redondeamiento de la *a* es sin duda el resultado de la desgana para abrir ampliamente la boca en el fresco y brumoso aire del norte» (Sweet, 1900, 34).⁵⁰ Sin embargo, nadie ha podido nunca demostrar, de manera significativa, la más leve relación entre tales factores externos y el cambio fonético, y, en consecuencia, podemos despachar los sin ulterior consideración.

social, se requiere en todos los individuos una tendencia natural a efectuarlo espontáneamente» (Vendryes, 1958, 108). Esta tendencia espontánea y natural no se explica en ningún sitio.

⁴⁹ Es interesante señalar que Hockett está convencido de que «ésta deriva de alófonos, y, por lo tanto, de rasgos distintivos, constituye el CAMBIO FONÉTICO». En otro sentido, Hockett parece afirmar que el cambio fonético no tiene causa: «el cambio fonético PUEDE seguir adelante porque el lenguaje es redundante... El cambio fonético sigue adelante a causa del RUIDO» (1965, 203-204). Evidentemente, según esta opinión no hay causa en el cambio fonético sino pura casualidad, desplazamiento no-direccional y fortuito de la pronunciación. Con esta opinión contrasta la de Labov: «el cambio fonético es precisamente ese resultado mezcla de préstamo, analogía, imitación y ultracorrección» (1966, 11).

⁵⁰ Véase Lord, 1966, 82-87, para una discusión de estas ideas. De vez en cuando siguen apareciendo ideas tan extravagantes: Schmidt sostiene que la vocal abierta [a] es un sonido propio de «enormes masas de tierra con un interior ilimitado», mientras que «las lenguas de las islas... permiten la existencia de la [o] abierta...» (1956, 167). Brosnahan (1961) es excepcional en el sentido de que intenta relacionar los factores genéticos con el lenguaje de una manera seria y científica.

Otro factor invocado para explicar el cambio fonético es el «principio del menor esfuerzo». En su forma más simple y cruda, este principio afirma que los cambios fonéticos tienden a desarrollarse en la línea de articulaciones que requieren menos esfuerzo por parte de los hablantes. Se puede incluso afirmar que toda actividad humana tiende a la reducción de esfuerzo. Por supuesto, planteado de esta manera, es fácil encontrarle contraejemplos, es decir, cambios fonéticos que no implican simplificación o reducción de esfuerzo, e incluso ejemplos de cambios fonéticos que parecen requerir mayor esfuerzo. Por consiguiente, es necesario limitar el principio, ya que, obviamente, la actividad que menos esfuerzo requiere de todas es callar completamente. Una formulación algo más adecuada tal vez sería decir que los hablantes, en los estilos *allegro*, tienden a reducir la cantidad de esfuerzo que supone el hablar con tal de que puedan comunicarse tan bien como cuando emplean un esfuerzo mayor. En otras palabras, cuando en una elocución se transmite cierta cantidad de información denotativa, y el hablante aspira primariamente a hacer llegar su mensaje, es posible que tienda a eliminar los rasgos redundantes. Si se puede transmitir una información con una palabra tan bien como con dos, la tendencia humana normal puede ser que sea usar sólo una palabra si la transmisión de esa información es la única cosa importante. Sería, empero, erróneo pensar que esto es un hecho establecido —la prolijidad y la verbosidad son características humanas muy extendidas. La transmisión de información denotativa detallada es sólo una de las funciones del lenguaje (aunque probablemente la más importante). Otra función es la de afianzar el *ego* mediante una conversación dominadora. El incremento del esfuerzo y la verbosidad pueden, sin lugar a dudas, servir mejor a este propósito que la reducción del esfuerzo.

Tras estas limitaciones, el principio debe recibir muchas más matizaciones, sencillamente a causa de la vaguedad de los términos empleados. Por ejemplo, ¿cómo medimos el esfuerzo?, ¿es posible distinguir entre sonidos que requieren distintas cantidades de es-

fuerzo?, ¿hay que considerar solamente el esfuerzo articulatorio o muscular, o debe entrar en juego también el esfuerzo psicológico?, ¿cómo se puede medir la información?, ¿es posible demostrar que dos elocuciones con diferente cantidad de esfuerzo —cualquiera que sea su definición— transmiten la misma cantidad de información?

Así pues, se puede ver que no es posible dar una definición precisa al término «menor esfuerzo». Sin embargo, hay indudablemente un núcleo de verdad en la afirmación de que los hablantes buscan algún tipo de equilibrio entre lo que quieren comunicar y el esfuerzo que realizan al hacerlo. Aunque tal vez no sea posible elaborar una fórmula precisa para determinar cuándo están desequilibrados la información y el esfuerzo, es, sin embargo, verdad que una palabra que aparece muy a menudo en la cadena hablada estará frecuentemente sujeta a considerable abreviación y simplificación de forma, sin duda porque, cuanto más frecuente es una palabra, menos distintiva es y menos esencial la información que transmite. Por ejemplo, el moderno saludo americano «Hi» es una forma reducida de la frase «How are you?». Cuando el hablante desca preguntará por el estado de salud de otra persona, usa la frase en su forma plena aun en el caso en que le resulte enteramente indiferente el estado en que se encuentra la otra persona. La frase reducida se produjo cuando los hablantes no esperaban respuesta y usaban la frase simplemente como saludo, primero en la forma «Hiya?», y después en la forma «Hi!». La única información que se transmitía era '¡saludos!', y para este objetivo una palabra es mucho más económica que tres, especialmente si se usa muchas veces al día. Por ejemplo, las partículas gramaticales, usadas con mucha frecuencia, se reducen a menudo a una sola sílaba por la misma razón (véase Mańczak, 1969).

A la inversa, aquellas palabras o combinaciones de sonidos que aparecen con menor frecuencia serán más distintivas, simplemente porque contienen más información impredecible. Tal vez por eso los hablantes no sufren tanto la tentación de reducirlas. Sin embar-

go, tratar con fonemas individuales no es lo mismo que tratar con palabras, y no es fácil decir cuáles son más complejas e implican mayor esfuerzo. Aun así, los estudios estadísticos han demostrado que hay tendencia a una especie de equilibrio en la frecuencia de uso de diferentes consonantes. Si, por ejemplo, una consonante llega a usarse cada vez con mayor frecuencia, resultaría menos distintiva y más predecible, y entraría en vigor esa tendencia a evitar el excesivo esfuerzo en su articulación. Tal vez la denominación, preferida por Martinet, de «principio de economía» o la de «eficiencia técnica» (Coseriu, 1973, 204) es mejor que la de «principio del menor esfuerzo». Como hemos visto, hay muchas dificultades para hacer los cálculos precisos de la complejidad o el esfuerzo, pero es indudablemente un factor condicionante en varios cambios fonéticos, especialmente en los que implican simplificación de grupos fónicos⁵¹. De hecho es posible contemplar el lenguaje como algo que está en continuo estado de equilibrio inestable. Como dice Martinet, «entre la tendencia del individuo a restringir su gasto de energía y las necesidades de la comunidad que reclaman el mantenimiento de distinciones juzgadas necesarias para (orig. *par* 'por') el conjunto de los usuarios de la lengua hay un conflicto permanente. Conflicto que resume la teoría del menor esfuerzo, también conocida como principio de economía» (1983, 53). En resumen, no

⁵¹ La obra fundamental sobre el principio del menor esfuerzo es la de Zipf (1965; edición original en 1935, especialmente el cap. 3: «La forma y comportamiento de los fonemas»). La introducción de George A. Miller a la edición de 1965 afirma que las relaciones que Zipf encontró entre la frecuencia y la brevedad de las palabras es estrictamente el resultado de las leyes de probabilidad, porque, si los indicadores de frontera vocabular (espacios) están esparcidos al azar a través del texto, entonces habrá necesariamente más apariciones de palabras breves que de largas» (VII). El mismo resultado parecería si un mono pulsara repetidamente las teclas de una máquina de escribir. Sin embargo, cuando se considera la evolución de las palabras y los sonidos en vez de la frecuencia estadística, parece que hay alguna relación entre la simplificación y la frecuencia. Véase Mańczak, 1965 y 1969. Martinet dedica varias páginas a considerar cómo los estudios de Zipf pueden explicar ciertos tipos de cambio fonético (1974, 184-215).

zamos en términos de rasgos distintivos, podemos ver más fácilmente cuáles son esas relaciones. La consonante /t/ puede ser definida como una entidad que consta de tres elementos: [+ oclusiva, + dental, — sonora]⁵³. Cuando comparamos estos rasgos con los de otras oclusivas latinas, vemos que todos son compartidos por dos o más de ellas. Así, la /d/ es también oclusiva dental, pero es sonora, mientras que la /p/ y la /k/ son también oclusivas sordas, pero articuladas en distintos puntos. Por consiguiente, la /t/ encaja en una matriz de rasgos distintivos. Siguiendo la terminología de la Escuela de Praga⁵⁴, /t/ es un elemento en una *correlación* de seis miembros, con tres *órdenes* de localización —labial, dental,

⁵³ El «conjunto universal de rasgos fonéticos» propuesto por Chomsky y Halle (1968, cap. 7) describiría la dental oclusiva sorda latina utilizando otros rasgos sustancialmente más útiles por ser aplicables a todas las lenguas. Empleando los nombres de estos rasgos, /t/ podría describirse como [+ obstruyente, + coronal, + anterior, — sonoro], y posiblemente contendría algunos más. No se ha llegado hasta ahora a un acuerdo general sobre todos estos rasgos ni sobre la denominación que haya que darles, por lo que, para nuestros objetivos, podemos seguir utilizando los términos fonéticos tradicionales. Siempre podrán ser traducidos a términos más en boga, si lo exige la necesidad. En Sommerstein, 1980, cap. 5, se encuentra una presentación desapasionada de la validez de estos rasgos. Con respecto a las vocales, es importante señalar que el uso de la notación en forma de rasgos distintivos puede contribuir a oscurecer la naturaleza del movimiento vocálico. Weinreich, Labov y Herzog advierten: «el mecanismo del cambio no es una sustitución o adición repentina de reglas de nivel superior, sino más bien la aplicación de una función continua al espacio fonológico a un nivel en que son posibles los valores continuos... Según esto, si el historiador de la lengua aceptara la matriz de rasgos distintivos, perdería la posibilidad de describir de manera coherente una serie de desplazamientos que se producen por la periferia del trapecio vocálico» (1968, 149). Otro estudio declara: «el sistema de rasgos distintivos usado en la fonología transformacional, basado en el análisis acústico, no puede tratar satisfactoriamente el cambio histórico, en el que se producen desplazamientos en todo el conjunto de elementos» (Foley, 1970, 87). Bhat es igualmente escéptico: «su [es decir, el de los generativistas] actual sistema de rasgos distintivos sería sumamente inadecuado para abordar la extrema complejidad que subyace a los cambios fonéticos» (1976, 347).

⁵⁴ Véase Martinet, 1984, 98-103. Un artículo anterior presenta las mismas ideas (Martinet, 1952, especialmente 13-17).

parece que «el menor esfuerzo» deba ser considerado como un factor muy importante en la innovación lingüística, sino más bien una especie de influencia moderadora que afecta a ciertos desarrollos (Labov, 1973, 245-46).

Ya hemos considerado el papel que desempeñan los factores sociales en el cambio fonético. No puede caber duda de que la difusión del cambio fonético a través de la comunidad lingüística está íntimamente relacionada con la evolución de la sociedad. No es necesario dar aquí más explicaciones para probar que la adopción de una pronunciación determinada y su generalización en la lengua depende de los valores y necesidades de los grupos sociales.

CAUSAS ESTRUCTURALES DEL CAMBIO FONÉTICO

Los factores capaces de explicar la difusión del cambio fonético no pueden explicarse, en sí mismos y por sí mismos, por qué los movimientos tienen lugar en una dirección y no en otra. Por ejemplo, no hay nada en la matriz social de la lengua que pueda decirnos por qué la /t/ intervocálica del latín occidental simplemente se sonorizó en /d/ y no se cambió en otra consonante completamente distinta, por ejemplo, /b/. En lo que se refiere al cambio social, el paso de /t/ a /b/ no es menos probable que el de /t/ a /d/. Para entender la dirección que toman los cambios fonéticos, hay que descubrir las causas lingüísticas del cambio fonético.

Un principio básico que subyace a la dirección de los desplazamientos fonéticos es que los fonemas no existen como entidades aisladas en la lengua, sino como elementos de un sistema total fonético y fonológico⁵². De esta manera, el elemento lat. /t/ no es simplemente un símbolo arbitrario como letra, sino que debe ser definido por sus relaciones con otras consonantes. Cuando lo anali-

⁵² La siguiente sección está basada ampliamente en Martinet, 1974, 66-88. En Anderson, 1977, y Bhat, 1972, se encuentran también buenos resúmenes.

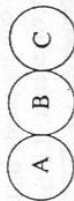
y velar— y dos series —una sonora y otra sorda—; la sonoridad es la *marca* de la correlación:

/p/	/t/	/k/
/b/	/d/	/g/

Como cada uno de estos fonemas comparte los rasgos con los otros, se puede decir que todos están integrados en la correlación, y el cambio en la realización de un rasgo distintivo afectará a todos los fonemas que lo compartan. Por consiguiente, no tendrá lugar la sonorización de /t/ sin que afecte, asimismo, a las otras oclusivas sordas. Probablemente, el cambio en el modo de articulación de cualquier consonante afectará al modo de articulación de todas las otras que compartan ese rasgo. En pocas palabras, la estructura del sistema fonológico determinará la dirección en que pueden actuar los cambios fonéticos. No es solamente la combinación de rasgos que constituyen un fonema particular lo que influye en la manera en que se va a desarrollar; también la función de las oposiciones fonológicas servirá para determinar la dirección y el tipo de desarrollo. La oposición entre /t/ y /d/, por ejemplo, servía para distinguir varias palabras y morfemas; por ejemplo, *diró* 'enriquezco' frente a *dió* 'distribuyo', *lütü* 'planta para teñir de amarillo' frente a *lütü* 'juego', *nütü* 'inclinación de cabeza (en señal de mando)' frente a *nüdu* 'desnudo', *it* 'va' frente a *id* 'ello', etc. A los hablantes probablemente les parecería útil mantener la distinción entre /t/ y /d/ para evitar la confusión de varias palabras diferentes. Se puede suponer que, si se produjera un movimiento que pudiera poner en peligro esta distinción, los hablantes reaccionarían de alguna manera para evitar la coalescencia de los dos fonemas. Lo más simple sería mantener la distinción sin cambio. Si, por el contrario, hubiera algún otro factor en acción que hiciera imposible la conservación del estado originario, se buscaría otro medio para preservar esa distinción.

Se puede decir que cada fonema tiene un «campo de dispersión» en sus realizaciones fonéticas que le permite variar ligeramente en

la pronunciación sin llegar a un conflicto con otros fonemas. Este campo de dispersión suministra un margen de seguridad contra la posible confusión de sonidos. Podemos ilustrar esto con un diagrama. Si hay tres fonemas —A, B y C—, cada uno con una realización fonética que limita con otra del grupo en su espacio articulatorio (y que posiblemente se solapa a veces), cada uno permanecerá distinto de sus vecinos mientras estén equilibrados:



Pero, si A empezara a realizarse con cierta regularidad dentro del campo de dispersión de B, la distinción entre ellos correría peligro, y los hablantes, entonces, reaccionarían contra este desplazamiento de una de dos maneras: o restableciendo la pronunciación original, o cambiando la articulación de B alejándola de A. Si sucede esto, entonces B empieza a chocar con C, y C, a su vez, se verá obligado a desplazarse también:



Esta reacción en cadena puede denominarse «cadena de propulsión» porque el desplazamiento de A ha servido para poner a los otros fonemas en movimiento. Como alternativa se podría pensar que tal vez ha sido C el primer fonema en moverse. Al desplazarse fuera de su campo normal de dispersión dejaría un margen mayor de seguridad entre él y B, y entonces B podría realizarse en el espacio ocupado primeramente por C, sin que corra peligro la distinción. De esta manera incrementa también el margen de seguridad con respecto a A, y entonces A puede moverse también. Este segundo tipo de desplazamiento puede denominarse «cadena de tracción».



Un ejemplo de este tipo de reacción en cadena es el desarrollo de las vocales posteriores en el dialecto portugués de São Miguel en las Azores. En este dialecto las vocales han ascendido, de modo que cada vocal penetra en el espacio de su vecina: /a/ → /ɔ/ → /o/ → /u/. Como /u/ es la vocal más alta, parecería que no tiene a donde ir para evitar la confusión con /o/, pero, desplazándose hacia adelante hasta convertirse en una vocal redondeada anterior, /ü/, sigue distinguiéndose de /o/.⁵⁵ Hay otros muchos ejemplos de cambios fonéticos que se han producido en grupos del estilo de éste, por lo que no puede dudarse de que este tipo de cambio debe ser tenido en cuenta. La teoría de que los hablantes tienen la tendencia a conservar las distinciones útiles es plausible, al menos hasta cierto punto. Sin embargo, ¿es posible determinar si verdaderamente propulsión o tracción en este tipo de cambio? La gran mayoría de los casos históricos de desplazamientos en cadena y los que están ahora en marcha parecen ser cadenas de tracción, pero también hay algunos ejemplos de cadenas de propulsión (Labov, 1982, 73).⁵⁶ Se puede preguntar también por qué los desplazamientos en cadena no ocurren con regularidad. Después de todo, se producen coalescencias fonológicas de vez en cuando, y las lenguas siguen funcionando. Una posible conclusión sería que, ya que no siempre se evitan las coalescencias, carece de valor la idea de

⁵⁵ Martinet, 1974, 73-74. Se da un curioso paralelismo en el desarrollo de las vocales del francés antiguo. Véase Haudricourt y Juilland, 1970, cap. 10.

⁵⁶ King (1969a) llega a la conclusión de que las cadenas de tracción pueden ser consideradas como una especie de simplificación de reglas. Su artículo sería más convincente si no estuviera dogmáticamente comprometido con la idea de que el cambio lingüístico no puede nunca ser gradual (comoquiera que se defina la gradualidad), de que sólo puede ser enfocado como cambio en las «reglas» de la gramática «subyacente», y de que el fonema (etiquetado diversamente como «autónimo» o «taxonómico») no existe. Antilla señala que «el cambio de regla no es un mecanismo primario de cambio, sino un efecto (en notación 'apropiada') resultante del cambio fonético, la analogía, etc.» (1972, 131). Chen señala que la opinión de King deriva del uso de la notación generativa y de la exigencia, por parte de ésta, de una ordenación estricta y lineal.

que las distinciones útiles tienden a mantenerse.⁵⁷ Y, sin embargo, está claro que tampoco se producen coalescencias masivas de fonemas. ¿Por qué se evitan unas coalescencias, y otras no? Martinet sugiere que la solución al problema es: «por otra parte, en igualdad de circunstancias, una oposición fonológica útil para la comprensión mutua se mantiene mejor que otra menos útil» (1974, 59).^{57a} Sin embargo, cuando se intenta aplicar este principio a casos concretos, nos encontramos inmediatamente con la dificultad de determinar qué oposiciones son de hecho más útiles. Martinet llegó a la conclusión de que aquellas oposiciones que tenían un «rendimiento funcional» mayor (es decir, servían para distinguir un número mayor de morfemas) tenderían a mantenerse con más frecuencia que aquellas que lo tenían menor. La noción de rendimiento funcional es un concepto estadístico, y, por lo tanto, debería ser calculable, aunque un problema básico es precisamente saber qué es lo que debería contarse: ¿los diferentes morfemas y unidades léxicas, o su aparición real en el discurso hablado? Se han hecho varios intentos de dar valor numérico preciso al rendimiento funcional de varias oposiciones fonológicas, y, en un caso, se intentó aplicarlo a la explicación de los cambios fonéticos.⁵⁸ Hasta ahora hay pocas pruebas que apoyen la idea de que las diferencias de rendimiento funcional tienen relación real con las coalescencias o su evitación por parte de los hablantes.

Una objeción que se ha formulado contra la supuesta influencia del rendimiento funcional es que parece suponer una especie

⁵⁷ Así es como razona King. Como otros muchos, supone que un principio no puede tener valor a menos que produzca fielmente los mismos resultados en todas partes.

^{57a} (La traducción española se desvía en alguna medida del original francés, por lo que he traducido de nuevo este fragmento.)

⁵⁸ Los problemas matemáticos implicados han sido estudiados por Hockett (1967) y Palau Martí (1969). Meyerstein (1970) ha realizado un estudio muy detallado de todo el problema. La relación entre el rendimiento funcional y el cambio fonético es tratada por King (1967) y Maniczak (1970).

de «conciencia fonológica» por parte de los hablantes; es decir, los hablantes perciben conscientemente que está amenazada una distinción útil, y entonces deliberadamente se disponen a cambiar su pronunciación para impedirlo.⁵⁹ No hay ninguna prueba de que el hablante se comporte realmente así. Las objeciones a la teleología tal vez se basen parcialmente en el supuesto de que el «propósito» debe implicar necesariamente intención consciente; pero se puede hablar muy bien de «teleología de la función»⁶⁰ sin implicar tal intención. La función que desempeña la distinción de /t/ y /d/, por ejemplo, es la de mantener la distinción de morfemas, pero eso no significa que los hablantes tengan que ser plenamente conscientes de ello.

⁵⁹ «Il faut reconnaître que la prétendue conscience linguistique veille assez mal à la conservation des préceuses oppositions phonologiques. À mon avis, elle n'y veille pas du tout. Il y a des collisions que la conscience linguistique n'accepte pas: celles des mots et celles des formes, celles qui compromettent la distinction entre les éléments du contenu, bref la pathologie verbale dont parle Gilliéron. Mais les collisions phonologiques qui n'ont pas de répercussions dans le contenu ne sauraient gêner dans la moindre mesure la conscience linguistique. Les changements phonologiques se réalisent donc aveuglément, d'après les lois phonétiques... Bref, il n'y a pas de conscience phonologique» (Togoby, 1959-60, 404).

⁶⁰ «Hay buenos antecedentes tradicionales para pensar en la teleología en términos de lo que hoy día se llaman 'actividades dirigidas a un fin', en las que hay empeño hacia un estado terminal a pesar de las desviaciones y regresiones, pero no necesariamente representación consciente del objetivo» (Emmet, 1958, 51). Andersen afirma: «la noción de teleología ha sido tradicionalmente identificada de manera errónea con propósito en el sentido de 'intención (consciente)'; y la mayor parte de los estudiosos del cambio lingüístico han sido cautelosos, y con razón, a la hora de atribuir intención (consciente) a las distorsiones de los modelos heredados. Sin embargo, no hay ninguna razón para pensar en el propósito con criterio estrecho como 'intención'. Sin embargo, es perfectamente adecuado hablar de un elemento constitutivo del sistema estructurado como de algo que cumple un propósito u objetivo en el sentido de 'función' (1973, 789). Un artículo temprano de Roman Jakobson (publicado en 1928) fue el primero en hablar de teleología en términos exclusivamente de presión del sistema fonológico sobre los desplazamientos fonéticos; él no usó *teleología* en el sentido de 'intención' (Jakobson, 1962).

Otro problema en relación con la conciencia fonológica es que no está claro por qué algunas oposiciones con muy poco rendimiento funcional se conservan, y otras con un rendimiento más alto son eliminadas. Una posible respuesta sería que la conciencia fonológica es una fuerza meramente negativa, que evita confusiones explotando posibles realizaciones alternativas de fonemas, pero que no siempre acierta a evitarlas todas.⁶¹ Una manera de eludir el supuesto de una especie de deliberación consciente por parte de los hablantes sería aceptar que las confusiones se evitarán cuando exista ya en la lengua alguna posibilidad fonética para hacerlo. En otras palabras, si el fonema A está próximo a otro fonema B, pero por alguna razón adopta la realización fonética [A'], que es no distintiva, el cambio de la realización de B al espacio anteriormente ocupado por A no producirá confusión, porque la realización [A'] se hará ahora distintiva, manteniendo así la oposición. Por ejemplo, el dialecto de Castilla cambió la pronunciación del latín tardío /l/ (<l+j, k'l) en /ʒ/, y la geminada /l:/ se palatalizó en /j/. Si /l:/ hubiera palatalizado, y el fonema /j/ previamente existente, no hubiera cambiado, habría tenido lugar una coalescencia. Al no haberse producido, es razonable suponer que el desplazamiento del primitivo /j/ a /ʒ/ estuvo relacionado con la degeminación de /l:/.

Si suponemos que la pronunciación [ʒ] tenía existencia ya anteriormente en la lengua —lo mismo que el moderno fonema español /j/ se ha convertido en [ʒ] en la región de Buenos Aires—, entonces podríamos concluir que la palatalización de /l:/ no provocó coalescencia, sencillamente porque los hablantes pudieron explotar

⁶¹ Weinreich razona de esta manera: cuando una oposición fonológica está claramente amenazada, se desarrolla una especie de «antitoxina» que explota diversas pronunciaciones que eviten la confusión: «aber das Gegengift ist auch ein Gift», advierte él (1959, 53), y al intentar eludir una confusión, los hablantes acaban con frecuencia confundiendo otras oposiciones. No es una conclusión muy exagerada decir que, en su opinión, los hablantes se parecen a la gente que va andando hacia atrás con el fin de evitar choque frontales, y acaba dándose golpes contra las cosas con la espalda. Puede ser que la gente actúe así.

una pronunciación previamente existente, evitando así la coalescencia («desdoblamiento secundario») (Lehmann, 1973, 161).

Quizá también el concentrarse en el rendimiento funcional de las oposiciones aisladas oculta más que revela. Como se ha señalado anteriormente, todo fonema es una combinación de rasgos distintivos compartidos por otros fonemas. Por consiguiente, el grado de integración de un fonema en una correlación fonológica sería un factor poderoso para mantenerlo. En inglés, por ejemplo, la distinción entre /θ/ y /ð/ tiene un rendimiento funcional muy bajo: *thy-thigh, mouth* (verbo)-*mouth* (nombre), *either-ether*, y unos pocos más. Sin embargo, hay poco peligro de coalescencia, porque el rasgo de sonoridad que los distingue se encuentra en otras muchas oposiciones con un rendimiento funcional muy elevado: /t-d, p-b, k-g, f-v, š-ž, č-ȝ/. Cualquier cambio que afectara a este rasgo podría afectar a toda la correlación. Posiblemente, los desplazamientos en cadena que tienen lugar tan a menudo se interpretan mejor como resultado del cambio de un rasgo distintivo como un todo; este rasgo ejercería después presión sobre otros rasgos relacionados con él. Si se toma el rasgo distintivo sobre otros rasgos relevante en los cambios fonéticos paradigmáticos, tal vez sería mejor decir que no son las oposiciones útiles, sino más bien los rasgos distintivos los que tienden a conservarse. Los cambios en los rasgos distintivos podrían ser descritos como cambios en las «reglas», a condición de no comprometerse por ello con la postura que defiende que tales cambios son movimientos súbitos de una regla a otra. Aunque tales movimientos súbitos puedan ocurrir, no hay razón plausible para aceptar que todos los cambios son de ese tipo. Algunos cambios, y especialmente los desplazamientos vocálicos, pueden resultar de lo que Weinreich, Labov y Herzog llaman «la aplicación de una función continua al espacio fonológico» (1968, 149), y serían, por lo tanto, graduales.

En conclusión, la existencia de desplazamientos en cadena en la pronunciación parece probar que el sistema fonológico tiene un efecto indudable sobre los cambios fonéticos, aunque no está claro

el modo preciso en que actúa el sistema. En particular, no parece que exista la necesidad de creer que todos los cambios derivan de la presión del sistema. La asimilación y otros cambios fonéticos sintagmáticos, por ejemplo, no tienen nada que ver con la elusión de coalescencias, aun en el caso de que den como resultado la reestructuración del sistema, como sucede en la creación de un nuevo fonema o una nueva serie de fonemas. Son, normalmente, resultado de la relajación de la articulación. El papel del sistema fonológico en estos casos parece ser el de canalizar los resultados de un cambio meramente fonético ⁶².

CAMBIOS FONÉTICOS CAUSADOS POR EL CONTACTO DE LENGUAS (TEORÍAS DEL «SUSTRATO»)

Una de las teorías más fecundas y ampliamente discutidas sobre la causa de los cambios fonéticos es la del «sustrato». En su forma más elemental, esta teoría intenta explicar los cambios lingüísticos mediante el supuesto de que una lengua es capaz de influir en el desarrollo de otra y ser, de este modo, causa de ciertos cambios. El término *sustrato* se usa normalmente para referirse a una lengua que ha sido sustituida por otra, pero que ha influido en la lengua vencedora. Como no todos los casos de contacto de lenguas implican este tipo de sustitución, se han inventado otros términos, tales como *superestrato* —que se refiere a la lengua llevada por un invasor y que ha influido en la lengua de los hablantes originarios— y *adstrato* o *parastrato* —que indica que la lengua influyente está ni encima ni debajo de la influida—.

En realidad, la proliferación de términos no cumple ningún objetivo útil, porque el fenómeno lingüístico es el mismo en todos los casos ⁶³. De hecho, se puede afirmar claramente que:

⁶² Véase Burger, 1955, y Vachek, 1965.

⁶³ El término *sustrato* ha sido discutido perspicazmente por Izzo (1972a). *Sustrato* se emplea para indicar tanto la lengua reemplazada por otra como la lengua

Hablar de «sustratos», «superestratos» y «adstratos» (o «paras-tratos») parece invitar a concebir las situaciones de contacto o comercio entre hablantes más-que-monolingües (más bien que bilingües) a modo de sedimentaciones geológicas en las que a cada lengua corresponde una capa. Mucho menos engañoso parece tratar de concebir estos fenómenos de «aculturación» en términos de interrelaciones entre hablantes de lenguas distintas, uno de los cuales se ve en el trance de tener que echar mano de una lengua ajena que no ha interiorizado a la perfección (Otero, 1971, 180).

En tales casos, la relativa posición social de los hablantes no pasa de ser un asunto secundario, y tal vez sólo importante como uno de los factores que determinan la suerte de la lengua. Por eso, el término «sustrato» será evitado aquí siempre que sea posible; el auténtico tema de discusión son todos los tipos de influencia entre lenguas.

La teoría del sustrato se originó en el siglo xix como manera de explicar las causas de ciertos desarrollos fonéticos en las lenguas románicas que las gramáticas históricas meramente descriptivas no podían explicar.⁶⁴ Sin embargo, la idea básica puede rastrearse mucho antes. La primera formulación clara de la teoría, entre las conocidas hasta ahora, es la de Lorenzo Hervás y Panduro en su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (Madrid, 1800-1804; publicado originariamente en italiano en 1784), 6 vols. En la introducción a esta obra, Hervás esboza la idea de cómo se puede concebir la influencia del sustrato:

Una nación llega a abandonar el idioma propio, cuando de otra ha recibido no solamente las palabras, mas también el artificio y que deja alguna huella en la lengua reemplazante. En este artículo se pone claramente de manifiesto la confusión que resulta de usar *sustrato* para referirse al préstamo léxico. Muchas de las ambigüedades descubiertas por Izzo resultan del uso que él hace del término para referirse a palabras tomadas en préstamo.

⁶⁴ En Craddock, 1969, 18-47 (especialmente 18-31), aparece un excelente resumen del desarrollo de la teoría del sustrato. En las notas aparece abundante bibliografía. Izzo, 1972, es un estudio de primera categoría sobre un problema particular del sustrato; incluye un largo análisis de toda la teoría.

orden gramatical, pero en tal caso conservará siempre muchísimos idiotismos de su lengua antigua, por lo que se podrá conocer que no pertenece a la nación que le ha dado el idioma que habla. El francés, que antiguamente hablaba el céltico, y el español, que antiguamente hablaba el cántabro o vascongado, actualmente hablan lenguas que son dialectos de la latina; mas quien atentamente las analice y coteje con la céltica y con la cántabra, fácilmente observará que el francés en su dialecto usa no pocos idiotismos célticos, y que del mismo modo el español en su dialecto latino usa muchos idiotismos cántabros: que tanto el francés como el español conservan muchas palabras de sus antiguos y respectivos lenguajes; y que según el genio gramatical de éstos, han dado terminaciones a muchas palabras latinas. Si todas estas cosas no nos constaran por la historia y tradición, podríamos inferirlas de la observación y cotejo de los dialectos latinos que al presente hablan los franceses y españoles, con el céltico y cántabro, que aún se hablan entre ellos, con el latín antiguo, y con los dialectos puros de éste, que en Italia hablan los descendientes de los romanos. Esta observación y cotejo nos harían advertir y descubrir en la lengua francesa muchas cosas de la céltica, y en la española muchas de la cántabra. Si por ventura ésta y la lengua céltica hubieran perecido, y consiguientemente no pudiéramos hacer entonces cotejo con ellas y los lenguajes que en la actualidad hablan los franceses y los españoles, no obstante, por razón de la diferencia de los idiotismos y de otras cosas en dichos lenguajes, conjeturaríamos que antiguamente los franceses y los españoles hablaban diversos idiomas (citado en Craddock, 1969, 21).

Tal vez sería posible encontrar formulaciones más tempranas de esta idea⁶⁵, ya que con toda probabilidad los conceptos básicos son el resultado de una observación elemental procedente de todos los tiempos y lugares: que los que aprenden una lengua extranjera

⁶⁵ Se cita la versión española porque, como señala Rodríguez de la Mora (1971), la versión originaria italiana no sólo fue traducida al español, sino también revisada. Coseriu sospecha que Ascoli, a menudo considerado como el «padre» de las modernas teorías del sustrato, había leído a Hervás en su juventud (1978, 530).

imperfectamente, con frecuencia insertan en ella elementos de su primera lengua.

La adopción de palabras e incluso afijos de otra lengua nunca ha sido seriamente puesto en duda (véase Tesch, 1978, para los detalles), aunque no todos estén de acuerdo, por ejemplo, sobre el número de palabras o morfemas de los que se pueda afirmar con seguridad que han pasado de las lenguas prerrománicas al latín. Sin embargo, la influencia sobre el léxico es de relativamente poca importancia teórica, ya que el préstamo de palabras continúa ininterrumpidamente sin afectar a la estructura básica de la lengua. De hecho, usar el término «sustrato» para referirse a la adopción de palabras de una comunidad por otra engendra confusión, ya que, para que esto ocurra, no es necesario un bilingüismo de amplio espectro. En cuanto a la sintaxis, se ha hecho relativamente poco para establecer si tal influencia es probable, aunque parece que hay casos de patrones sintácticos tomados de otras lenguas, especialmente donde hay muchos hablantes bilingües con un dominio imperfecto de las lenguas.⁶⁶

Es en el área de la interferencia fónica donde se produce la mayor parte de las discusiones en torno a la influencia del sustrato, discusiones que a veces parecen tan ácidas como las relativas a la teoría lingüística. Como en el tema de la regularidad del cambio fonético, algunos lingüistas han sido proclives a adoptar posiciones dogmáticas. Una es la de negar casi invariablemente, por una serie de razones, la influencia del sustrato. Un supuesto básico de muchos estructuralistas que intentan explicar el cambio fonético por la influencia de la estructura fonológica de la lengua parece ser la convicción de que es suficiente buscar las causas internas de los

⁶⁶ Silvestri (1978) examina con gran detalle el desarrollo de la teoría del sustrato desde Ascoli. En Galmés de Fuentes, 1956, se encuentra un ejemplo de cómo se podría estudiar la influencia sintáctica, aunque, naturalmente, el estudio de Galmés tenía por objeto textos escritos.

cambios fonéticos.⁶⁷ Otros, al parecer, han llegado a la conclusión de que en la mayor parte de los casos no se ha presentado todavía una prueba inequívoca de influencia entre lenguas.⁶⁸ La muy difundida creencia de que los cambios lingüísticos tienen una, y sólo una, causa ha cegado, asimismo, a muchos lingüistas hasta el punto de no poder ver la verdadera complejidad de los procesos históricos (Malkiel, 1967). El fracaso de numerosos investigadores del sustrato en explicar adecuadamente cómo conciben ellos el mecanismo de la influencia interlingüística ha conducido probablemente también a cierto escepticismo sobre el tema en su globalidad.

Es imposible dar una regla general sobre la posibilidad de que una lengua haya influido en el desarrollo fonético de otra. Como en cualquier otra cuestión histórica, deben examinarse cuidadosamente los hechos en cada caso para determinar si hay razones para aceptar tal influencia: «cada caso de supuesta influencia sustratística debe examinarse y ponerse en relación, individualmente, con los datos lingüísticos e históricos disponibles; y deben sacarse las conclusiones oportunas independientemente de los otros casos» (Hall, 1949, 155-56). No obstante, al mismo tiempo, pueden darse ciertas condiciones mínimas de carácter general bajo las cuales es posible la influencia interlingüística. Es esencial al concepto de influencia interlingüística el darse cuenta de que las lenguas pueden sufrir influencias mutuas no a través de una especie de unión vaga y mística, sino concretamente, mediante el uso de dos o más lenguas por los mismos hablantes; es decir, mediante el bilingüismo o multilingüismo. A menos que las distintas lenguas se mantengan rígidamente separadas en la mente del hablante, parece inevitable que con el tiempo use algún rasgo o rasgos de una cuando esté hablando la otra. En aquellos casos en que una lengua es la primera o domi-

⁶⁷ Por ejemplo, Malmberg ha adoptado este supuesto en su discusión sobre el desarrollo fonético del español (Malmberg, 1961, y especialmente 1963). Para un resumen de la argumentación estructuralista, véase Lloyd, 1971.

⁶⁸ Por ejemplo, Rohlfis, 1955.

nante, y la otra se aprende más tarde y con menos perfección que la primera, lo más probable es que sea la primera lengua la que imponga su sello sobre la segunda, aunque habrá siempre influencias en ambos sentidos.

Pero muy otra es la cuestión de si tal influencia llegará a ser permanente:

Obviamente, depende de las condiciones socio-culturales el que los hablantes de la lengua «perdedora» aprendan la nueva lengua con tanta perfección que no quede rastro en ella de la otra, o el que la aprendan de manera imperfecta, legando las peculiaridades fonéticas y gramaticales de su lengua a las futuras generaciones en forma de sustrato. Por lo tanto, en el cambio lingüístico el investigador debe buscar no sólo las presiones que determinan la elección de la lengua sino también las que deciden la perfección con que se aprende la nueva lengua, y el flujo de las fuerzas niveladoras e igualadoras procedentes de la mayoría unilingüe, que tienden a eliminar las huellas de las antiguas lenguas (Weinreich, 1953, 109).

Ordinariamente, y especialmente en las sociedades modernas, la influencia del bilingüismo de corta duración será efímera. Si los descendientes de los bilingües abandonan la lengua de sus padres y abuelos, y adoptan una nueva lengua, hablarán la nueva lengua como los nativos, ya que el modelo prestigioso para ellos serán los que hablen bien la lengua, no los que la hablan imperfectamente. En los Estados Unidos, por ejemplo, los hijos de los millones de emigrantes de países de lengua no inglesa aprendieron a hablar inglés como los nativos, y la pronunciación de la mayor parte de las variedades del inglés americano no se ha visto afectada en lo más mínimo. Aunque tal vez algunos piensen que este ejemplo es prueba de que la influencia del bilingüismo nunca puede ser duradera, es más probable que la situación social de los Estados Unidos haya sido y sea fundamentalmente diferente de la de Europa entre hace mil y dos mil años. El sistema americano de educación pública (gratuita y sufragada por el Estado) ha tenido como una de sus

principales tareas la «americanización» del nacido fuera, y el dominio del inglés ha sido siempre uno de los instrumentos primarios de americanización, a pesar de que los Estados Unidos no tengan lengua oficial legalmente reconocida.

En los avatares de los distintos pueblos de Europa en las épocas antigua y medieval, no existió nada remotamente semejante a este sistema, y es bastante seguro que las presiones sociales a favor de la unidad nacional que existen hoy estuvieron ausentes también en los tiempos antiguos. La falta de nacionalismo de tipo moderno y de educación pública haría, naturalmente, poco probable que la acción del bilingüismo tuviera un efecto duradero sobre la pronunciación de la lengua a la postre triunfante. No obstante, si el bilingüismo fue no sólo un rasgo pasajero de dos otras generaciones, sino que se convirtió en un fenómeno estable durante los siglos de desarrollo histórico en que las dos lenguas, la antigua y la nueva, vivieron juntas en activa contienda, es mucho más probable que se haya hecho sentir algún grado de influencia. Si la lengua antigua fue cediendo gradualmente ante la presión de la nueva (más aceptable socialmente), sería posible que algunos rasgos de la sociedad se hubieran acostumbrado a usar algunos rasgos de pronunciación propiciados por la lengua agonizante, y estos rasgos podrían persistir incluso después de extinguirse el período de bilingüismo.⁶⁹ Tal vez ni siquiera sea necesario que el bilingüismo haya durado mucho tiempo, con tal de que las condiciones de vida fueran tales que los modelos de las futuras generaciones fueran habilitados con algunos rasgos originados en la situación de bilingüismo: «en contra de lo que se dice frecuentemente, es muy probable que se produzca sustrato... no cuando están en contacto duradero los hablantes de la lengua que va a triunfar (estrato nuclear) y los de la lengua de sustrato, sino más bien cuando los modelos nativos dejan de estar presentes en un tiempo en que sólo una parte de

⁶⁹ Un ensayo especialmente interesante sobre la sustitución de una lengua por otra es el de Terracini, 1957.

la población de sustrato ha aprendido la nueva lengua, y, en consecuencia, los únicos maestros disponibles son hablantes no nativos de aquella lengua» (Izzo, 1972, 193). Con toda probabilidad, cada caso será, de alguna manera, distinto de los demás.

Como el bilingüismo (o multilingüismo) es condición esencial para cualquier posible cambio fónico producido por contacto de lenguas, el requisito básico para una hipotética influencia por contacto es que el sonido o cambio fonético se dé en la lengua que ejerce la influencia⁷⁰. En el caso de lenguas que no se conocen hoy, pero de las que se sabe que existieron en el pasado, este criterio puede ser uno de los más difíciles de satisfacer. Aun en el caso de que haya testimonios epigráficos de la lengua perdida, puede ser difícil o imposible estar seguros de cómo interpretarlos. En ese caso, cualquier hipotética influencia sobre la lengua vencedora no pasará, en el mejor de los casos, de ser una conjetura, y la prueba definitiva tal vez nunca aparecerá.

El segundo requisito es que tendría que haber alguna correspondencia geográfica entre las dos lenguas. Este requisito es necesario porque una lengua hablada en un área difícilmente pudo influir en otra lengua hablada en otro lugar en la ausencia de comunicación regular entre las dos áreas. En otras palabras, el bilingüismo probablemente requerirá algún tipo de superposición geográfica de las dos lenguas. Por otro lado, si el cambio sucede fuera del área de superposición geográfica, no se puede por ello suponer que no fue posible la influencia por contacto. Hay que subrayar este punto, porque una de las objeciones más frecuentemente formuladas contra estas explicaciones es que el cambio en cuestión puede encontrarse en un lugar en el que no fue posible la influencia por

⁷⁰ Este requisito tal vez parezca obvio, pero en ocasiones ha sido olvidado. Malinberg (1964) afirma que la pronunciación de la *r* final en el español mejicano tiene que deberse a la influencia del sustrato nahuatl. La mayor dificultad de esta teoría está en que no hay ni hubo vibrante alveolar [r] en nahuatl, siendo el sonido más cercano la lateral [l].

contacto: «Muchas discusiones en torno a la teoría del sustrato están basadas en el supuesto... de que la influencia de una presunta lengua de sustrato tuvo que estar presente en todas las regiones en donde se encuentra el desarrollo en cuestión, o, si no, no hay tal influencia. Este supuesto carece de coherencia lógica... Pueden perfectamente producirse desarrollos lingüísticos paralelos, independientes unos de otros, tanto en el espacio como en el tiempo» (Hall, 1949, 150).

Un ejemplo de este tipo de casos es el paso de la /f-/ latina a la /h-/ castellana y a /ø/ fonético en el español moderno, cambio que ha sido atribuido a la influencia del vasco, que carecía de consonantes del tipo de la labial fricativa latina (véase cap. IV). Sin embargo, este cambio tan peculiar no está limitado a esta área de la Rumania. Ha ocurrido el mismo cambio en algunas zonas de Cerdeña y Calabria, y esporádicamente también en el norte de Italia y en Rumania⁷¹. Algunos lingüistas han sacado la conclusión de que este hecho invalida completamente cualquier hipótesis de influencia del vasco, porque no se puede apelar a tal sustrato en Cerdeña, Italia o Rumania⁷². Por consiguiente habrá que buscar alguna otra causa, probablemente en la estructura fonológica del latín. Si se razona de esta manera sería necesario mirar, allende los confines de la familia románica, para ver si este tipo de cambio ha tenido lugar en alguna otra parte del mundo. De hecho, así es. En las lenguas malayo-polinesias, por ejemplo, la correspondencia entre el maorí y havayano /h/, el fiyiano /v/ y el samoano /f/ lleva a la reconstrucción de *f/ en el protomalayo-polinesio, permitiendo ver que en esta familia ha tenido lugar el mismo cambio (Arlotto, 1972, 96). En el canarés, lengua dravídica de la India, la *p* inicial ha pasado a *h*, y después a cero, entre los siglos x y xiv (Narasim-

⁷¹ Wagner, 1941, 90-91, y Rohlf, 1966, 206.

⁷² Naturalmente, se puede sacar justamente la conclusión contraria y pensar que tuvo que haber un sustrato prerrománico común en todas esas áreas. Véase, por ejemplo, Schuchardt, 1866-68, 3-39.

hia, 1941, 1-5). El mongol, subgrupo de la familia lingüística altaica, desarrolló también una *h* a partir del elemento bilabial [ɸ] del mongol común, aunque en la mayor parte de las lenguas mongoles ha desaparecido esta aspirada (Poppe, 1955, 96). Difícilmente se puede hablar de un sustrato o unos factores genéticos comunes al romance, al malayo-polinesio, al dravídico o al altaico, y, sin embargo, ha tenido lugar un cambio fonético muy parecido en todos ellos. Por lo tanto, a la objeción de que el cambio tiene que ser único para que haya podido haber influencia por contacto, se le puede dar una respuesta sencilla: «siendo limitado el número de fonemas, cabe esperar la recurrencia de fonemas y secuencias de fonemas... e incluso la recurrencia de cambios fonológicos típicos» (Pulgram, 1949, 243). Así pues, es suficiente señalar que la influencia del sustrato nunca puede ser la *única* causa del cambio fonético. Será simplemente uno de los factores que influyen en el cambio. Los cambios similares que ocurran en otros sitios pueden ser relevantes o no serlo, dependiendo de las circunstancias.⁷³

Así pues, no es necesario imaginar una completa correspondencia geográfica entre el área ocupada por la lengua de sustrato y el área en que aparece el cambio en cuestión. El origen del cambio debe estar localizado en las fronteras históricas de la lengua de sustrato, por supuesto; pero, una vez que el cambio ha comenzado, puede ser llevado más allá de su área de origen. Una vez que el cambio ha echado raíces en la lengua, sus orígenes ya no afectan necesariamente a su ulterior difusión.

El tercer requisito para una hipotética influencia por contacto es de índole cronológica. El cambio que se está explicando tiene

⁷³ Una observación muy acertada es la siguiente: «Uno de los aspectos más curiosos de la confusión aludida es el de realizar la búsqueda con el supuesto de que el cambio lingüístico debería tener *una sola causa* genérica. Se piensa que, siendo único el «efecto» (el cambio), también debería de ser única la «causa», y hasta se pretende fundar esta creencia en el principio de que 'las mismas causas producen los mismos efectos'. Pero, en rigor, este principio no es reversible, pues el mismo efecto puede ser producido por causas diversas» (Coseriu, 1973, 183).

que datar del período en que el bilingüismo era activo. En el pasado se ha sugerido algunas veces que un cambio procedente de una lengua de sustrato puede haber aparecido siglos después de que la lengua haya desaparecido. En ese caso, la única manera de explicar ese cambio sería mediante algún tipo de herencia física de hábitos adquiridos o atavismo, teoría ésta que no goza hoy de ninguna reputación científica (Francescato, 1970, 13). En consecuencia, si aparece un cambio fonético después de la desaparición de la lengua de sustrato, no es posible que se dé la influencia del sustrato. Sin embargo, la falta de documentación no es argumento suficiente para sentenciar que una lengua ha dejado de hablarse.⁷⁴ Una lengua o estilo de lengua pueden conservarse durante cientos de años, relegados a zonas oscuras y a clases sociales desatendidas e insignificantes, y los cambios provocados por ellos pueden permanecer, asimismo, restringidos al uso coloquial y regional durante mucho tiempo, antes de llegar al conocimiento de los cultos o de otras personas socialmente estimadas. Después de permanecer en «estado latente» (Menéndez Pidal, 1963) durante muchos años, los cambios sociales posteriores pueden hacer que llegue a destacar un rasgo anteriormente inadvertido. Tal vez no sea objeción contra una posible influencia por contacto el hecho de que no se haya podido vincular el prestigio lingüístico con la lengua en extinción. «Prestigio» no es un concepto simple; puede aplicarse no sólo a aquellos que están en una posición de superioridad social, sino también a aquellos que son admirados por otras cualidades, y no necesariamente cualidades que los hablantes admiran que admiran. Además, las normas del prestigio pueden cambiar: «es importante señalar que la solidez de la subcultura puede invertir la valoración social del cambio haciendo que algo pase de estigmatizado a prestigioso, lo que repercute en la marcha de ese cambio en el grupo en cuestión» (Bailey,

⁷⁴ Menéndez Pidal (1950a, § 41,c) demuestra cómo puede pasar inadvertido durante siglos un rasgo del lenguaje simplemente por falta de documentación clara.

1975; también Trudgill, 1972). Puede parecer que el cambio se ha producido súbitamente, mucho tiempo después de terminar el período de bilingüismo. Pero esos cambios súbitos no lo son frecuentemente más que en apariencia, como se ha señalado anteriormente. Un mejor conocimiento del pasado podrá a menudo revelar que es sencillamente nuestra ignorancia la que produce la impresión de que hay un vacío cronológico entre la desaparición de la lengua de sustrato y los cambios provocados por ella en la lengua vencedora.

En resumen, estos tres requisitos no son más que los mínimos indispensables para que una lengua de sustrato haya podido hacerse sentir en el desarrollo de otra ⁷⁵. No pueden formularse más leyes generales, y cada caso concreto debe examinarse atendiendo a sus propias características. Es probable que el contacto lingüístico, incluso entre dialectos de la misma lengua, en la medida en que pueden considerarse realmente distintos, haya sido responsable de muchos cambios históricos. En palabras de un lingüista, «el bilingüismo es un fenómeno universal ya que ninguna lengua de cuantas conocemos ha sido hablada durante un largo período de tiempo en total aislamiento. Es incluso posible que el bilingüismo sea uno de los factores más importantes en los cambios lingüísticos —punto de vista, éste, que podría defenderse con buenos argumentos» (Vogt, 1954, 369). Sin embargo, en muchos casos es posible que nunca lleguemos a disponer de una cantidad de datos suficientes para poder llegar a conclusiones históricas firmes, y tendremos que contentarnos con conjeturas verosímiles. En todo caso, tales conjeturas no pueden ser lanzadas de manera simplista e improvisada, sino que deben basarse en un conjunto de datos primarios tan completo como sea posible obtenerlo. Es esencial que el investigador intente por todos los medios determinar exactamente cuáles eran las condiciones sociales que pudieron permitir que el efecto del bilingüismo persistiera durante el tiempo suficiente para causar una variable establecida.

⁷⁵ Estos requisitos son similares a los presentados por Posti, 1965.

OTRAS CAUSAS DEL CAMBIO FONÉTICO

EL ACENTO DINÁMICO

A veces se piensa que una sílaba fuertemente acentuada puede absorber la suficiente energía articuladora de una palabra como para poder hacer que los hablantes descuiden las sílabas no acentuadas y, finalmente, las omitan completamente, llegando así a reducir el número de sílabas de la palabra. Según esto, la síncopa y la apócope podrían deberse a un aumento de la tensión articuladora o esfuerzo muscular. Así pues, la pérdida de sílabas podría considerarse como un efecto del principio del menor esfuerzo. Cuando los hablantes aumentan la tensión en una parte de la palabra, la reducen en otra, y de ese modo ahorran esfuerzo. O, siguiendo otra línea, podríamos concebir la pérdida de las sílabas redundantes como la causa del aumento de tensión en la sílaba acentuada. En palabras de Martinet: «Incluso pudiéramos llegar a concebir la idea de que no es el acento dinámico el que difumina el timbre de las vocales y suprime las sílabas, sino que son las distinciones de timbre inútiles las que, al difuminarse, pierden una parte de su energía, que pasa a las zonas propiamente lexicales de la palabra, las cuales se ven de esta manera reforzadas» (1974, 241).

Lo que resulta sospechoso en tales conjeturas es el hecho de que no existe ninguna prueba histórica (al menos en el romance) de que haya aumentado la tensión en las sílabas acentuadas. A menudo se supone que existió tal aumento a causa de la síncopa, pero la única prueba es la síncopa misma. Posiblemente haya algún tipo de equilibrio entre la tensión y el número y cantidad de las sílabas ⁷⁶, pero la síncopa sola no puede probar que el acento dinámico

⁷⁶ Un punto de vista escéptico es el siguiente: «Acaso para algunas personas el término 'compensación' recuerda el conocido axioma de la física según el cual a

co haya aumentado. Si las sílabas átonas llegan a ser excesivamente redundantes, de manera que su pérdida no repercuta en la comunicación, los hablantes pueden verse tentados a elidirlas u omitirlas en los estilos *allegro*, señalando así el camino para su completa eliminación. También puede haber una estrecha relación entre la evolución de la acentuación y el tempo y ritmo generales de la lengua (Bailey, 1975, 54); pero un examen de los rasgos prosódicos del discurso y su relación con el cambio fonético extenderían esta breve introducción más allá de los límites necesarios.

LA INFLUENCIA DE LA ESTRUCTURA DE LA SÍLABA

Otro factor que puede explicar ciertos cambios es el tipo característico o estadísticamente dominante de sílaba que distingue a una lengua o familia de lenguas. El romance, por ejemplo, ha preferido las sílabas abiertas a las trabadas desde la época del latín antiguo. La manera natural de dividir las palabras en sílabas para cualquier hablante de romance es hacer terminar toda sílaba en vocal siempre que sea posible. Según esto, toda consonante que necesariamente

toda acción se opone una reacción igual y contraria; pero debe tenerse presente que la reacción y la acción son simultáneas, y que al salir la corriente de aire para producir un fonema, la reacción tiene lugar simultáneamente en el diafragma, pulmones, etc., del hablante, como el retroceso al disparar un arma. Quizá se supone, por otro lado, que los hablantes de una lengua determinada tienen el sentimiento o la impresión de que las palabras de una categoría particular o las de frases frecuentemente repetidas han de tener cierta masa o magnitud. En este caso, si hubiera aumentado la intensidad... las demás vocales —podría argumentarse— tendrían que reducirse para que las palabras o las frases no tuvieran una masa mayor de la habitual; por tanto, se favorecerían las realizaciones debilitadas de las vocales átonas. ¿Pero no se aplicaría esto también a la pronunciación de los fonemas?» (Jungmann, 1955, 310-14).— En las lenguas eslavas hay cierta proporción entre la prominencia silábica y el número de sílabas de la palabra. Es decir, una palabra con una sílaba fuertemente acentuada tenderá a tener menos sílabas (información personal de Henning Andersen).

vaya en final de sílaba por no poder formar un grupo o conjunto unificado con la consonante siguiente estará sujeto a algún tipo de debilitamiento, aunque se reduzca a un ligero cambio asimilatorio. Como se verá en la sección sobre fonología latina, la debilidad de la posición final de sílaba ha dado lugar a la neutralización de varias oposiciones fonológicas, y en muchos casos produjo la pérdida de las consonantes finales. Incluso en las lenguas con más oposiciones fonológicas en esa posición que el romance, y con muchas más sílabas trabadas, es más probable el debilitamiento de las consonantes en posición final que en posición inicial.

FUERZA ARTICULATORIA

Se podría pensar que todas esas reducciones de la energía articuladora en posición final son sencillamente el resultado de la disminución de la energía física al llegar el hablante al final del grupo fónico (se incluye tanto la unidad silábica como la elocución completa). La siguiente pregunta que hay que hacerse es por qué ha de ser verdad que el final de un grupo exige inevitablemente menos esfuerzo por parte del hablante que el principio. En parte, al menos, este fenómeno puede recibir luz de una reflexión sobre la teoría de la información.

Antes de empezar a hablar, las posibilidades que existen para el oyente son casi ilimitadas. Tal vez espere oír casi cualquier cosa. Sin embargo, una vez que el hablante empieza, las partes sucesivas de la elocución se van limitando progresivamente por lo que precede. En la elección del vocabulario, por ejemplo, una vez que se ha pronunciado el artículo determinado, el hablante tiene que colocar detrás un sintagma nominal de algún tipo, y no un verbo. Cuando se ha pronunciado el predicado, hay incluso más limitaciones. De manera parecida, en fonología podemos esperar oír cualquier combinación de fonemas permitida por la lengua; pero, una vez que hemos pronunciado una sílaba, tanto el número como los tipos de

sílabas que pueden seguir se ven reducidos por la estructura fonológica de la lengua y por la longitud media de las palabras. Dentro de la sílaba misma, una vez que hemos pronunciado el principio, las posibilidades para lo que puede seguir en el núcleo quedan drásticamente limitadas, y la coda queda aún más restringida. De este modo, según vamos avanzando, va decreciendo la cantidad de información nueva que se suministra. En español, por ejemplo, puede aparecer en principio de sílaba cualquier consonante o no consonante. Por otra parte, en el margen prenuclear, la única consonante que puede seguir a otra consonante es una líquida, y la primera tiene que ser oclusiva o /l/. En el núcleo, sólo puede aparecer una vocal o combinación de vocales, y en la coda sólo un número limitado de consonantes.

De esta manera, una vez que la elocución, o parte de la elocución, ha empezado, el hablante puede predecir, hasta cierto punto, lo que va a venir después. En otras palabras, hay una creciente cantidad de redundancia, y el oyente puede pasar por alto o no hacer caso de lo que oye sin perder información esencial. El hablante, asimismo, puede ser más descuidado en la pronunciación hacia el final de la sílaba o de la palabra con la seguridad de que lo que está diciendo será, no obstante, transmitido. Sin embargo, no se da una reducción totalmente regular en la informatividad desde el principio hasta el fin de la elocución. Un experimento psicológico llevado a cabo hace unos años reveló que la distorsión del principio de la palabra causaba muchos más errores en la interpretación que la distorsión de otras partes de la palabra. Asimismo, la distorsión del final de la palabra causaba más errores de interpretación que la del medio (Bruner y O'Dowd, 1958).⁷⁷

Se podría concluir diciendo que los segmentos iniciales de las palabras y las sílabas son mucho más resistentes al cambio que los internos y finales. Históricamente, estos puntos teóricos están con-

⁷⁷ Posiblemente haya alguna relación entre estos resultados y el hecho de que muchas lenguas cuentan con sufijos para transmitir la información gramatical.

firmados por la frecuencia con que las palabras se acortan mediante la síncopa de las sílabas internas, en contraste con la conservación, mucho más frecuente, de los segmentos iniciales. Por consiguiente, la posición que ocupan los sonidos en las palabras y sílabas parece ser un factor que favorece el cambio u ofrece resistencia a él.⁷⁸

LA INFLUENCIA DE LOS PATRONES MORFOLÓGICOS EN EL CAMBIO FONÉTICO

En general, da la impresión de que el cambio fonético se desarrolla sin tener en cuenta los efectos que pueda producir en otros aspectos del lenguaje. El sistema de casos latino, por ejemplo, quedó gravemente perturbado por el cambio acaecido en el sistema vocálico del latín tardío y por la pérdida de la /m/ final. Sin embargo, lo más que hicieron los hablantes de latín, a juzgar por los testimonios de que disponemos, fue reaccionar, y sólo débilmente, en defensa del acusativo. El sistema de casos se derrumbó, y el cambio fonético continuó sin obstáculos. Naturalmente, es probable que el sistema de casos hubiera desaparecido de cualquier manera sin el concurso del cambio fonético, ya que el uso de otros mecanismos (preposiciones, orden de palabras) iba sustituyendo progresivamente las terminaciones casuales como indicadores de la función sintáctica. Sin embargo, ocasionalmente, parece que el cambio fonético se ha detenido o desviado en cierto sentido bajo el influjo de algunos patrones morfológicos bien establecidos. Por ejemplo, en una zona del centro de Francia la vocal átona /a/ pasa a /o/. Precisamente al norte de esa zona, la /s/ final, que había funcionado como marca del plural, ha desaparecido; pero en esa misma región el paso de /a/ a /o/ ha tenido lugar sólo en el singular de los nombres, preservando así la distinción entre el singular

⁷⁸ Algunos estudios de Bertil Malmberg analizan más minuciosamente los puntos tratados en esta sección: Malmberg, 1962, 1963.

y el plural (es decir, sing. -o, pl. -a). Parece ser que un factor que intervino en la limitación de este cambio al singular fue la necesidad de conservar clara la distinción entre el singular y el plural (Labov, 1972, 109). Malkiel (1968, 1970, 1976; entre otros) ha demostrado que es, al menos, posible que ciertos cambios fonéticos fueran desviados o posiblemente consolidados en una dirección por desarrollos morfológicos bien definidos. En general, sin embargo, parece claro que tal influencia es sumamente limitada, y las gramáticas no tienen prácticamente ningún efecto sobre el cambio fonético (Campbell, 1974, 89).

¿PRONUNCIACIONES FAVORECIDAS?

Hace muchos años E. Sapir sugirió que algunas lenguas tal vez tengan un impulso o «tendencia» hacia ciertos tipos de pronunciación, o, también, a alejarse de otros tipos, como sucede con la tendencia a la monoptongación de todos los diptongos: «es curioso observar la frecuencia con que las lenguas se han esforzado por llevar a ciertas posiciones preferidas sonidos originariamente distintos, sin tener en cuenta las confusiones que de ello pudieran derivarse» (Sapir, 1954, pág. 207)^{78a}. En muchos casos, es probable que tal tendencia sea simplemente el resultado de reajustes estructurales, ya que los fonemas relacionados ejercen una presión sobre sus vecinos. Posiblemente haya ciertos rasgos distintivos que estén infrutilizados en el sistema fonológico y que al ser utilizados más plenamente constituyan una ayuda en la economía global del sistema. En la actualidad, el concepto de «pronunciaciones favorecidas» puede no ser más que un término que engloba lo que la investigación futura tal vez revele como una pluralidad de cosas diferentes.⁷⁹

^{78a} (La traducción española de este fragmento se desvía en alguna medida del original inglés, por lo que he optado por traducirlo de nuevo.)

⁷⁹ Véase Malkiel, 1981, para un examen minucioso de los diferentes significados que ha dado Sapir a «drift».

EL ORIGEN DE LOS CAMBIOS FONÉTICOS

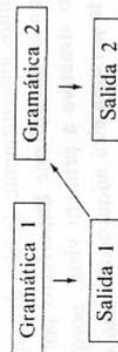
En las secciones precedentes hemos examinado algunos de los factores que influyen en el cambio fonético y en su dirección, así como los factores sociales que pueden intervenir en su difusión. Queda por ver si es posible determinar por qué y cómo se inicia el cambio fonético (el «problema de la actuación», en la terminología de Labov, 1982, 81). El niño que empieza a aprender su primera lengua está, como es obvio, expuesto a las formas heterogéneas de esa lengua y a su significado social, y su contribución al cambio fonético será una función de su socialización, ya sea que los cambios en marcha estén motivados internamente o sean fruto del bilingüismo.

Nadie, sin embargo, ha explicado todavía cómo empieza el cambio fonético en el habla de un individuo que no está imitando a otro. Como vimos anteriormente, la idea de que el cambio lingüístico empieza con el aprendizaje imperfecto por parte de los niños tiene un cierto atractivo a primera vista, porque la infancia es la época en que la persona está adquiriendo aún activamente el sistema de lengua de su comunidad. Con todo, no existen pruebas de cambio regular entre generaciones, porque las generaciones es algo que se da en la familia, pero no en la sociedad; ésta contiene personas de todas las edades (Labov, 1972, 102).

Si la innovación, de cualquier clase que sea, tiene que ser una desviación de la norma, es necesario explicar por qué tales desviaciones no son corregidas, por el principiante mismo o por sus modelos. Ante todo, hay que distinguir entre la estructura superficial —en el caso de la fonología, las realizaciones articulatorias y acústicas— y su «representación subyacente»: es decir, las unidades de sistema fonológico pueden no corresponder exactamente a lo que el hablante realmente pronuncia. Esto está muy claro en el caso de un fonema con dos o más alófonos netamente distintos, como es, por ejemplo, el fonema español /b/, cuya realización bilabial

sonora puede ser oclusiva o fricativa, dependiendo en gran medida del entorno fonético. El principiante oye los dos alófonos, y, en su intento de imitar lo que oye, acaba clasificando los dos dentro de una sola unidad, el fonema /b/. Sin embargo, este fonema no es ni oclusivo ni fricativo, sino una abstracción cuyos rasgos distintivos son [+sonoro, +bilabial, +obstruyente]. Aunque unos teóricos admiten en fonología un grado más alto de abstracción que otros, todos los lingüistas están de acuerdo en admitir alguna distinción entre la estructura de superficie y lo que podemos llamar «estructura subyacente».

En el proceso de asimilación de la estructura subyacente, el niño tiene que basarse en el comportamiento que observa en torno a él. No aprende el sistema abstracto directamente de los otros. Para emplear una metáfora muy usada por algunos lingüistas hoy, se dice que el niño «construye una gramática» que «interioriza».⁸⁰ El siguiente diagrama ilustra este proceso⁸¹:



Si el principiante descubre cómo imitar exactamente lo que oye, entonces, prácticamente, por lo que a otros hablantes se refiere, ha aprendido, el mismo sistema abstracto que ellos poseen. No obstante, hay en todo sistema ciertas áreas de ambigüedad que el principiante puede interpretar de manera distinta a la de sus modelos.

⁸⁰ Una observación acertada es que «hay razones para creer que el acto de percepción no es meramente pasivo. Es un acto de construcción más bien que de recepción» (Rivers, 1971, 125).

⁸¹ El diagrama está tomado de Andersen, 1973, fig. 1, en 767. Esta sección está basada ampliamente en el artículo de Andersen.

Si el principiante habla según la interpretación que él mismo hace de la salida de sus modelos, pero con un resultado que no corresponde a la salida de ellos, probablemente será corregido por los otros, o él mismo se dará cuenta de la diferencia e intentará corregir su propia actuación.

Al revisar su pronunciación puede proceder de dos maneras: o cambiando su «sistema subyacente», de manera que su salida se conforme con la de los otros, o manteniendo el mismo sistema y cambiando sus reglas de salida sobre una base construida *ad hoc*, de manera que la salida sea la misma que la de sus modelos. En el segundo caso, en la medida en que el principiante es capaz de hablar, está ahora en conformidad con la pronunciación de los otros hablantes, y no puede sospechar que su sistema abstracto es diferente del de ellos. Ni el principiante ni sus modelos serían conscientes de que sus sistemas son diferentes de alguna manera. Las reglas construidas *ad hoc* —que pueden ser denominadas «reglas de adaptación» (para usar la denominación de Andersen)— sirven para ocultar las diferencias.

No puede dudarse de la realidad de algunas reglas de adaptación en el lenguaje, aunque diferirían de las reglas ordinarias de representación fonológica, o de las reglas morfológicas, en que están limitadas a ciertas palabras o a la salida de ciertas reglas morfológicas. Por ejemplo, en el inglés de los hablantes de clase media baja de la ciudad de Nueva York el lingüista puede suponer que las formas subyacentes de las palabras *beard*, *bared* y *bad* son homónimas, siendo su núcleo una vocal alta con glide interior /bi:rd/. En el habla espontánea de estas personas, estos vocablos se pronuncian todos como homófonos [bi:rd]. En la forma prestigiosa del inglés americano, estos vocablos no son homónimos sino que son todos diferentes: /bi:rd/ y /be:rd/ y /bæd/. Los hablantes con formas homonímicas subyacentes son conscientes de que su pronunciación no se conforma con el modelo prestigioso. Si quieren adaptar su propia pronunciación a ese modelo, pueden hacerlo, y producen formas que no son homófonas: [bi:rd], [be:rd] y [bæd]. Pero estas

formas son «producidas de la manera más irregular e insegura» (Weinreich, Labov y Herzog, 1968, 134-35). En la estructura fonológica de estos hablantes ha habido, según parece, una innovación estructural, que puede ser ocultada con reglas de adaptación limitadas a ciertas palabras y no motivadas por la estructura misma. Como estas reglas están limitadas a unos lexemas específicos, no son productivas. En otros casos, la regla de adaptación puede ser empleada por los hablantes para producir el «acento» característico de algún dialecto prestigioso. En tales casos, la regla se aplica a ciertas clases de sonidos y no a palabras específicas, y está limitada por las circunstancias sociales en que se encuentra el hablante.

Según este punto de vista, los resultados de una innovación estructural pueden ser así ocultos por un sistema de reglas de adaptación. Por lo que se refiere a los que inician el aprendizaje de la lengua, es cierto que han conseguido reproducir los mismos sonidos que sus modelos. Sin embargo, como las reglas de adaptación a que nos referimos son improductivas y no motivadas por la estructura fonológica, es probable que se restrinjan más con el paso del tiempo, de modo que llegue a reducirse el número de palabras al que se aplican, o sean menos frecuentes las situaciones en que deben usarse. Si, por ejemplo, la regla está asociada a algún aglutinador social como es la edad, cuando los miembros de ese grupo decaigan en importancia, la regla se aplicará también con menos frecuencia. Como existen muchas clases diferentes de grupos en cualquier sociedad, los dominios de las reglas de adaptación pueden superponerse de manera muy compleja.

Si las reglas de adaptación son una hipótesis válida, las innovaciones estructurales sólo aparecerían gradualmente en el uso, y los hablantes podrían adaptarse a las nuevas normas. Sin embargo, no convendría pensar que «las reglas de adaptación» son necesariamente el único camino por el que los cambios pueden difundirse gradualmente a través de la lengua, porque parecen suponer un enfoque más bien estático del lenguaje; es decir, están basadas en

la idea de que cada hablante no tiene más que una sola forma «subyacente» para cada palabra de su léxico. ¿Qué prueba tenemos de que los hablantes que pronuncian *bad*, *bared* y *beard* como homófonos en su estilo más informal, tienen necesariamente una sola forma subyacente homónima para las tres palabras en todos los estilos que están a su disposición? ¿Por qué no podría ser que tuvieran formas distintas para el estilo formal, y homónima para los estilos informales, y que algunas veces las confundieran en la práctica real por el hecho de que su estilo formal está menos controlado que sus estilos informales? Tal vez tenga razón Bailey en su afirmación —más realista psicológicamente— de que «la competencia lingüística es poliflectal» (1957, 27); es decir, los hablantes dominan varios sistemas, que asocian con los diferentes usos sociales a los que está sujeto el lenguaje.

De todos modos, no se puede afirmar que la ambigüedad de la estructura superficial sea el punto de partida de todos los cambios fonéticos. En muchos casos, si no en la mayoría, no podemos estar seguros de lo que ha movido a un individuo concreto a hacer un cambio. Y, en último análisis, tal vez ni siquiera sea demasiado importante. Se hace con frecuencia la distinción entre el «origen» y la «propagación» del cambio fonético, y, con bastante frecuencia, es una distinción muy necesaria. El origen de un cambio concreto o de una variante puede no estar en absoluto relacionado con su desarrollo ulterior en la lengua. Es posible que uno de los factores que intervinieron en el paso de la labial latina /f/ a la aspirada /h/ fue la primitiva comunidad bilingüe castellana, en la que muchos hablantes de vasco aprendían a hablar el romance vernáculo (véase el cap. IV). Al faltar la /f/ en su lengua materna, muy bien pudieron tender a usar una labial fricativa floja, o incluso una aspirada, como equivalentes de la /f/ latino-romance. De todas formas, una vez que el romance de Castilla se estableció como dialecto dominante en la Península Ibérica, la pronunciación aspirada de la /f/ se consolidó como variante del fonema, y fue llevada a los nuevos territorios junto con el castellano. Llegó a muchas zonas

en donde nunca había existido bilingüismo vasco-romance; en este caso, la propagación del cambio es totalmente independiente de las circunstancias de su origen. En otros casos, tal vez no sea tan fácil distinguir entre las circunstanciales del origen del cambio y su ulterior propagación. Dado que la lengua es un instrumento de comunicación de la comunidad, «los hábitos idiosincrásicos no forman parte de la lengua así concebida, y los cambios idiosincrásicos tampoco. Por consiguiente, podemos decir que la lengua ha cambiado cuando un *grupo* de hablantes usa un patrón diferente para comunicarse entre sí. El origen del cambio es su propagación o aceptación por otros» (I abov, 1973, 209) ⁸². Finalmente, tal vez tengamos que contentarnos con la idea de que «la realidad lingüística es demasiado compleja como para tener en cuenta un listado exhaustivo de todas las causas de los cambios fonológicos» (Martinet, 1951, 76).

CAMBIO MORFOLÓGICO: ANALOGÍA

La sección precedente ha estado dedicada al cambio fonético y a los problemas de la evolución general del lenguaje más estrechamente relacionados con él. Como este libro trata tanto de la evolución fonética como de la morfológica del español, es oportuno discutir también algunos aspectos generales de la evolución morfológica.

⁸² El punto de vista de Labov nos recuerda a Menéndez Pidal:

«Sin duda: el individuo por sí solo es impotente para alterar el curso de las modificaciones que el lenguaje tiende a sufrir; pero también es evidente que los cambios que se produzcan en el lenguaje, siendo éste un hecho humano, serán siempre debidos a la iniciativa de un hombre, de un individuo que, al desviarse de lo habitual, logra la adhesión o imitación de otros, y éstos logran las de otros: en suma, el proceso por el que se propaga cualquier opinión o cualquier costumbre en un grupo humano, hasta hacerse propia de la mayoría» (1944a, 17-18).

En primer lugar, es conveniente dedicar unas palabras a aclarar qué se entiende por morfológica. En su sentido original, la palabra hacía referencia al estudio de las formas en las ciencias biológicas (Matthews, 1972, 2), pero, en el estudio del lenguaje, pronto empezó a usarse para referirse a las formas del lenguaje que están por encima del nivel fonológico y fonético. El morfema es normalmente definido, de una manera muy general, como «la unidad gramatical mínima o primitiva» (Matthews, 1980, 88). En algunos casos, es bastante sencillo determinar cuáles son esas unidades. Si cogemos, por ejemplo, la palabra simple española *libros* o la italiana *libri* 'libros', podemos distinguir por lo menos dos elementos básicos: 1) *libro*, y 2) la *s/i* finales, que son el signo de pluralidad. Podemos coger otra palabra —ésta derivada—: *librero*, y, de forma similar, distinguir por lo menos dos morfemas: *libr-* 'libro' y *-ero* 'agente, alguien asociado de alguna manera con la palabra básica'. Algunos lingüistas preferirían distinguir otro morfema, *-o* 'masculino', ya que la *-o* de *libro* no aparece en el derivado *librero* inmediatamente después de la base. En latín podríamos poner como ejemplo *AMAMUS* 'amamos', y distinguir tres morfemas: la raíz *AM-* 'amar', el sufijo *-mus* 'primera persona del plural', y la vocal temática *-A-*, que no tiene ningún significado especial, excepto tal vez el de 'presente de indicativo, primera conjugación'. Los problemas que plantea un análisis morfológico apropiado resultan algunas veces muy complejos, y no pueden tratarse minuciosamente en este lugar.

Es corriente en los estudios lingüísticos tradicionales distinguir entre morfológica «léxica» y morfológica «flexiva» ⁸³. La morfológica léxica es el estudio de los lexemas independientes ⁸⁴, tal como vimos

⁸³ Véase Matthews, 1980, cap. 3, para una clara exposición de algunos problemas asociados con esta clasificación.

⁸⁴ La distinción entre *palabra* y *lexema* aparece en Matthews, 1980, cap. 2. En esencia, toda forma lingüística que pueda ser expresada por sí misma puede ser considerada como palabra, mientras que el lexema incluye las distintas variantes que pueden aparecer en los paradigmas; por ejemplo, el lexema *hablar* incluiría,

antes en la derivación de *librero* a partir de *libro*. Aunque la relación entre estas dos palabras pueda parecerse algo a la relación existente entre *libro* y *libros* —es decir, se añade un sufijo a una base—, en su mayor parte la relación es totalmente diferente. El procedimiento de formación de *librero* sirvió para crear un nuevo lexema, que es en algún sentido independiente de su base. Otras muchas palabras se han formado de manera parecida —por ejemplo, *mesero*, *cartero*, *alfombrero*, *maletero*, *cuchillero*, *papelero*, *lechero*, *cantinero*, etc.—, y, sin embargo, no todos los sustantivos pueden producir automáticamente una forma derivada en *-ero*. De *pared* se debería poder formar **paredero*, y, sin embargo, no parece que exista como parte del léxico español general. Lo mismo sucede con **maquinero* como derivado de *máquina*; o con **presero*, de *presa*; **reactorero*, de *reactor*, o muchos otros. En pocas palabras, las formaciones en *-ero* están ampliamente limitadas a pesar de las muchas realmente existentes y de la facilidad con que pueden formarse otras nuevas. Además, una vez creada una palabra en *-ero*, puede con el tiempo perder mucho de su conexión con su base. *Caballero*, por ejemplo, ha perdido en la actualidad mucho de su asociación con *caballo*. Las circunstancias históricas le han dado a *caballero* varios significados —‘caballero andante, señor’— que no podrían predecirse a partir de la palabra básica. Por otra parte, no hay límite a la formación de plurales a partir de sustantivos en singular, a pesar del hecho de que algunas palabras sólo pueden aparecer en plural —por ejemplo, *gafas*, *viveres*, etc.—, mientras que otras pueden resultar bastante raras en ese número —por ejemplo, *fes*, *justicias*, etc.

Así pues, la morfología esencialmente ilimitada (tal como se encuentra en la formación de los plurales), y la concordancia de los adjetivos, los distintos tiempos y modos verbales, y las desinencias que presentan los casos de los nombres, se inscriben bajo la categoría

según esta posición, todas las formas del verbo que puedan ser usadas por los hablantes: *hablo*, *hablábamos*, *hablé*, etc.

ría de morfología flexiva, y se estudian en este volumen. El problema de la morfología léxica (formación de palabras), dado que es de distinta naturaleza en su mayor parte, se estudiará en un segundo volumen.

Los morfemas se realizan normalmente por medio de fonemas o secuencias de fonemas⁸⁵, y, por consiguiente, si no hubiera factores que interfiriesen, no tendrían una evolución distinta de la evolución de los sonidos particulares o de los grupos de sonidos identificados con cada morfema. En muchos casos, de hecho, es eso lo que ocurre. Una palabra como la lat. *CASAS* ‘chozas’ se convierte en la española moderna *casas*, con todos los cambios fonéticos esperados. De modo semejante, el lat. **FĀBULŌ* (lat. clás. *FĀBULOR*, verbo deponente) evoluciona al moderno *hablo*. El mismo tipo de cambio afecta a otros muchos morfemas.

Naturalmente, debemos señalar que analizar la evolución lingüística sólo de esta manera es omitir tanto como incluimos. *CASAS* no es exactamente equivalente a *casas*, porque el morfema *-as* en latín no es simplemente signo de pluralidad, como lo es hoy, sino que incluía también la noción de caso del sustantivo: en este caso era acusativo. En otras palabras, el estudio de los morfemas debe incluir inevitablemente el estudio de la función y significado de los morfemas, y no simplemente su forma fonética. Estas funciones pueden cambiar con el tiempo, como en el caso de *CASĀS*, o como cuando el perfecto de pasiva latino *AMĀTUS EST* pasó a reinterpretarse como presente de pasiva; por ejemplo, el fr. *il est aimé*, it. *è amato*, esp. *es amado* ‘es amado’ frente al significado latino ‘fue amado’. Este desplazamiento coincidió a su vez con la desaparición del patrón paradigmático empleado antes como presente de pasiva.

⁸⁵ Realmente no podemos decir que el morfema esté «compuesto de» fonemas, porque en muchos casos los distintos elementos que contribuyen a constituir las formas funcionales de un único lexema (como en los casos de supletivismo) no tienen ninguna conexión fonética entre sí; por ejemplo, el inglés *goes* (presente) frente a *went* (pasado). Además, ciertas funciones pueden carecer completamente de soporte fónico: inglés *sheep* (singular) frente a *sheep* (plural).

Una vez descrito este tipo de cambio, nuestra mayor tarea es mostrar la correspondencia entre las restantes formas, modernas y medievales, y sus prototipos históricos. En muchos casos, esto implica simplemente la aplicación de reglas fonológicas precisas. Sin embargo, para dividir el material convenientemente, el estudio de la morfología en este volumen se concentrará primariamente en la forma en la medida en que puede separarse de la función, y el estudio de las funciones morfológicas se incluirá en un segundo volumen.

Ahora bien, incluso si tuviéramos que tratar de estudiar simplemente la forma externa de los diferentes morfemas, comprobaríamos pronto que el desarrollo fonético ordinario no puede explicar todos los cambios que observamos. En los paradigmas muy organizados e integrados como es el caso de los sistemas verbales, algunas formas se modelan sobre otras en vez de seguir el desarrollo fonético normal. Aun en el caso en que el desarrollo fonético regular pudiera haber producido un paradigma regular en una etapa ulterior, algunas formas parecen tener una fuerza expansiva en la conciencia lingüística de los hablantes, y pueden eliminar cambios fonológicamente regulares. Por ejemplo, sabemos que en latín el perfecto del verbo *TENĒRE* 'mantener' era un tipo regular en su formación que contenía la terminación -UĪ, es decir, *TENUĪ* 'mantuve, he mantenido'. La forma equivalente a ésta en el español moderno es *tuve*, aunque, una vez más, vemos que no es exactamente equivalente en la función, porque el latín no tenía ningún tiempo como el moderno *he tenido*. El perfecto latino incluía rasgos semánticos que en romance se han separado con la creación de los perfectos compuestos. Es muy poco probable que alguien quiera buscar una explicación fonética a la forma española ⁸⁶, y, por lo tanto, debemos buscar alguna otra fuente distinta del simple cambio fonético.

⁸⁶ Posiblemente algún ingenioso estudiante sostendría que este caso refleja una «regla de supresión de *n*», seguida de otra «regla de consonantización de *u*», etc., pero tales contorsiones pocas veces merecen la pena, ya que se aplican en su mayor parte a unas pocas palabras raras, y no a series enteras de palabras.

En este caso, parece claro que los hablantes abandonaron la forma *TENUĪ* completamente, y rehicieron el perfecto sobre el modelo de otro verbo, el lat. *HABUĪ* 'tuve, he tenido', que, en su evolución fonética, dio el esp. ant. *ove* > esp. mod. *hube* ⁸⁷. La estrecha relación entre los significados de los dos verbos (*tener* acabó sustituyendo a *haber* con el significado de 'poseer') parece que ha servido para inducir a los hablantes a alterar el perfecto con el fin de hacerlo más parecido al de *haber*, aunque podrían haber intervenido también otros factores. En el paso del lat. tardío *PARABOLĀRE* al fr. antiguo, la primera persona del singular, *PARABOLĀ*, dio [*paráulo*] > fr. ant. *parole* 'hablo', mientras que el plural *PARABOLĀMUS* > [*paraúlāmus*] > fr. ant. *parlons* 'hablamos'. Con el tiempo, las formas sin /o/ fueron adoptadas como modelo para el conjunto de la conjugación verbal, y la antigua forma de la primera persona del singular fue eliminada a favor de la nueva: *je parle*.

Este tipo de modelación que ejerce un morfema sobre otro se llama *analogía*, que puede definirse como una relación de semejanza (Anttila, 1972, 88). Los seres humanos tienen normalmente una facilidad natural para percibir semejanzas entre objetos de diferentes tipos aun basando su percepción en un número relativamente reducido de rasgos ⁸⁸. No es sorprendente, pues, el que los hablantes asocien la forma de las palabras percibidas como relacionada de alguna otra manera. Los hablantes asocian generalmente la identidad de significado con la identidad (o semejanza) de forma, y *viceversa*. De esta manera, esperan que haya una relación biunívoca entre la forma fonética y sus significados y/o funciones. Si no hay mucho parecido de forma entre una palabra y otra asociada con ella, es un fenómeno muy frecuente que los hablantes alteren la

⁸⁷ La ortografía moderna refleja solamente el intento posterior de acercar más la forma escrita a su étimo latino, no un cambio en la pronunciación de la consonante interna o del segmento inicial.

⁸⁸ Véase Anttila, 1977, 45-58, para una amplia discusión de esta tendencia como rasgo de la psicología humana. Esper (1973) demuestra la estrecha conexión que existe entre los principios psicológicos generales de la analogía y el lenguaje.

forma de una de las palabras para que la semejanza sea más obvia, como en el ejemplo antes citado. Los cambios analógicos se presentan con frecuencia en forma de proporción (lat. *PROPORTIO* = gr. *ἀναλογία*), como en el caso siguiente:

aver	tener	habitions	habite
ove	X	parlons	X

Como en una proporción matemática, hay que despejar la incógnita (X), y en este caso $X = \text{tove}$ (esp. mod. *tuve*). Naturalmente, el hecho de que podamos presentar el proceso de esta manera no lo convierte en modo alguno en una genuina operación matemática. Es más bien un sencillo diagrama para ilustrar cómo proceden *posiblemente* los hablantes en la creación de una forma nueva. En algunos casos, puede ser que el hablante sea realmente consciente del modelo que está siguiendo. De un niño danés se dice que creó la forma de pretérito *nak* 'él inclinó la cabeza' para el verbo *nikke* 'inclinarse la cabeza', en vez de la forma correcta *nikkede*. Al ser corregido, justificó la forma diciendo: «*sikke:stak* ('clavo:clavé'), *nikke:nak*» (Jespersen, 1922, 131) ⁸⁹.

Todas las formaciones de este tipo pueden describirse por medio de modelos proporcionales como el dado anteriormente; por ejemplo:

el ingl.	drive	dive
	drove	X

que produce la forma *dove*, pretérito que existe junto con el pretérito regular *dived*.

En este caso, podemos ver varios aspectos del problema de la analogía. Ante todo, aunque la proporción precedente es sin duda

⁸⁹ Así se crean todos los tipos de formas verbales «incorrectas». Los niños que no han aprendido la forma normal de las palabras son especialmente propensos a crear formas analógicas: **goed* por *went*. En mi barrio, por ejemplo, el uso común de *got* (del tiempo compuesto *has got*) como verbo que significa 'tener' ha inducido a muchos niños a regularizarlo y decir: «*he gots*».

un posible modelo del proceso real que produjo la forma *dove*, no podemos estar seguros de que los hablantes siguieron necesariamente el patrón del verbo *drive*. Hay varios verbos más que tienen el diptongo /ai/ en el tema de presente, y /ou/ en el pretérito, que podrían haber sido el modelo:

thrive	strive	ride	write
throve	strove	rode	wrote

De hecho, todos estos verbos en su conjunto pueden haber servido de modelo para *dive*, y, por eso, tal vez sería más adecuado poner todos los elementos que reúnen las mismas condiciones a la izquierda de la proporción. Las condiciones especiales pueden constituir las un fonema o una secuencia de fonemas similares o idénticos presentes en un morfema o en parte de un morfema; puede constituir las también la semejanza o identidad de función o significado. Un caso es el de pretérito frente a no pretérito en los ejemplos dados anteriormente. Esta identidad o semejanza que sirve de modelo en la analogía, puede llamarse el «foco» de la analogía (Leed, 1970, 6).

En segundo lugar, tenemos que tener presente que, además de la lista de verbos con /ai/ en el presente y /ou/ en el pretérito, hay otros verbos con /ai/ en el tema de presente que podrían entrar también en una proporción:

fly	arrive
flew	arrived

En otras palabras, hay frecuentemente varios patrones que pueden servir de modelo para la formación de cualquier palabra concreta, y no podemos estar seguros de cuál es el patrón que verosíblemente ejerce la influencia más fuerte sobre el hablante o grupo de hablantes, como tampoco podemos saber cuál de los varios resultados analógicos posibles acabará triunfando y será aceptado. En realidad, como vemos en el caso de *dived* frente a *dove*, pueden coexistir dos resultados diferentes. En muchos casos, un número importante

de ejemplos de palabras que siguen un patrón específico puede ser suficiente para inducir a los hablantes a añadir más palabras al grupo. En la historia del inglés, por ejemplo, el número de verbos con el sufijo *-ed* en el pretérito ha aumentado incesantemente, mientras que el número de verbos «fuertes» (es decir, los que forman el pretérito cambiando la vocal de la raíz) ha disminuido. El creciente número de verbos de este tipo puede ser un factor en la creación de incluso más formas verbales «débiles». Por otra parte, la creación del pretérito fuerte *dove* fue en contra de la tendencia establecida. Por lo tanto, es importante subrayar que, por el simple hecho de que se pueda formular una proporción particular, no hay ninguna garantía de que se produzca necesariamente una formación analógica. Es indudable que los hablantes realizan constantemente muchos cambios analógicos, pero no son recogidos por los otros hablantes, por lo que pasan inadvertidos.

Se ha señalado que, por ejemplo, la existencia de una proporción tal como:

$$\frac{\text{ear} : \text{hear}}{\text{hear} : \text{X}}$$

no hace verosímil el que se forme un nuevo verbo **heye* (Kiparsky, 1974, 259)⁹⁰. En otras palabras, tiene que haber una relación funcional regular entre los elementos de la proporción, como en el caso de *dive* : *dove*, es decir, *no pretérito* : *pretérito*, relación que no existe en el caso de *ear* y *hear*. En el caso de *dive*, por ejemplo, la creación de *dove* tal vez no se deba al alto número de verbos que reúnen los requisitos estructurales de la proporción sino a la frecuencia de uso de los verbos que presentan la relación /ai:/ou/.

⁹⁰ El hecho de que no encontremos una palabra como **heye* puede deberse al azar, y tal vez no responda a una imposibilidad absoluta, como parece pensar Kiparsky. En los sistemas morfológicos y en la formación de palabras, pocas veces se encuentran tales creaciones aisladas, y, sin embargo, no es imposible que se pueda encontrar precisamente ese resultado en el caso de parejas aisladas de palabras.

Según esto, la frecuencia de aparición de un patrón puede servir para compensar, en alguna medida, el alto número de elementos de otro patrón. Tenemos que concluir diciendo que normalmente actúan sobre los lexemas presiones analógicas en conflicto, y que hay siempre un alto grado de indeterminación en las formaciones analógicas, tanto en lo referente a la probabilidad de los modelos a seguir por los hablantes como en lo referente a la fuerza de cada modelo particular y a los resultados finales de las distintas formaciones analógicas. Este hecho explica la gran complejidad que aparece en los diferentes tipos de cambios analógicos.

Así pues, el mínimo indispensable de características que nos permite formular la posibilidad de formaciones analógicas sería (siguiendo a Leed, 1970, 6-7):

- 1) una o más operaciones formales (es decir, derivación regular de algún tipo);
- 2) identidad de foco (es decir, los elementos de la proporción deben ser parcialmente idénticos);
- 3) listas léxicas abiertas (es decir, ampliables indefinidamente);
- 4) indeterminación (es decir, imposibilidad de predicción).

Como es obvio, no siempre podemos estar seguros de lo que va a causar en los hablantes la impresión de *semejante*. Tal vez no todos los hablantes perciban siempre la semejanza entre distintas cosas, y, por eso, no hay manera de formalizar las semejanzas (Anttila, 1974, 10). Este hecho por sí solo añade indeterminación en la analogía.

Uno de los efectos más comunes de la analogía en los sistemas morfológicos es la nivelación de los paradigmas, de tal manera que ganan en homogeneidad formal. El cambio fonético, por ejemplo, puede ser considerado como un tipo de analogía (Vennemann, 1978), y, cuando un sonido o grupo de sonidos empiezan a evolucionar en determinada dirección, esos sonidos tenderán en todos los casos

a seguir la misma evolución. De esta manera, el grupo de consonante más vocal anterior, alta o media, más otra vocal, empezó a realizarse en el latín coloquial ordinario en una sola sílaba, y no en dos, como en el latín anterior o en la conversación esmerada. El resultado fue la formación de una glide anterior en lugar de la vocal anterior plena; por ejemplo, *VINEA* 'viña' [wi:neal] > [bi:nja] (esp. *viña*). Todas las combinaciones de este tipo desarrollaron una glide palatal o yod en el latín tardío. El grupo [ij] empezó a desarrollar un timbre sibilante cuando la oclusiva dental se asimiló a la glide, y así, con el tiempo, evolucionó a la asibilada africada /ts/. La yod debería haber afectado a todos los ejemplos de /ij/, incluyendo las formas verbales del tipo *SENTIŌ* 'siento, percibo', que, si la analogía fonética hubiera sido consecuente, debería haber dado en esp. ant. **sienco*, fr. ant. **sence*, it. **senzo*. Sin embargo, lo que tenemos es esp. *siento*, fr. *je sens*, it. *sento*, con eliminación de yod. Parece evidente que la falta de yod en la mayor parte de las otras formas del presente de indicativo y en los otros tiempos indujo a los hablantes a reestructurar la primera persona del singular sobre el modelo de las otras personas: *SENTIS*, *SENTIT*, *SENTIMUS*, etc. La analogía produjo aquí un efecto conservador que deshizo los efectos del cambio fonético, o, en todo caso, no le permitió nunca realizarse en primer lugar.

Según esto, podemos ver que el cambio fonético ordinario puede producir formas «irregulares» en el paradigma; es decir, formas cuyo aspecto fonético difiere de otros miembros del paradigma. En la medida en que el cambio fonético es incontrolado, el resultado es la creación de alomorfos. Con bastante frecuencia, esos «aspectos» fonéticos divergentes pueden establecerse como parte fija del lenguaje. Así, comprobamos que el proceso de diptongación de las vocales medias abiertas del latín tardío produjo toda una serie de verbos en los que un diptongo alternaba con una simple vocal: los verbos «con variación en el radical», normales en castellano. Tenemos *siento*, *sientes*, *siente*, *sienten* en contraste con *sentir*, *senti-mos*, *sentides*, y *duermo*, *duermes*, *duerme*, *duermen* en contraste

con *dormir*, *dormimos*, *dormides*. En algunas lenguas, esta forma de flexión puede producir abundante variación morfológica que parece completamente asentada; por ejemplo, en rumano. Frente a estos verbos con variación vocálica en la raíz, hay otros muchos con vocal media en la raíz que no procedía de vocales medias abiertas latinas, y que, por lo tanto, no diptongaba; por ejemplo, *deber* < *DĒBERE*, *beber* < *BIBERE*, *correr* < *CURRERE*, *poner* < *PONERE*, etc. Como resultado, los hablantes disponían de dos modelos de verbos con vocales medias en la raíz: los que diptongaban al ir acentuados en la raíz, y los que no. En varios casos, los hablantes siguieron el modelo de verbos con radicales fijos, y algunos verbos que en la Edad Media habían pertenecido a la clase de verbos con variación en la raíz abandonaron la alternancia en el español posterior. Así, los esp. ant. *prestar*, *entregar*, *pretender* y otros más (Mé-néndez Pidal, 1941, 288) tenían presente con diptongo: *priesto*, *prietas*, etc., *entriego*, *pretiendo*, y así por el estilo, mientras que en el esp. mod. las formas correspondientes son *presto*, *entrego* y *pretendo*. Si este proceso se hubiera consumado, todos los verbos con variación en el radical habrían sido eliminados.

Sin embargo, como se indicó anteriormente, el proceso analógico es indeterminado. Al haber muchas presiones en juego sobre cualquiera de las formas, tal vez no todos los hablantes sigan el mismo modelo. El número de verbos con variación en el radical era bastante alto, y contenía bastantes verbos de uso frecuente como para servir de contramodelo a los verbos regulares. No es sorprendente que algunos verbos que primitivamente no pertenecían a esa categoría hayan pasado a ella. En esp. ant., *sembrar* < lat. *SĒMINARE*, *pensar* < *PĒNSARE* (cf. el patrimonial *pesar*, que contrasta con el semiculto *pensar*) tenían las formas de presente *sembran* y *piensan*. Junto a esas formas regulares, surgieron formas diptongadas como *siembran* y *piensan*, que hoy se han convertido en norma.

Cuando las distintas formas de un paradigma se remodelan tomando como base una de ellas, la regularización resultante recibe el nombre de «nivelación»; es lo que ha ocurrido en los casos cita-

dos anteriormente. La nivelación paradigmática que hemos visto en el caso de SENTÍO tiende a ser conservadora en los sistemas morfológicos y a corregir los efectos del cambio fonético ilimitado, como hemos visto en los ejemplos precedentes. El mismo tipo de nivelación puede también actuar en sentido contrario y conducir a la creación de nuevas formas injustificadas por desarrollo fonético. Así, en el caso de los verbos con variación en el radical, los hablantes pueden verse tentados a hacer del radical diptongado la única forma y a crear nuevas formas dentro del paradigma con diptongo; por ejemplo, *piérdamos* o *piérdanos* (pres. de subj.) o *vuelamos*, *vuelar*, formas encontradas en algunos dialectos del español coloquial en lugar de las normales *perdamos*, *volamos* y *volar*. El modelo para las formas diptongadas fueron, obviamente, las formas del singular y la tercera persona del plural, en todas las cuales el acento caía en el radical. En la historia del español, la creación analógica es responsable de los perfectos en *-ove* anteriormente mencionados y de las formas totalmente nuevas que utilizan radicales con vigencia en un paradigma. Por ejemplo, el lat. *Esse* 'ser', en el tema de presente, tenía dos raíces diferentes: *Es-*, usado en las formas 2, 3 y 5 del presente de indicativo (*Es*, *Est*, *Estis*), frente a *Su-*, que aparece en las restantes formas (*Sum*, *Sumus* y *Sunt*). Los hablantes del iberorromance, siguiendo el modelo de los plurales en *Su-*, crearon la nueva forma **Sutis*, que más tarde dio el esp. ant. *sodes* (cf. una creación similar en el rumano *sînteți* 'sois').

En algunos casos, tal vez no podamos establecer una proporción del tipo presentado anteriormente, especialmente cuando tenemos que enfrentarnos con la extensión de un morfo a palabras que anteriormente no lo empleaban. Puede ser que la extensión a nuevas palabras no elimine completamente las formas antiguas. En inglés, por ejemplo, el creciente uso de *-s* como indicador de pluralidad en la clase de los nombres no ha implicado necesariamente una proporción del tipo siguiente:

$$\frac{\text{book}}{\text{books}} : \frac{\text{foot}}{\text{X}}$$

Cabría esperar que *X* fuera **foots*, pero no es raro encontrar *feets* (y plurales parecidos, como *mices*, de *mouse*), en donde la antigua forma de plural se conserva a la vez que recibe el morfema de plural *-s*. Parece que en tales casos el morfema *-s* existe como forma independiente en la conciencia de los hablantes y puede aplicarse a la antigua forma de plural sin formar parte de una proporción.

La analogía afecta a todas las áreas de la lengua y no solamente a los sistemas morfológicos, aunque es en los paradigmas muy organizados e integrados donde podemos ver más claramente sus efectos. Un parecido meramente casual en las palabras puede provocar el reanálisis. Así, las antiguas palabras españolas *ascuchar* < lat. *AUSCULTARE* y *asconder* < lat. *ABSCONDERE* sólo se parecían en el detalle de tener la misma sílaba inicial, *as-*, seguida de la oclusiva *k*. Una regla de la fonología española, que se aplicaba a todas las palabras, era, y sigue siendo, que el grupo consonántico de /s/ más otra consonante desarrolla una /e/ protética, produciendo de esta manera formas como *escuela* < lat. *SC(H)OLA*, *escala* < lat. *SCĀLA*, *escaño* < lat. *SCAMNU*, *escoba* < lat. *SCŌPA* (normalmente *SCŌPAE* 'ramas, escoba'), *escribir* < lat. *SCRĪBERE*, y muchas más. El gran número de palabras que empezaba con *es-*, frente a estas dos, que empezaban con *as-*, parece haber animado a los hablantes a llevarlas al grupo mayoritario, dando lugar así a las formas modernas *escuchar* y *esconder*.

Tal vez sea útil ahora hacer una clasificación de las diferentes clases de analogía en el lenguaje, por más que los únicos ejemplos que tenemos sean de palabras sueltas o de grupos de palabras, y no de elementos de un paradigma morfológico.

1. Una palabra con significado similar a otra, o que pertenezca a la misma categoría que otra, puede adoptar rasgos específicos de la otra palabra. Así, las palabras que pertenecen a una determinada serie del mismo tipo pueden acabar todas compartiendo ciertos rasgos fonéticos. Los días de la semana en latín, por ejemplo, tenían nombres que hacían honor a los dioses paganos, y en los

que los nombres de los dioses aparecían en genitivo: DIÉS LŪNAE 'el día de la luna', DIÉS MARTIS 'el día de Marte', DIÉS MERCURIŪ 'el día de Mercurio', DIÉS JOVIS 'el día de Júpiter', DIÉS VENERIS 'el día de Venus'. Los nombres de los días martes, jueves y viernes pertenecían a la tercera declinación, y, por lo tanto, tenían la terminación del genitivo del singular en -is, mientras que el lunes y el miércoles pertenecían a otras declinaciones y tenían, en consecuencia, distintas terminaciones en el genitivo. Su evolución fonética estricta habría dado los esp. *lune y *miércre. Las formas reales, *lunes* y *miércoles*, indican que estas palabras tomaron la -s de los otros nombres. De modo similar, las palabras para designar la *suegra* y la *nuera* en latín estaban generalmente asociadas: SOCRUS y NURUS (las dos de la cuarta declinación). NURUS tomó la o de la raíz de SOCRUS, dando, de esta manera, la forma española *nuera* en vez de *nora. (Las dos palabras pasaron a la primera declinación cuando la terminación -us llegó a asociarse exclusivamente con los nombres masculinos.) Los casos de nivelación paradigmática de verbos pertenecen también a esta clase, ya que el significado radical del paradigma es el mismo para las distintas formas.

2. Una palabra con significado opuesto a otra palabra puede también adoptar algún rasgo fonético de la otra, especialmente si las dos tienen ya algún parecido en la forma. Por ejemplo, el lat. DEXTER 'derecho' evolucionó regularmente al esp. *diestro*. Su opuesto, SINISTER 'izquierdo' debería haber dado *senestro, pero, en su lugar, encontramos el esp. ant. *sinestro*. Como es obvio, el diptongo fue tomado de *diestro*, resultando así las dos palabras más parecidas en la forma. Asimismo, SURSUM 'hacia arriba' se oponía a DEORSUM 'hacia abajo'. Esta relación semántica indujo a los hablantes a pasar el elemento /u:/ de la primera palabra a la segunda, dando lugar así, una vez más, a formas más parecidas: it. *su-giù*, esp. ant. *suso-yuso*. Estos casos de influencia mutua pueden denominarse «polarización léxica» (Malkiel, 1951).

3. Las palabras que tienen una función específica pueden servir de modelo para otras que tienen la misma función, pero diferen-

te forma fonética. Vimos anteriormente la proporción que permitía a los hablantes crear un nuevo pretérito para *tener*, el ant. esp. *tove*, basado en el modelo de *ove*. La existencia de estos dos pretéritos permitió a los hablantes asociar el segmento -ov- con la idea de pretérito, ya que parecía que lo que había ocurrido era la conservación de la consonante inicial de la raíz de *tener* más la adición de lo que parecía ser un sufijo, -ove. De este modo podía establecerse una nueva proporción:

$$\frac{\text{tener}}{\text{tove}} : \frac{\text{seer}}{\text{X}}$$

en la que X = *sove* (lat. *sēdi*). A partir de esta proporción podían crearse nuevas formaciones analógicas, aplicándose especialmente a verbos con una sola sílaba en el radical, y cuya raíz terminaba frecuentemente en vocal. El resultado fueron varios pretéritos nuevos, como *crove* 'creí', *andove* 'anduve', *estove* 'estuve' (< *estar*).

De este modo, de una sola proporción los hablantes sacaron lo que vino a ser un sufijo relativamente independiente. Este reanálisis de formas no es infrecuente en la historia de las lenguas. Por ejemplo, la segunda y tercera conjugaciones latinas —en -ēre y en -ere— no tenían una terminación específica para el participio de pretérito. Algunos verbos que tenían el perfecto en -uī tenían el participio en -ūtus; por ejemplo, TRIBUERE 'asignar, atribuir' tiene el participio de pasiva TRIBŪTUS > esp. ant. *atrevudo*. Una analogía proporcional extendió esta terminación a muchos verbos en romance; para HABERE 'tener' encontramos el it. *avuto*, el rum. *avut*, el fr. *eu*; y para los verbos procedentes del lat. tardío *VOLERE 'desear, querer' (lat. clás. *VELLE*), el it. *voluto* y el fr. *voulu*. Los antiguos verbos españoles en -er tenían también con frecuencia participios en -udo (véase cap. IV): *temudo* (< *tener* < lat. *timēre*). En el español moderno, otra proporción que asocia los verbos de la conjugación -er con los de la conjugación -ir ha extendido la terminación participial -ido a todos los verbos de la segunda conjugación:

viene tiene
venido X

que da el moderno *tenido*. Esta especie de extensión progresiva de un morfema a un nuevo conjunto de circunstancias recibe a veces el nombre de «analogía relativa» (Wheeler, 1887, 31).

Asimismo, ciertos elementos que no eran originariamente morfemas pueden llegar a separarse de su palabra originaria y extenderse a nuevas formaciones. Es lo que ocurre en inglés:

alcohol	:	work
alcoholic	:	X = workaholic ^{90a}
ham	:	steak
hamburger	:	X = steakburger
water	:	korea
Watergate	:	X = Koreagate

Estos casos demuestran que se pueden crear nuevos afijos por simple analogía proporcional, pudiendo después convertirse en morfemas independientes, aun en el caso en que en el modelo originario no tuvieran ningún significado especial; después de todo, *-holic* contiene el sufijo *-ic*, pero *-hol-* no significaba nada por sí mismo. Asimismo, *hamburger* era originariamente un derivado con base en el nombre de la ciudad de Hamburgo, y no tenía ninguna relación con la carne, *ham*, y, sin embargo, el hecho de que *ham* existiese como palabra independiente fue suficiente para permitir a los hablantes establecer una proporción.

4. Los morfemas con identidad o semejanza de forma, pero con diferentes funciones o significados, pueden perder una función para hacerse más parecidos en el significado. En latín, por ejemplo, el sufijo *-a* tenía dos funciones: 1) femenino singular, nominativo (primera declinación): ROSA 'rosa', FEMINA 'mujer'; 2) neutro plural, nominativo-acusativo (segunda, tercera y cuarta declinaciones):

^{90a} (Workaholic 'adicto al trabajo').

ARMA 'armas', FOLIA 'hojas'. En el latín tardío, la función femenina llegó a ser predominante, produciendo una proporción como la siguiente:

MĒNSA	:	FOLIA
MĒNSĀS	:	X = FOLLAS

en la que los plurales neutros son conceptuados como singulares femeninos: esp. *hoja*, *hojas*; fr. *feuille*, *feuilles*; it. *foglia*, *foglie*. Asimismo, la terminación *-us* tenía tres funciones en latín: 1) masculino singular, nominativo (segunda declinación): BONUS 'bueno'; 2) neutro singular, nominativo-acusativo (tercera declinación): TEM-PUS 'tiempo'; 3) femenino singular, nominativo (cuarta declinación): SOC-RUS 'suegra'. La primera función asumió la exclusiva en el latín tardío, de manera que los nombres neutros de la tercera declinación pasaron a ser identificados con los masculinos de la segunda. El desarrollo fonético regular de TEMPUS dio el esp. ant. *tiempos*, fr. ant. *tens*. En español, la identificación del sufijo *-s* con la idea de pluralidad indujo a los hablantes a considerar *tiempos* como un nombre en plural, y, en consecuencia, se creó un nuevo singular, *tiempo*, mediante un procedimiento conocido como *formación regresiva*, es decir, la creación de lo que aparentemente es la palabra base, de la que procedería el supuesto derivado. En realidad, el supuesto derivado es la verdadera base, y la palabra nueva está basada en la palabra (presuntamente) derivada. La formación regresiva es sencillamente otra forma de analogía. Los femeninos de la cuarta declinación latina que se referían a hembras difícilmente podrían convertirse en masculinos, por lo que adoptaron el sufijo *-a* como sustituto del anterior *-us*, dando así lugar al esp. *suegra* y al it. *suocera*.

Algunas veces, el parecido casual en la forma es suficiente para establecer una proporción que da como resultado una forma alterada. El fr. ant. *saucisse* 'embutido' fue adoptado por el inglés; si hubiera conservado su terminación originaria, habría evolucionado a **sausish*. Sin embargo, la terminación tenía una gran semejanza

con el sufijo *-age*, que aparecía en muchas palabras; y, como resultado, tenemos ahora *sausage*.

Otro tipo de analogía es la conocida como *etimología popular*, en ella una parte de la palabra, carente de significado, es identificada con otra palabra o morfema que con frecuencia presenta un parecido casual con ella. Así, una palabra como *vagabundo* pasa en el español coloquial a *vagamundo*, por su asociación con *mundo*, posiblemente ayudada por la cercana idea de que el vagabundo es una persona que anda (*vaga*) por el mundo. Las etimologías populares (que tal vez podrían denominarse mejor «reinterpretaciones» [Anttila, 1972, 92]) no necesitan tener tanto sentido como podría sugerir el ejemplo precedente. El juego inglés de la *Aunt Sally* 'tía Sally' ha pasado al francés como (*jeu de l'âne salé* 'juego del asno salado'; la *mandragore* 'mandrágora' es interpretada como *main de gloire* 'mano de gloria'; y una palabra como *asparagus* puede ser reinterpretada por los angloparlantes como *sparrow grass* 'hierba del gorrión', sólo por el vago parecido con las palabras *sparrow* y *grass*, aunque el espárrago ni es una hierba ni tiene nada que ver con los gorriones. Lo verdaderamente importante es que una palabra previamente inanalizable ha sido reanalizada para convertirse en un compuesto formado por elementos conocidos. Así, el resultado conseguido *parece* tener más sentido que la forma originaria.

En resumen, podemos ver que la analogía es una fuerza que impregna todo el desarrollo del lenguaje. La asociación de forma y significado/función es fundamental en el lenguaje, por lo que podemos esperar que los hablantes estén haciendo cambios constantemente en la forma de las palabras para hacer esas relaciones más claras. Algunos lingüistas han intentado encontrar algún tipo de regularidad en los distintos procesos analógicos que sumariamente hemos examinado. Por ejemplo, Kurylowicz, 1949, ideó un conjunto de seis principios, o, con expresión suya, «fórmulas», que servirían para predecir la manera como se desarrollan las formaciones analógicas. Acaba diciendo: «il en est comme de l'eau de pluie qui

doit prendre un chemin prévu... une fois qu'il pleut» (37). En pocas palabras, Kurylowicz creyó haber descubierto la manera en que probablemente se produjeron la mayor parte de las formaciones analógicas, si es que llegaron a producirse. El problema que plantean estas «fórmulas» es que por cada caso que presuntamente se ajusta a ellas, podemos encontrar otros casos, a veces muchos casos, que presentan un desarrollo inesperado.

Una aproximación al tema un poco distinta es la de Mańczak, 1957-58, que formuló un conjunto de nueve «hipótesis» sobre la manera de desarrollarse las formaciones analógicas cuando tienen lugar. A diferencia de Kurylowicz, Mańczak intentó basar sus conclusiones en datos estadísticos sobre la frecuencia con que se ha realizado cada una de sus hipótesis. Una vez más, como él mismo declara, «...en matière de changements analogiques il n'y a pas de lois absolues» (417).

Tales intentos de formalizar la analogía son meritorios; sin embargo, es necesario recordar en todo momento que la analogía depende de la percepción humana, y la percepción depende a menudo de factores culturales y sociales. Como señalan Baldi y Schmalstieg, 1990:

- ... 1) La percepción humana no está sujeta a razón y control, y 2) los resultados del proceso abductivo (o inferencia débil) no son enteramente predecibles. Se puede aceptar que existe(n) la(s) proporción(es) (porque tal es la naturaleza del pensamiento humano) y la motivación (porque todas las acciones humanas están, según parece, motivadas), pero tanto la motivación como la proporción pueden resultar oscuras para los lingüistas de hoy, especialmente porque la mayor parte de ellos no se dan cuenta de los límites a que están reducidos por su cultura y su ambiente. Así, por ejemplo, parece poco probable que una persona sin conocimientos de la reciente historia política americana pueda desentrañar el significado de *Korea-gate* como escándalo por soborno con la información suministrada por sus componentes *Korea* y *gate*... Puede ser que reconozcamos una analogía cuando la veamos, pero es dudoso que podamos predecirla alguna vez (353-54).

Es probable que muchas, si no la mayor parte, de las creaciones analógicas sean formaciones momentáneas que no llegan a ser imitadas por otros hablantes. Como en el caso del cambio fonético, lo que cuenta no es la idiosincrasia individual, sino más bien el cambio que la comunidad hace suyo. Los factores que tienden a favorecer la difusión de las creaciones analógicas son probablemente los mismos que favorecen la difusión de cualquier otra innovación lingüística.

¿UNIVERSALES DEL CAMBIO LINGÜÍSTICO?

Aunque los mecanismos que afectan a cualquier área del lenguaje son de carácter individual y están relacionados muy directamente con la especial naturaleza de los elementos que se cambian —es decir, las características fonéticas en el cambio fonético, y el significado y la función en el cambio morfológico y sintáctico—, tal vez sea posible señalar algunos rasgos que parecen caracterizar a todos los tipos de cambio lingüístico. Podemos ver que, en el cambio fonético y fonológico, los cambios internos (es decir, aquellos que no resultan del contacto de lenguas) aparecen con frecuencia como resultado de la difusión de variantes de sonidos o grupos de sonidos relajados o rápidamente articuladas que han llegado a convertirse en nueva norma, con la subsiguiente eliminación de las formas antiguas, más altamente distintivas. En el cambio fonético podemos detectar:

- 1) Una aplicación más amplia de rasgos preexistentes a nuevas circunstancias;
- 2) la eliminación de la redundancia;
- 3) la adopción de un sistema fonológico menos altamente marcado frente al mantenimiento de otro más altamente marcado (Corbett, 1970-71, 277).

En el cambio analógico, tal vez sea posible también concebir la nivelación de los paradigmas y la extensión de una forma especializada a todos los miembros de la clase, como una especie de

aplicación ampliada de un rasgo —usado al principio en una circunstancia concreta— a un número cada vez mayor de áreas del lenguaje. Tal vez todos estos rasgos constituyan una especie de *simplificación*, ya que los hablantes intentan establecer una conexión más estrecha entre la forma y el significado. «Expresado de la manera más sencilla, los hablantes preferirán, en general —inconscientemente, como es obvio—, organizar el material que integra su lengua de la manera más regular y económica, preferencia que se manifiesta en los cambios captados por diacronistas de distintas tendencias durante muchos decenios, desde la 'presión estructural', pasando por la 'simplificación de reglas', hasta la 'coherencia tipológica'» (Harris, 1982, 4).

Evidentemente, es impensable que podamos definir la sencillez como una especie de reducción numérica de rasgos. Asimismo, como en el caso de la teoría del «menor esfuerzo», difícilmente se puede pretender que todos los cambios produzcan siempre necesariamente formas más sencillas en la lengua. Como veremos en el caso de ciertos cambios fonéticos, un cambio que elimina ciertos elementos redundantes (por ejemplo, la síncope de las vocales postónicas) dio como resultado el que se produjeran varios grupos consonánticos en el temprano iberorromance que eran más complejos que cualquiera de los que habían existido antes; en consecuencia, la simplificación en un subsistema de la lengua puede muy bien producir complejidad en otro punto. Como frecuentemente se ha observado, el avance del cambio fonético regular produce a menudo irregularidades en los paradigmas; estas irregularidades pueden ser eliminadas posteriormente por la extensión analógica de una forma y la subsiguiente nivelación. Sin embargo, puede considerarse como tendencia general del lenguaje un cierto impulso hacia formas más generales y menos altamente distintivas, con tal de que nos demos cuenta de que el lenguaje está compuesto de una compleja variedad de pequeños subsistemas que pueden operar conjuntamente o con objetivos contrapuestos, produciendo así esa mezcla de sencillez y complejidad que vemos tan a menudo.

RESUMEN DE LAS CAUSAS

Antes de terminar esta discusión general sobre las causas del cambio fonético y morfológico, tenemos que explicar el hecho de que el lenguaje no es un objeto en sentido físico, sino más bien una actividad que se expresa por medios físicos (es decir, los sonidos de la lengua). Cada hablante crea en realidad la lengua cada vez que habla: «La lengua cambia justamente porque *no está hecha* sino que *se hace* continuamente por la actividad lingüística... [E]l hablar es actividad creadora, libre y finalista, y es siempre nuevo, en cuanto se determina por una finalidad expresiva individual, actual e inédita» (Coseriu, 1973, 69). Por eso, cuando se estudian las causas del cambio, podemos mirar legítimamente hacia adelante en vez de hacia atrás, y preguntar qué objetivo cumplirá el cambio en la comunicación (en todos sus aspectos): «Los hechos lingüísticos existen porque los hablantes los crean *para algo*, y no son ni productos de una necesidad física, exterior a los hablantes mismos, ni consecuencias necesarias e ineludibles de un estado de lengua anterior. La única explicación propiamente 'causal' de un hecho lingüístico nuevo es que la libertad lo ha creado con una finalidad» (Coseriu, 1973, 202).

Si aceptamos este punto de vista, la discusión de las causas del cambio fonético y de otros tipos de cambio lingüístico debería enfocarse de manera algo diferente a la de las causas de otros tipos de cambio: «[E]l problema que debe plantearse en cada caso particular no es: ¿por qué (por cuáles *sic*) circunstancias empíricamente objetivas) ocurrió tal cambio?, sino ¿para qué (con qué finalidad) yo, disponiendo de tal sistema determinado y hallándome en tales y cuales circunstancias históricas, cambiaría A en B, abandonaría el elemento C o crearía el elemento D?» (Coseriu, 1973, 206).

Las ideas de Coseriu habían sido anticipadas hace más de cien años: «Hay siempre un elemento en el cambio lingüístico que no admite tratamiento científico: es la acción de la voluntad humana.

La obra es toda ella realizada por seres humanos, adaptando los medios a los fines, ...la auténtica razón efectiva de un cambio fonético dado es que la comunidad, que podía haber elegido de otro modo, quiso que fuera así...» (Whitney, 1875/1979, 73). Las explicaciones del cambio lingüístico, vistas de esta manera, serán como las otras explicaciones históricas de los cambios en las instituciones humanas, e implicarán a menudo una cierta circularidad. El que no podamos predecir el curso de los cambios en el futuro es sencillamente el resultado de la libertad humana, el hecho de que, en alguna medida al menos, los seres humanos pueden elegir la dirección por donde van a ir ellos, su sociedad y las instituciones de esa sociedad. Por consiguiente, el estudio de las causas de los cambios debe, en la medida de lo posible, apoyarse en todas las pruebas empíricas que el investigador pueda obtener, y especialmente pruebas extralingüísticas.

RESUMEN

El breve panorama sobre el cambio fonético y la analogía ofrecido anteriormente no es más que una pequeña introducción a algunos de los numerosos problemas asociados con algunas partes de este aspecto del cambio lingüístico. Aunque se ha escrito mucho sobre los dos temas, no se ha conseguido todavía un acuerdo general entre los lingüistas en todas las facetas que presentan. Es muy poco probable que algún día se llegue a construir una teoría del cambio lingüístico que lo englobe todo, como tampoco se puede elaborar una teoría general de la historia humana que satisfaga a todos los estudiosos. Mucho dependerá inevitablemente del punto de vista del investigador, de sus objetivos y del nivel en que elija trabajar. Algunos preferirán ocuparse de los tipos de cambio más generales y regulares, dejando los tipos infrecuentes y limitados en una especie de limbo. Para otros, será el carácter excepcional del desarrollo de unas pocas palabras lo que resultará especialmente

atractivo. Sin embargo, no debería haber ningún verdadero conflicto conceptual entre los estudiosos que trabajan en esas áreas, esencialmente diferentes.

Lo que es especialmente peligroso para el progreso del conocimiento en esta área es el ansia de dar soluciones simplistas a los problemas. No será posible ningún progreso para aquellos que rechazan impacientemente todo lo que se ha descubierto en el pasado, y creen ingenuamente que alguna nueva teoría lo «explicará» todo. Lo mismo hay que decir de aquellos que no quieren tener en cuenta los nuevos enfoques por el hecho de parecer extraños y alejados de las venerables sendas de la doctrina establecida. El progreso del conocimiento implica contar con los logros del pasado así como con las nuevas ideas sobre la naturaleza del lenguaje y su desarrollo. Podemos esperar que, en el futuro, la contribución del estructuralismo y —más recientemente— la reveladora investigación de las relaciones existentes entre el cambio lingüístico y las actitudes y cambios sociales llegarán a formar parte del conocimiento lingüístico general de todos los estudiantes. Podemos esperar también que se prestará más atención al tema de la jerarquización de las múltiples causas del cambio, tema ya explorado de forma provisional por Malkiel (1977) ⁹¹. Habrá sin duda alguna nuevos avances en el conocimiento, y, si los lingüistas de las distintas escuelas son capaces de mantener una mente abierta y una actitud receptiva hacia los nuevos enfoques, se podrán evitar discusiones inútiles y se podrá arrojar luz nueva sobre la naturaleza del lenguaje y sus procesos de evolución ⁹².

⁹¹ Hasta ahora no han sido muchos los historiadores que hayan abordado con éxito el problema de la ordenación de las causas de los cambios históricos atendiendo a su importancia. Véase Berkhofer, 1969, 295 y ss.

⁹² Bailey observa con razón: «Todos estos métodos a la antigua usanza siguen siendo válidos y no deberían olvidarse en un descaminado afán por aprovecharse de los enfoques más recientes. Lo que hay que hacer es usar los antiguos y los nuevos donde estén justificados, y ni unos ni otros cuando no lo estén» (1975, 55).

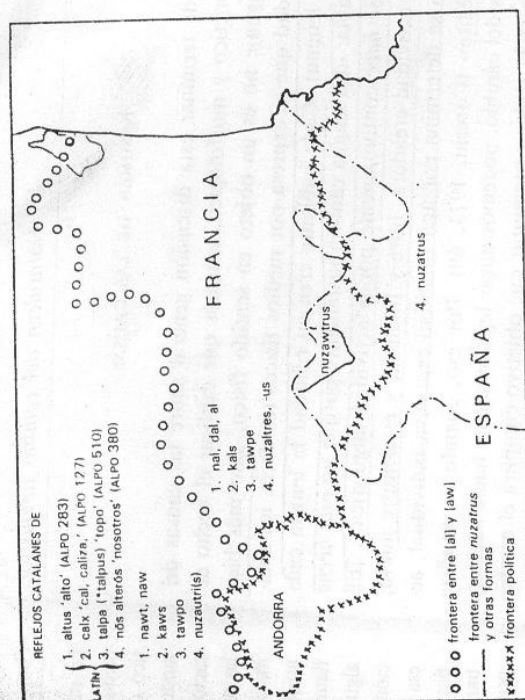


Fig. 1